

Mariah Evans
**DISEÑANDO A
TU ANTOJO**
A CITY OF LOVE: VOL. 4

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, junio 2019

© 2019 Mariah Evans

Copyright © de la cubierta: Borja Puig

Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock

Corrección: Victoria Vílchez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[Agradecimientos](#)

Esta novela está dedicada a Dani, Mario, Merche, Raúl, Sergio y Tamara. Por los buenos momentos que pasamos en ese viaje que hicimos en mayo de 2018 a Estambul y donde solo uno de nosotros aguantó como un campeón sin caer en las garras de la bacteria asesina.

María

Prólogo

A veces nos movemos por impulsos, sin pensar en las consecuencias de nuestros actos. Y, justo en ese momento, cuando nos decidimos y lo hacemos, es cuando nos damos cuenta de que lo que hemos hecho... no era buena idea.

Había llegado a su límite y no pensaba aguantar ni una más.

Se giró hacia él con los puños apretados y la respiración excesivamente rápida. Alzó el dedo en su dirección, amenazante, ante la mirada intrigada y sorprendida de él, que la observó enarcando una ceja.

—¡Mejor contrólate! Mañana tenemos que vernos con el arquitecto otra vez. Y a mí no me uses como excusa para justificar tu forma de actuar —gritó Natalia ante la mirada cada vez más asombrada de Álvaro—. Además, como se te den tan bien las negociaciones como el deporte vamos apañados.

Álvaro dio un paso hacia ella, colocándose justo enfrente. Estaba claro que aquella última frase había herido su sensibilidad. Apretó los labios y la miró enfadado.

—¡Te dije que fue sin querer! —le devolvió el grito. Natalia se cruzó de brazos totalmente exasperada. Iba a contestarle, pero Álvaro se le adelantó—. Por Dios, ¿te puedes callar de una maldita vez? —continuó desesperado. Él también había llegado al límite de su paciencia.

Colocó las manos en las caderas de ella y la empujó contra la pared del ascensor, uniendo sus labios a los de Natalia con una ansiedad que había refrenado durante muchos días.

Lo que acababa de ocurrir no era buena idea... y ahora sabréis por qué.

1

Una semana antes.

—Maldito sea —susurró Natalia mientras corría por el pasillo cargada con fotocopias y luchando para no perder el equilibrio con los altos tacones que había decidido ponerse. Si hubiese sabido que aquel día le tocaría maratón por la oficina, se hubiese puesto unas deportivas.

Vidal&Peralta era su segundo hogar desde hacía cinco años. No porque ella lo deseara, tenía un pequeño pero confortable piso en el centro de Madrid, pero últimamente pasaba muchas más horas en el despacho perteneciente a una de las cadenas más exitosas de hoteles del mundo que en su propio hogar.

La oficina era impresionante, decorada con gran gusto y cuidado diseño. Lámparas y muebles muy modernos se distribuían desde la recepción a la sala de espera, que contaba con unos enormes sofás claros orejeros. Había una gran sala donde decenas de personas trabajaban en los ordenadores, recabando datos y realizando la publicidad de aquellos lujosos hoteles. La sala de juntas donde se reunían para los negocios era la más majestuosa que había visto jamás, con una enorme mesa de cristal en el centro, muebles de diseño rodeándola y una enorme ventana desde la que se podía disfrutar de unas maravillosas vistas.

Más adelante estaban los despachos individuales; entre ellos, el suyo.

El pasillo era largo. Tropezó amenazando con caer con todas las fotocopias al suelo, aunque recobró el equilibrio rápidamente. Al girar la cabeza se encontró con Laura Vidal, que la miraba desde su despacho acristalado, asustada al verla tropezar, llevándose la mano al corazón. Laura, persona sencilla, agradable y... su jefa. Era propietaria del cincuenta por ciento de las participaciones y administradora de la sociedad limitada. Natalia llevaba cinco años trabajando para ella. No podía quejarse, Laura siempre la había tratado con amabilidad y se había encargado de que tuviese una buena formación. A sus veintisiete años, podía presumir de trabajar en una de las compañías hoteleras más importantes a nivel mundial.

Natalia sonrió nerviosa por el tropezón y le enseñó los documentos

desde el pasillo.

—Los tengo —dijo sin dejar de avanzar, mostrándoselos como si fuesen un trofeo.

Pasó de largo el despacho de su jefa y resopló. ¿Cuántas veces había pedido que le llevaran una fotocopidora a su despacho? Podría ahorrarse las carreras por la oficina y mucho tiempo en ir de un lado a otro.

—Malditos zapatos —volvió a susurrar mientras llegaba al siguiente despacho.

Suspiró, intentó calmarse y llamó a la puerta. Últimamente aquello se estaba convirtiendo en una costumbre que detestaba.

—Adelante —respondió la voz masculina.

Abrió la puerta con el codo, pues las manos las tenía ocupadas sujetando la gruesa carpeta con toda la documentación. Las vistas desde aquel lujoso despacho eran aún más impresionantes que las que se veían desde la sala de juntas.

La oficina se encontraba ubicada en la planta treinta y cinco de la Torre Espacio, situada en pleno centro de Madrid.

Fue hasta la mesa y depositó los documentos sobre ella, mientras escudriñaba con la mirada al hombre que permanecía sentado con su impecable traje azul oscuro. Mantenía una acalorada conversación con alguien por teléfono.

—¿Estás de broma? Ese no era el acuerdo —bramó con la mandíbula apretada—. Habíamos quedado en que sería un treinta por ciento de descuento por la gran suma de material que hemos pedido, no un veinticinco.

La miró y le hizo un gesto para que abandonase su despacho. ¿Ni un «gracias»?

Ahí estaba, Álvaro Vidal, el que se *creía* que era su jefe. Propietario también del cincuenta por ciento de las participaciones de la sociedad limitada y administrador junto con su hermana, Laura.

—Desagradecido —susurró, mientras deshacía los pasos hasta la puerta, con gesto furioso.

Puso la espalda firme cuando escuchó a su espalda un «Ya no me interesa», suspiraba y colgaba el teléfono con un fuerte golpe. No la habría oído, ¿verdad?

—¿Están todas las fotocopias hechas?

Natalia se giró, intentando relajar sus facciones. Álvaro ni siquiera se dignaba a mirarla, mantenía la vista clavada en los numerosos documentos que tenía sobre la mesa.

—Sí, señor Vidal.

—¿Por triplicado? —preguntó colocando la mano sobre la carpeta que acababa de dejar sobre la mesa, aún sin levantar la vista.

—Sí. Los he dividido en tres bloques, están separados por...

—De acuerdo —la interrumpió, volviendo a hacer un gesto con su mano para que abandonase el despacho.

Natalia se giró mientras notaba que todos sus músculos se ponían de nuevo en tensión.

¡Qué diferente era a su hermana! Laura, su jefa directa y de la cual era la asistente, era todo simpatía, incluso podía presumir de haber salido a tomar una copa con ella cuando el marido de Laura podía encargarse del pequeño niño de dos años que tenían. Sin embargo, Álvaro era todo lo contrario, un hombre que, pese a su juventud, no parecía muy feliz o, al menos, esa era la idea que tenía de él. Ni una sonrisa, ni un «buenos días», siempre un tono imperativo. Desde luego, había tenido mucha más suerte que Ignacio, el asistente de Álvaro.

Cerró la puerta del despacho y fue hacia el suyo, situado frente al de Laura. Justo en ese momento pudo ver a Ignacio entrar por la puerta de la oficina con un gesto desesperado. Llevaba poco más de un año con ellos y bastante estaba durando el pobre. De su brazo colgaba una bolsa y caminaba rápidamente hacia el despacho de su jefe.

—No había de atún... —sollozó pasando al lado de Natalia.

Ella tragó saliva, pues ya sabía qué sería lo próximo que ocurriría. Lanzó una mirada nerviosa hacia su compañero mientras entraba en su despacho y escuchaba como Ignacio llamaba repetidas veces al de su jefe. La puerta del despacho de Álvaro se abrió poco a poco.

—Señor Vidal —pronunció Ignacio en un tono suave, como si quisiese apaciguar a una bestia—, no había sándwich de atún... —explicó entrando en la oficina—. Lo he traído de cangrejo...

Natalia chasqueó la lengua y se sentó en su silla, frente al ordenador.

—Mal —susurró ella mientras abría la página de internet para filtrar los correos electrónicos de su jefa—. Primero atún, luego pollo. Nunca cangrejo.

—¿De cangrejo? —preguntó Álvaro, y pudo escuchar su voz incluso con la puerta entreabierta—. ¿Cuántas veces te he dicho que de cangrejo no puedo comer? ¡Soy alérgico! Aparta eso de mí.

También era cierto que Ignacio no solía acertar mucho; la mayoría de las veces eran tales los nervios que pasaba que aquello influía en sus decisiones. Desde luego, no estaba muy acostumbrado a trabajar bajo presión, y más si aquella presión provenía de un hombre como Álvaro Vidal.

Abrió uno de los correos y envió la documentación que se solicitaba sobre los materiales para la reforma de uno de sus hoteles.

—Natalia —dijo su jefa saliendo del despacho. Se giró levemente hacia ella—. Me marcho ya, cualquier cosa avísame al teléfono. —Natalia la miró sonriente y asintió—. Por cierto, ¿has imprimido los billetes?

—Sí —dijo abriendo un cajón y extrayendo una carpeta roja—. Está todo listo. Y acabo de llevarle al señor Vidal todos los presupuestos para que los revise antes del viaje.

—Perfecto. Pues si todo va bien, nos vemos mañana en la terminal —dijo rebuscando en su bolso las llaves del coche—. ¿Seguro que no quieres que te envíe un taxi? Hay que estar a las nueve allí —preguntó con amabilidad.

Natalia sonrió mientras volvía la mirada hacia el ordenador:

—Puedo llamar yo a un taxi —rio divertida.

Laura se encogió de hombros y suspiró, dándose por vencida.

—Como quieras —bromeó mientras salía por la puerta del despacho, aunque se giró como si recordase algo—. Por cierto, no olvides llevar todos los presupuestos y los planos también en PDF. En mi escritorio tengo un par de memorias USB.

—De acuerdo, esta tarde lo organizo todo.

—Gracias.

—Recuerdos al pequeñajo —dijo mientras volvía la vista hacia el ordenador y su jefa se alejaba.

Iba a concentrarse en los próximos correos electrónicos cuando Ignacio pasó frente a su despacho resoplando.

—Eh, Ignacio... —lo llamó, aunque en ese momento sonó su teléfono y lo descolgó—. Vidal y Peralta, despacho de la señora Laura Vidal, un segundo por favor. —Tapó el auricular y le hizo un movimiento con la mano para que entrase al despacho—. A dos esquinas de aquí hay una cafetería-panadería —le indicó—. Allí le podrán hacer el dichoso bocadillo de atún.

Ignacio asintió agradecido y salió apresuradamente de su despacho.

Natalia suspiró. Ignacio era buen chico, aunque aún le faltaba adaptarse bien al ritmo de la oficina y, ante todo, de su jefe. Ya llevaba casi un año allí y, en cierto modo, demasiado estaba aguantando el pobre, pero le era imposible hacer bien su trabajo con tanta presión y bajo las órdenes de una persona que sabía ponerle los nervios a flor de piel. Sentía lástima por él y siempre estaba dispuesta a ayudarlo. Necesitaba que él siguiese allí; de lo contrario, acabaría ella cumpliendo las órdenes del señor Vidal, algo que detestaba.

Volvió a aquel pensamiento que tanto la relajaba, donde decenas de cangrejos, con sus pequeñas pincitas, pellizcaban a Álvaro por todo el cuerpo.

—Disculpe la demora —dijo hacia el auricular del teléfono—. ¿En qué puedo ayudarle?

Había comido en media hora y había vuelto a la oficina. Solía llevarse un táper de casa y almorzar en el mismo comedor de la oficina, una habitación donde había varias mesas, sillas, una nevera y un microondas, pero los viernes se permitía salir a comer algo fuera, de aquella forma se despejaba un poco y encarrilaba mejor el fin de semana, aunque aquel en concreto le tocaría trabajar.

No es que fuese muy asidua a viajar, pero un par de veces al año tenían algún viaje.

Lo cierto era que siempre los disfrutaba. No tenía obligaciones, ni hijos, ni nada que le impidiese pasar una semana o diez días fuera de su casa.

El primer viaje que había realizado con la empresa era a Nueva York, otros destinos habían sido: la India, Suiza, Oslo y Brasil. Ahora le tocaba viajar a Estambul. Lo bueno de aquellos viajes era que disponía de bastante tiempo libre y siempre podía aprovechar algunas tardes para ver la ciudad por su cuenta. Reuniones con proveedores, comidas y cenas de trabajo estaban a la orden del día en sus viajes, pero siempre disponía de unas horas libres por

las tardes que le permitían hacer turismo.

El truco era dejarlo todo bien preparado para no tener que hacer prácticamente nada allí. Siempre lo hacía, aunque el día antes del viaje tuviese que irse a casa varias horas después de que su jornada acabase.

Miró el reloj que colgaba de la pared.

—Las siete y media. —Abrió el cajón de la mesa de su jefa y cogió varias memorias USB.

Los viernes, la mayoría de los trabajadores acababa su jornada laboral a las dos, excepto en el departamento de publicidad, donde sus integrantes se turnaban las semanas y siempre había alguno de guardia mientras los demás se marchaban antes a casa.

Fue hacia su despacho, introdujo la memoria en el ordenador y comenzó a copiar todas las carpetas que había creado con fotografías, planos del lugar, presupuestos, agendas de contactos...

El próximo proyecto de Vidal&Peralta era un hotel de lujo en pleno Estambul. Habían valorado comprar algún edificio y remodelarlo o bien hacerse con un terreno y construir uno desde cero. Para eso mismo era aquel viaje.

Habían encontrado varios edificios en la zona del Bósforo, también conocida como el estrecho de Estambul, que separaba la parte europea de la asiática. Debían de valorar si salía más a cuenta comprar algún edificio y remodelarlo o, por el contrario, comprar un terreno más cercano a la zona del aeropuerto y edificar.

Se quedó observando algunas fotografías y quedó maravillada. Pensar que al día siguiente volaría a Estambul y pasaría ocho días en aquella ciudad la hizo sonreír. Era uno de los destinos a los que siempre había querido viajar y, aunque fuese por cuestiones de trabajo, se conformaba con saber que volaría gratis y se hospedaría en un hotel de lujo todo el tiempo, con todos los gastos pagados. Aquella era la mejor parte de su trabajo.

Fue haciendo una lista de qué carpetas podría encontrar en cada memoria para tenerlo todo organizado cuando escuchó unos pasos por el pasillo.

Ni siquiera giró el cuello cuando vio por el rabillo del ojo pasar a Álvaro Vidal con paso presto, con su maletín cogido de la mano, aunque sí aguantó

la respiración. Aquel hombre la ponía en tensión. Solo soltó el aire cuando escuchó que sus pasos se alejaban, aunque... volvió a contener la respiración cuando escuchó que deshacían el camino.

Álvaro se giró hacia el despacho que había frente al de su hermana. Ladeó la cabeza en esa dirección y fue hacia allí, pues le había parecido que aún había gente en la oficina.

Se situó frente a la puerta y miró fijamente el perfil de Natalia, aunque ella permanecía concentrada en la pantalla del ordenador, sin mirarlo.

—¿Aún estás aquí? —preguntó Álvaro desde la puerta.

Ella se giró un segundo y asintió.

—Estoy a punto de acabar —respondió volviendo su atención hacia el ordenador. Cambió la memoria USB por una vacía e introdujo un par de carpetas más en esta última. «Tiempo restante: aproximadamente 2 minutos», le informaba la barra en progreso de color verde.

Miró de reojo a Álvaro, que no se movía de la puerta.

—De acuerdo —dijo observando todo el despacho. Natalia lo miró, sonrió sin saber qué más hacer y apartó la mirada de él. La ponía nerviosa, demasiado nerviosa.

Primero, y no por ello menos importante, había quedado claro que Álvaro Vidal era un hombre de negocios con un ego muy grande, que no era el alma de la fiesta y que siempre estaba dispuesto a dar órdenes, pero ¿para qué negarlo? Estaba buenísimo.

Natalia lo observó de reojo. Álvaro permanecía en la puerta de su despacho, con su flamante traje azul oscuro y la mano en el bolsillo, sujetando su maletín con la otra.

Si solo fuese un poco más agradable...

Y ¿a qué esperaba en la puerta? Miró la cuenta regresiva para que todos los documentos se copiasen.

—¿Esos son los billetes para mañana? —preguntó entrando al despacho.

Ella asintió.

—Sí —respondió mientras Álvaro abría la carpeta, observando, pasando la documentación—. Y los visados —remarcó.

Álvaro asintió y, durante unos segundos, pudo ver cómo miraba la pantalla del ordenador para ver el tiempo que le faltaba a la barra para

completarse.

—Está bien. Nos vemos mañana —dijo despidiéndose de ella, girándose para dirigirse a la puerta.

Sí, era un engreído, arrogante incluso, pero tenía un buen trasero, pensó mientras lo veía alejarse.

Suspiró y se quedó observando la cuenta regresiva de la copia de documentos a la vez que escuchaba la puerta de la oficina cerrarse.

Estuvo a punto de aplaudir cuando se cargaron todos los documentos. Tardó un par de minutos más en confeccionar la lista de todo lo que había copiado en las memorias y apagó el ordenador.

Cogió su propio maletín e introdujo las memorias, los documentos que había confeccionado, la tableta en su funda y salió de su despacho tras apagar la luz.

¡Al fin libre! Aunque aún le quedaba una ardua tarea por delante: preparar la maleta.

2

Primer día de viaje.

Había facturado la maleta dos horas antes y, en ese momento, se disponía a sentarse en el espumoso asiento del avión con destino a Estambul.

Dejó pasar a Laura, que se acomodó al lado de la ventana, y se sentó a su lado.

Lo cierto era que estaba agotada. Se había acostado tarde, cerca de las dos y media de la madrugada, preparando toda la ropa y utensilios que quería llevarse, y a las seis había saltado de la cama. Ni siquiera la ducha con agua fría y el café que se había tomado con prisas consiguieron despejarla.

Por suerte, dispondría de todo el fin de semana para descansar, pues hasta el lunes no tenían la primera reunión con el arquitecto con el que habían quedado y al que pensaban contratar.

Se puso el cinturón y apoyó la cabeza contra el respaldo. Por la tarde aprovecharía para descansar un poco, pues seguramente aquella noche saldrían a cenar.

Álvaro pasó a su lado y colocó la americana en el cajón superior.

—Ponte al lado de la ventana —ordenó a Ignacio, el cual se sentó donde su jefe ordenaba.

Natalia sintió cómo Álvaro se apoyaba en el asiento que ella ocupaba y lo tiraba hacia atrás. Estuvo a punto de salir disparada cuando este lo soltó y el asiento reclinable se echó hacia delante.

Resopló, lo que llamó la atención de Laura, que hojeaba una revista de moda.

—Ten cuidado —le reprochó a su hermano, sin apartar la mirada de las hojas.

—¿Por qué? —preguntó Álvaro sentándose y atándose el cinturón.

«¿Hola? Estoy aquí, bobo», dijo Natalia para sus adentros.

—Natalia casi llega hasta Estambul del impulso que le has dado —le riñó su hermana.

No hubo respuesta, solo un largo suspiro proveniente de la fila de atrás, lo que hizo que ella pusiese los ojos en blanco.

Por Dios, ¿podía ser más insufrible? ¿Tanto le costaba preguntar qué había ocurrido?

Se giró levemente y observó hacia atrás entre los dos asientos. Ignacio miraba por la ventanilla del avión, al menos iba él también, lo que le daba más tranquilidad.

Con Laura sabía que estaría bien, incluso su propia jefa le diría de salir a tomar algo algún día, como siempre hacían, aprovechando que no tenía a su pequeño a su cargo. Ignacio también sería una grata compañía, además era el primer viaje que realizaba con ellos y sabía que la buscaría a ella como soporte. Otra cosa distinta era Álvaro, aquella era la compañía peligrosa y la que podía enturbiar el viaje.

Cuando el avión se movió hacia la pista de despegue, Laura colocó la revista en la canastilla frente a ella y se acomodó en el asiento.

—Cuatro horas y media y estaremos en Estambul —comentó sonriente a Natalia.

Natalia le devolvió la sonrisa.

—Sí —respondió ella—. Me hace ilusión este viaje —reconoció Natalia con confianza.

La voz de una azafata les hizo mirar hacia delante.

—Por favor, escuchen con atención. Antes de despegar tenemos que darles unas instrucciones de seguridad. Durante el despegue y el aterrizaje los dispositivos electrónicos deberán permanecer desenchufados y en modo avión...

Laura volvió a coger la revista sin prestar atención a la azafata. Un suspiro desde atrás hizo que Natalia se girase. Álvaro estaba sentado justo detrás de ella, con la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados, con el ceño fruncido como si le molestase la voz de la azafata. ¿Por qué siempre estaba de tan mal humor? Natalia lo observó. Incluso con los ojos cerrados y el ceño fruncido estaba atractivo.

Álvaro abrió los ojos de repente, enfocándola directamente a ella. Aquello la había pillado de improviso.

—¿Ocurre algo? —preguntó él al verla mirarlo.

—No, nada... —dijo, girándose bastante cortada.

Se volvió y miró también a Ignacio, que permanecía atento a la ventana.

—Qué blusa más bonita... —susurró Laura. Natalia se giró para observarla. Su jefa se la mostró—. Esta chica tiene estilo...

Las horas de vuelo habían pasado bastante rápido. Pese a que no quería, y había intentado evitarlo, se había quedado dormida al cabo de un par de horas. Su jefa no dejaba de hojear la revista y ni Ignacio ni Álvaro le daban conversación, así que se había limitado a cerrar los ojos.

Para cuando los abrió de nuevo el avión ya tocaba tierra. Se asustó al notar el aterrizaje un poco brusco y se pasó la mano por los ojos.

—Mierda —susurró para ella misma mientras intentaba reprimir un bostezo.

—Menuda siesta, ¿eh? —bromeó Laura.

Ella la miró de reojo y sonrió nerviosa. Suerte que tenía confianza con ella.

—Cualquiera diría que estás agotada o que te explotamos laboralmente... —comentó una voz desde atrás.

Natalia se giró levemente para observar el gesto serio de Álvaro, que la miraba con una ceja enarcada. ¿Hablaba en serio? ¿Estaba de broma?

Se limitó a resoplar y se sentó correctamente en el asiento mientras intentaba recomponer su cabello.

—Agotada estoy —dijo—. Anoche no dormí muchas horas.

—Pues esta noche a dormir pronto —continuó Álvaro mientras giraba el cuello hacia su secretario personal, que también reprimía un bostezo—. Hay que prepararlo todo para el lunes.

¿Ese hombre no se cansaba nunca?

—¿Qué tal un poco de vida social? —susurró Natalia, indignada, para sí misma, mientras volvía a pasar las manos por sus ojos.

—¿Qué? —preguntó Álvaro, haciendo que ella abriese los ojos al máximo.

Laura se giró hacia su hermano.

—De eso nada. Esta noche salimos a cenar, y además quiero ir a ver el edificio que está cerca de la mezquita antes del lunes. No quiero verlo con el arquitecto el mismo día.

—Ese está más cerca del hotel que el otro —recordó Álvaro mientras se quitaba el cinturón—. En taxi a unos quince minutos, ¿no es cierto? —

preguntó a Ignacio, el cual aún estaba medio dormido, aunque asintió de inmediato.

—Podemos pasar esta tarde a estudiar la zona. Quiero ver qué tal es el ambiente por ahí. Si hay tiendas, restaurantes... —explicó Laura.

Natalia aprovechó para echarse hacia delante y mirar por la ventana. El avión se había detenido en el hangar y las personas se levantaban ya de su asiento.

—Me parece bien —contestó Álvaro.

—Necesitaría revisar primero los presupuestos antes de ir a verlo — continuó Laura mientras se levantaba. En ese momento su mirada coincidió con la de Natalia, que se ponía también en pie—. ¿Los guardaste en las memorias USB?

A Natalia aún le costaba comprender una frase; demasiadas horas sin dormir y un despertar sobresaltado no ayudaban.

—Dormida. —Fue la única respuesta que dio a su jefa, que la miró divertida. Se giró y se golpeó directamente contra Álvaro, que se encontraba frente a ella abriendo el compartimento superior y sacando los bolsos—. Ayyy...

Álvaro la miró sorprendido.

—Cuidado, y despiértate ya —dijo mientras le pasaba el bolso a su hermana—. Hay muchas cosas que hacer.

Natalia resopló y cogió el bolso que también le ofrecía. Miró a Ignacio, el cual se ponía también en pie con cara de sueño, y le sonrió. Al menos no era la única que se había quedado frita.

—También te has dormido, ¿no?

Ignacio se encogió de hombros y asintió.

Álvaro los miró a los dos.

—Vamos, vamos... —dijo con vitalidad mientras avanzaba por el pasillo.

Natalia pestañeó varias veces mientras Ignacio la dejaba pasar tanto a ella como a Laura.

—¿Cuántos cafés se ha tomado antes de coger el vuelo? —preguntó Natalia a su jefa.

Laura miró a su hermano, que caminaba de espaldas a ellas, hacia delante.

—Durante el vuelo se ha tomado uno —bromeó ella también.

No entendía cómo podía tener tanta vitalidad, aunque estaba claro que había dormido más horas que Ignacio y ella juntos.

Nada más salir del avión se dirigieron a buscar las maletas y, una vez las tuvieron, salieron del aeropuerto.

Fuera hacía calor; aunque no asfixiante. Ante ellos había decenas de taxis esperando y una larga cola para subirse a ellos.

Tras cargar las maletas en un enorme taxi se dirigieron al hotel donde se alojarían, a unos cuarenta minutos del aeropuerto.

El Swissotel The Bosphorus Istanbul era un hotel de lujo en pleno centro de Estambul, gestionado por una cadena hotelera suiza y situado en el estrecho del Bósforo. Era realmente impresionante.

El taxi los dejó ante el ostentoso porche. Nada más acceder al interior uno quedaba totalmente maravillado. El suelo de mármol blanco daba una luminosidad espectacular a la enorme recepción. Justo al entrar destacaba una hermosa fuente que desprendía decenas de finos chorros de agua. A la izquierda la estancia ofrecía una zona de confort con decenas de butacas, mesas y un pequeño bar donde los clientes podían tomar algo mientras esperaban a que llegase un taxi. A la derecha se encontraba el gran mostrador asistido por cuatro recepcionistas.

Se quedó maravilla al mirar al frente. No había pared allí, solo un cristal enorme por donde podía verse el estrecho del Bósforo. Las vistas eran excelentes.

—¿Las reservas? —preguntó Álvaro mirando directamente a Natalia, pues el día anterior ya había visto que ella llevaba la carpeta y que se había encargado de entregar los visados.

Natalia abrió el pequeño maletín que colgaba de su hombro y le entregó la carpeta con las reservas que había hecho.

Miró a su hermana.

—Toma nota, mármol blanco —pronunció con una sonrisa.

Laura miraba maravillada toda la estancia. Si bien todos sus hoteles eran también de lujo, aquel, sin duda, era mucho más ostentoso que los de ellos.

Se dirigieron al mostrador y Álvaro fue el encargado de hablar con el recepcionista que les pidió los pasaportes.

—El hotel es increíble —susurró Natalia a Laura.

Ella la observó.

—Aquí los materiales son mucho más baratos que en otros países, al igual que la mano de obra —comentó encogiéndose de hombros.

Ignacio miró su tableta y se la mostró a Laura.

—El edificio al que te referías y que quieres ver es el que está cerca de la mezquita de Santa Sofía. Está a una hora a pie desde aquí.

Laura lo miró intrigada.

—¿No estaba más cerca?

Ignacio negó.

—En taxi son entre quince y veinte minutos —confirmó Ignacio.

Laura se acercó a él.

—Busca algún restaurante por la zona e iremos a verlo antes de cenar —le pidió Laura—. Quiero probar la comida típica de aquí.

Ignacio se puso a comprobarlo hasta que Álvaro se acercó con unas tarjetas.

Miró los nombres y le entregó una a cada uno.

—El ascensor está ahí —indicó, iniciando la marcha.

Natalia miró su tarjeta. Habitación 315.

—¿Cuál quieres? —preguntó Álvaro a su hermana—. ¿La de las vistas al Bósforo o la *deluxe* con vistas al jardín?

Laura le mostró los dientes.

—Esta vez me quedo yo la *deluxe* —sonrió divertida mientras Álvaro le entregaba la tarjeta.

Subieron al ascensor. Ya contaba con eso, ellos siempre se cogían habitaciones mejores, las *suites*, y los secretarios una de nivel inferior. No le importaba en absoluto, no necesitaba tanto. Sabía que también era una forma de que sus jefes viesan hasta qué punto estaban decoradas las habitaciones de lujo; además, Laura siempre se la enseñaba en algún momento del viaje.

En cuanto las puertas se cerraron se acercó a Ignacio.

—¿Qué habitación tienes?

—La trescientos diez.

Ella le mostró su tarjeta.

—Trescientos quince.

—Pues esta es vuestra planta —indicó Álvaro antes de que se abriesen las puertas del ascensor.

Ella e Ignacio salieron del ascensor arrastrando las maletas.

—¿Nos vemos a las siete? —preguntó Laura mirando el reloj de su muñeca.

Los dos repitieron su gesto. Eran las cuatro de la tarde. Le parecía perfecto, así podría dormir un par de horas y darse una ducha.

—De acuerdo —respondió ella.

—En la recepción —pronunció Álvaro mientras pulsaba el botón de la octava planta, aunque antes de que las puertas se cerrasen observó a Natalia girarse. Vestía unos tejanos ajustados y una camisa de manga corta color azul que realzaba el azul cielo de sus ojos. No apartó la mirada de ella hasta que las puertas del ascensor se cerraron.

Natalia e Ignacio avanzaron por el pasillo enmoquetado. Él fue el primero en llegar a la puerta de su habitación.

—La mía —dijo colocando la tarjeta en la puerta para que esta se abriese—. ¿Me llamas cuando vayas a bajar?

—De acuerdo —aceptó Natalia, que siguió caminando hacia delante.

Se detuvo ante su puerta, pasó la tarjeta y abrió.

La habitación era espectacular, y eso que era de las más baratas.

Debía tener casi cuarenta metros cuadrados. Atravesó el pequeño pasillo en el que había una puerta, que suponía que sería el aseo; avanzó directa a la habitación y dejó la maleta en una esquina.

En el centro había una cama enorme. Una zona con escritorio, otra con televisión y minibar y, al final, un pequeño espacio al lado de la enorme ventana con un par de butacas y una mesa completaban la estancia. Los muebles de madera y los colores ocres de la moqueta y las paredes daban un toque de calidez a la habitación.

El balcón del que disponía la habitación era más bien pequeño, pero suficiente para que cupiesen un par de sillas y una pequeña mesa redondeada.

Se acercó a la ventana y observó las vistas del Bósforo y el largo puente colgante de 1074 metros, uno de los más largos de Turquía y que unía la parte europea con la parte asiática. La imagen era sobrecogedora, era una ciudad realmente hermosa. Entre los edificios podían divisarse las mezquitas, el

choque de culturas y la vegetación al otro lado del puente.

Se giró y fue hacia el escritorio, donde un documento le explicaba todos los servicios que el hotel les ofrecía y que, en alguna ocasión, en su tiempo libre, había decidido aprovechar: Piscina exterior y piscina interior climatizada, bañera de hidromasaje, *spa* y centro de bienestar, gimnasio, sauna... y luego estaban los de pago: masajes, solárium, pista de tenis...

—Oh, oh... —pronunció.

Sabía que Laura y su hermano eran aficionados a aquel deporte. Laura ya le había insistido varias veces para que fuera a jugar con ella, pero siempre se había negado.

Solo esperaba que a ninguno de los dos les diese por querer jugar un partido alguna tarde libre. Resopló y fue directa a la maleta. Colgaría la ropa, se daría una ducha y se echaría a descansar en esa comfortable y enorme cama durante un par de horas.

3

Se había puesto el despertador del móvil a las seis y cuarto. Se había dado una ducha rápida y vestido con unos tejanos negros y una camisa de manga larga blanca, con un cinturón grueso negro a conjunto con los zapatos.

Fue al aseo y se puso las lentillas. Nunca había sido de usar gafas. Aunque tenía unas que la acompañaban a todos lados, nunca había sido muy dada a ponérselas. Se maquilló un poco y cogió una chaqueta fina; ya iba a salir de la habitación justo cuando llamaron a la puerta.

—Ey, Ignacio, qué guapo vas —comentó, saliendo de la habitación mientras colocaba el bolso en su hombro.

—¿Tú crees? —Se había puesto unos tejanos, una camisa blanca y una americana.

—Sí —sonrió ella, avanzando ya hacia el ascensor—. ¿Has podido descansar?

—¡Qué va! —dijo mientras pulsaba el botón del ascensor—. He estado revisando el presupuesto del edificio que vamos a ver ahora.

Ella lo miró de reojo e hizo un gesto de disgusto.

—Pero si ya nos lo sabemos de memoria —se quejó.

—Ya, pero... —suspiró—, prefiero mirármelo.

Cuando las puertas se abrieron, ambos entraron en el ascensor y ella misma pulsó el botón de la planta baja.

—Álvaro, tu jefe —pronunció, aunque luego lo miró fijamente y sonrió en plan graciosa—, es un incordio.

Aquello le hizo gracia a Ignacio.

—Dímelo a mí —bromeó.

Ella suspiró.

—Creo que le iría bien relacionarse un poco más con la gente... —continuó con la ironía.

—O simplemente echar un buen polvo.

—¡Ignacio! —rió ella.

—¿Qué? —rio él también, extendiendo los brazos en su dirección, como si no comprendiese su reacción—. Vamos, yo creo que lo único que hace fuera del trabajo es ir a jugar al tenis... y porque veo que muchas veces va con la bolsa del gimnasio y la raqueta.

Ella reía.

—Pues que sepas que va con su hermana... —susurró.

Ignacio arqueó una ceja.

—¿En serio? —pronunció como si no diese crédito—. Quizá sí le iría un poco mejor si se relacionase más con la gente, así al menos estaría de mejor humor.

—Por cierto... —replicó rápidamente, como si lo recordase en ese momento—. ¿Has visto que hay pista de tenis en el hotel?

Ignacio abrió los ojos como platos.

—No me jodas —susurró antes de que se abriesen las puertas.

Salieron del ascensor y su mirada voló directamente hacia Laura y Álvaro, que esperaban al inicio de la recepción, cerca de la puerta.

—Con suerte no se han enterado... —murmuró mientras se dirigían hacia ellos—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo pone en el documento sobre los servicios que ofrece el hotel —explicó mientras rodeaban la fuente.

Ignacio resopló y justamente coincidió con que su jefe miraba el reloj, como si no estuviese muy conforme con la hora de llegada de sus empleados.

Natalia miró su reloj de muñeca.

Pasaban dos minutos de las siete y Álvaro, como de costumbre, no estaba de muy buen humor. Ambos detectaron su mirada molesta por el leve retraso, aunque Laura, por suerte, no parecía nada indignada.

—Hemos avisado a un taxi, tiene que estar al llegar —informó Laura—. ¿Tenéis la dirección del edificio?

—Sí —respondió Natalia abriendo su bolso y sacando la tableta.

Laura miró directamente a Ignacio.

—¿Has encontrado algún restaurante cerca?

Ignacio asintió.

—Sí, en la zona hay muchos restaurantes, la mayoría de comida típica de Estambul.

Álvaro iba controlando la puerta de acceso por si llegaba el taxi. Se giró hacia su asistente.

—¿Has reservado mesa? —preguntó directamente.

Ignacio lo miró desconcertado.

—Emmm, no, hay muchos y no sabía a cuál querríais ir...

Álvaro suspiró y miró a su hermana.

—Aún nos quedamos sin cenar —bromeó, aunque aquello hizo que Natalia lo escudriñase con la mirada.

Comprendía claramente la alusión que hacía a Ignacio y aquello le molestaba. Sabía que en parte no le faltaba razón, que ellos, como sus asistentes, tenían que tenerlo todo bien planificado, que para eso mismo les pagaban, pero las cosas se podían decir en otro tono menos hiriente.

—Tengo la dirección del sitio —comentó Natalia a Laura con una sonrisa. Luego se giró hacia Álvaro—. ¿Qué le apetece cenar? —preguntó con un tono de voz más tirante, lo que llamó la atención de Álvaro, que enarcó una ceja—. ¿Carne? ¿Pescado? ¿Tal vez marisco...? —preguntó con ironía, sabiendo de su alergia al cangrejo.

Álvaro parpadeó varias veces ante el tono de voz de la muchacha, sin pronunciar palabra.

Ignacio, que miraba de reojo a Natalia, dio un paso hacia atrás.

—Iré... iré a llamar a un restaurante que está al lado de... Está muy bien y tiene muy buenas valoraciones...

—Llama —le dijo Álvaro, sin apartar la mirada de Natalia.

—El taxi está aquí —informó Laura.

Los cuatro avanzaron, aunque Ignacio se quedó un poco más rezagado mientras hablaba en inglés con el interlocutor del restaurante.

El taxi era casi como una furgoneta, un poco más pequeño que el que los había llevado aquella mañana hasta el hotel, y constaba de dos asientos en la parte trasera, uno frente a otro.

—Sí, a las nueve y media, gracias —comentó Ignacio mientras cerraba la puerta. Guardó el teléfono en su propio maletín y miró a su jefe—. He reservado para las...

—Ya lo he escuchado —lo interrumpió Álvaro, aún con la mirada fija en Natalia. Natalia llevaba cinco años trabajando con ellos como asistente de su

hermana. Una chica inteligente, perseverante, trabajadora y... preciosa. Los primeros años se había mantenido más distante con ella, pero desde el último año, y teniendo en cuenta que todos sus asistentes parecían encontrar un sitio mejor donde trabajar, se había obligado a conformarse con Ignacio, un chico agradable pero muy despistado. Así que se había visto en la necesidad de recurrir en diversas ocasiones a Natalia y cada vez se daba más cuenta del fuerte carácter de la muchacha. No era una chica que se anduviese con rodeos, su rostro reflejaba muy bien sus sentimientos y lo que pensaba en cada momento. Por eso mismo, las dos últimas veces que se había dirigido a Ignacio, había detectado cierta hostilidad por parte de ella, con una mirada penetrante.

Álvaro giró su cabeza y observó por la ventana igual que hacía su hermana.

—Hay mucho ambiente por la calle —señaló Laura, mientras el taxi se internaba por las calles de la ciudad.

Estambul era una ciudad de numerosos contrastes y no solo en cuanto a la religión, también en lo que respecta a sus gentes; podías encontrar desde personas rubias de ojos azules, que parecían más bien nórdicas, hasta gente de rasgos asiáticos o árabes, chicas vestidas con falda corta y otras que vestían el burka mostrando solo los ojos y su contorno. Todos vivían respetando la cultura del otro. En su trayecto pudo identificar desde una iglesia cristiana hasta una mezquita, muy próximas entre ellas.

Álvaro suspiró, sabía que últimamente el estrés le estaba jugando una mala pasada y tenía los nervios a flor de piel. Quizá sí debería intentar relajarse un poco. Observó a Ignacio, que miraba también por la ventana, absorto.

—Ignacio —comentó en un tono más amistoso—, ¿dónde tenemos la reunión el lunes con el arquitecto?

Él lo miró de reojo.

—En su despacho, señor Vidal. Se encuentra cerca del local que vamos a ir a ver y del restaurante.

Álvaro asintió y medio sonrió como si estuviese conforme con la respuesta, provocando que Natalia lo mirase con una ceja enarcada. A este hombre no había quien lo entendiese.

En ese momento el teléfono de Laura sonó y se lo llevó directamente al oído.

—Hola, cariño —dijo sonriente mientras seguía mirando por la ventana—. ¿Cómo va todo?

Natalia aprovechó para mirar a Álvaro. No había querido disimular su disgusto y su enfado cuando le había hablado mal a Ignacio y, para su sorpresa, le daba la sensación de que Álvaro había querido enmendar su error.

—¿Cómo está el niño? —Tras unos segundos en silencio suspiró—. Bueno, los niños se caen constantemente, otro chichón más para la colección. —Sonrió—. Pues aquí parece que hay muchas retenciones... —continuó, mirando por la ventana.

Tras más de cuarenta minutos, en los que Laura se mantuvo al teléfono y el resto en silencio, llegaron hasta el edificio.

Bajaron del taxi y, después de pagar el trayecto, intentaron ubicarse.

Natalia extrajo su móvil y conectó el GPS para hacerse una idea de dónde se encontraban.

Frente a ellos había una gran plaza con una fuente de agua en medio, más adelante podía ver los altos minaretes de la mezquita Santa Sofía y, casi enfrente, la mezquita Azul.

Se guardó la ubicación en el móvil, en cuanto tuviese un rato libre vendría a esa zona y visitaría las dos mezquitas.

Laura miraba de un lado a otro.

—¿Dónde es?

Ignacio dio un paso hacia ellos mirando atento la pantalla de la tableta.

—Es en esta calle, un poco más adelante. —Comenzó a caminar.

Laura y Álvaro lo siguieron mientras Natalia iba tras ellos.

No sabía por qué no se guardaba la ubicación en el móvil, aquella pantalla táctil le fallaba a veces. Resopló y mandó la ubicación al móvil de Ignacio, al menos así podría guardarla después. Ignacio se giró para mirarla, sin comprender por qué hacía eso.

—Luego te cuento —dijo ella sin hacer ninguna referencia más, aunque antes de volver a la pantalla de su móvil no pudo evitar dejar la vista clavada en el trasero de Álvaro.

—Madre de Dios —susurró ella antes de devolver la mirada a la

pantalla.

Aquellos tejanos se ajustaban perfectamente a sus piernas, su cintura, sus glúteos...

Se pasó la mano por la nuca, abochornada, y estuvo a punto de chocar con su espalda, pues no se había dado cuenta de que se habían detenido.

—Es aquí —indicó Ignacio.

Todos elevaron la cabeza. Era un edificio de cinco plantas, abandonado, aunque parecía que la estructura estaba bien. De un color ocre, con una buena capa de pintura podía quedar resultón.

—Es grande —comentó Laura, y luego miró hacia los lados—, y su ubicación es perfecta.

—Está en pleno centro —corroboró Álvaro sin apartar la mirada del edificio, aunque chasqueó la lengua cuando observó que en las plantas superiores había unas cuantas ventanas rotas.

—Se tiene que reformar entero... —pronunció Laura con cierta emoción en la voz.

—Y hay que asegurarse de que la estructura está en buen estado. —Miró a Ignacio—. Hemos quedado el lunes a las diez con el arquitecto, ¿verdad?

—Diez y media —corroboró Ignacio.

Laura se adelantó.

—Demos una vuelta a la manzana —sugirió Laura, iniciando la marcha sin esperar respuesta.

La manzana y el edificio eran inmensos. Seguramente podían hacerse unas quince o veinte habitaciones por planta, como mínimo. El lugar era espectacular, una de las zonas más turísticas de la ciudad de Estambul. Aquel edificio, transformado, sería un lugar idílico para cualquier turista... siempre y cuando pudiese costearse una noche en los lujosos hoteles Vidal&Peralta.

—Me gusta —concluyó Laura con una sonrisa hacia su hermano, el cual se limitó a asentir—. ¿Has traído los planos?

—No los llevo en el bolso si es a lo que te refieres —bromeó Natalia, lo que despertó una sonrisa en Laura y una mirada fija por parte de Álvaro—. Pero los tengo en la memoria USB tal y como me pediste. —Se encogió de hombros.

—Perfecto, mañana los revisaremos en un momento. —Suspiró mirando el edificio y se volvió a girar hacia su hermano—. Creo que es un buen candidato. —Él volvió a asentir—. Bien —continuó risueña—, ¿vamos a dar una vuelta?

El Old House Restaurant era uno de los mejores restaurantes de la zona. Era muy amplio y poseía una gran terraza en el exterior con vistas a la mezquita Azul; sin duda, un lugar de ensueño.

La mesa se la habían reservado cerca de la ventana. Estambul permanecía iluminada, resplandeciente, con los minaretes de las mezquitas asomando entre los edificios. El lugar era más espectacular de lo que había supuesto.

Habían pedido varios platos, siempre asegurándose de que no llevaran trazas de marisco, pues ninguno de los allí presentes tenía ganas de ver a Álvaro hincharse o tener que inyectarle adrenalina.

Brochetas de cordero y de pollo, verduras, una ensalada aderezada con limón y humus. Estaba todo buenísimo, más teniendo en cuenta que no había comido nada a mediodía, por lo que estaba hambrienta. No había dejado nada sin probar; al fin y al cabo, sus jefes invitaban y pagaban todos los gastos, así que, ya que era fin de semana y tenía que *trabajar*, no se privaría de nada. Normalmente era más recatada, no abusaba, pero el hambre que tenía en esos momentos era voraz.

Cuando acabaron se tomó un café típico de Turquía. Jamás había bebido un café tan fuerte y espeso como ese, hecho a base de agua y donde se hervía el café molido. Cuando se le echaban unas cuantas cucharadas de azúcar se podía beber y estaba bueno.

—Estoy llenísima —susurró Laura mientras salían por la puerta del restaurante. Puso una mano en el hombro de su hermano y le dio una palmadita; Ignacio y Natalia los seguían—. ¿Has visto que hay pistas de tenis? Podríamos echar un partido un día de estos. —Ignacio y Natalia se miraron de reojo, aunque se obligaron a sonreír cuando Laura los miró divertida.

—No iría mal para bajar la cena —respondió Álvaro con una medio sonrisa hacia su hermana.

—Ahora no, otro día —continuó ella con la broma.

Natalia cerró los ojos unos segundos. «Por Dios, que no nos pregunte...

que no nos pregunte...».

—¿Os parece bien? —preguntó directamente hacia ellos—. Seguro que tienen equipación y raquetas.

Natalia tragó saliva y a duras penas sonrió, esquivó la mirada de Laura, que esperaba una respuesta afirmativa por su parte, pero Natalia se giró y elevó el brazo.

—Pararé a un taxi —dijo alejándose y dirigiéndose a la carretera con el brazo alzado.

Álvaro hizo un gesto gracioso con su rostro hacia su hermana y señaló con un movimiento de cabeza a Natalia.

—Me parece que no le apetece. —Se giró hacia Ignacio—. ¿Y tú?

—Ammm... —Ignacio suspiró—, lo puedo intentar.

Álvaro puso una mano en su hombro y dio una palmada.

—Muy bien, así me gusta. —Se giró y dio unos pasos hacia Natalia, que permanecía al final de la acera gesticulando hacia los taxis que pasaban, hasta el momento, todos llenos. La miró de reojo, consciente de que ella había notado su presencia—. Me parece que no te gusta mucho el tenis...

Natalia lo miró de reojo y volvió la vista al frente, elevando la mano otra vez, aunque chasqueó la lengua y bajó el brazo al ver que llevaba la luz roja indicando que estaba completo.

—No es de mis deportes favoritos —dijo sin girarse hacia él.

Álvaro se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y qué deportes te gustan?

Natalia parpadeó varias veces y finalmente se giró hacia él, extrañada por aquellas preguntas.

—No soy aficionada a ningún deporte en concreto —comentó sin entender la situación.

¿Desde cuándo Álvaro se dirigía a ella para algo que no fuese darle una orden?

—¿Prefieres la natación? —preguntó como si nada.

—Sí —suspiró—. Me gusta más.

—Perfecto. También hay piscina.

Perdió el equilibrio un segundo, aunque lo recobró de golpe. Aquella situación era extraña, seguramente la cerveza que Álvaro había bebido se le

había subido a la cabeza.

Se giró con una sonrisa tirante hacia él.

—No he traído bañador y... los pocos momentos que tenga libres prefiero emplearlos en hacer turismo por la ciudad. —Se encogió de hombros.

Álvaro miró de un lado a otro y asintió.

—Sí, la ciudad es bonita. Supongo que en los siete días que nos quedan nos dará tiempo a conocerla bien.

Natalia pestañeó varias veces. ¿Nos dará tiempo? ¿Había hablado en plural?

—Sí, supongo.

—Es bueno empaparse de la cultura de un país cuando se pretende abrir un...

—¡Taxiiiiiii! —lo interrumpió ella, con tal grito que Álvaro cerró los ojos unos segundos.

—Menudo pulmón —espetó hacia ella.

—No me gusta practicar deporte, pero sé animar muy bien —comentó mientras el taxi se detenía justo frente a ella. Miró a Laura e Ignacio, que mantenían su propia conversación—. Ya está aquí. —Fue hacia la puerta del taxista y le indicó que los llevase hasta el Swissotel The Bosphorus Istanbul.

—Encontraste un taxi —la felicitó Laura, mientras pasaba primera a la parte trasera.

Álvaro se colocó a su lado y le hizo un gesto para que pasase ella primero.

—Lo extraño es que no hayan venido más con el grito que ha dado. — Aunque esta vez su tono de voz denotaba enfado.

4

Segundo día de viaje.

En la avenida Suleyman Seva había un gran número de cafeterías y restaurantes donde desayunar. Había quedado con Ignacio a las nueve de la mañana. Al fin había podido recuperar las horas de sueño perdido y se encontraba totalmente despejada. No habían quedado hasta las cinco de la tarde con sus jefes, así que habían podido disfrutar de la mañana y del mediodía para hacer turismo.

Habían quedado totalmente impresionados con la mezquita de Santa Sofía, una basílica patriarcal ortodoxa convertida actualmente en una mezquita museo. La cola para la entrada había sido larga, más de una hora de espera, pero había merecido la pena. Sus frescos en oro, la iluminación con la que se realzaban las pinturas... Era una verdadera maravilla digna de ver.

Habían querido visitar además la mezquita Azul, pero la cola era también muy larga, así que la habían dejado para otro día. Habían vuelto hacia el hotel y, por el camino, habían disfrutado de una agradable comida en una terraza.

Dio un sorbo a su café turco y lo dejó reposando sobre el pequeño plato.

—Pues yo creo que se quedarán con el de ayer.

Ignacio se encogió de hombros.

—Aún tenemos que ver el otro edificio y el terreno...

—El otro edificio creo que es de construcción más antigua y no está tan bien ubicado. El terreno..., la verdad, iniciar una construcción desde cero llevaría mucho tiempo y, además, está a las afueras de la ciudad —recordó Natalia.

—Ya, pero ya sabes cómo es el señor Vidal. Le gusta diseñar todo, desde prácticamente los cimientos.

—Perdería mucho tiempo —reaccionó Natalia cogiendo de nuevo su café. Luego miró a Ignacio encogiéndose de hombros—. Pero ¿sabes qué? Que haga lo que quiera. —Esbozó una falsa sonrisa hacia él.

—Sí, él sabrá. —Dio un sorbo a su café e hizo un gesto de desagrado—. Es muy espeso —comentó soltándolo sobre el plato—. Tiene mucho poso. —

Luego la miró pensativo—. ¿Lo harán con agua de aquí?

—¿Por qué preguntas eso?

—Mi novia estuvo aquí de viaje de fin de carrera y lo primero que me dijo fue: «Cuidado con el agua de Turquía». Por lo visto, más de la mitad de sus compañeros de clase acabaron con gastroenteritis.

Natalia miró el poso y cogió el vasito.

—Pues no había caído en eso —susurró pensativa—. Pero sí, no creo que compren agua embotellada para hacer el café.

Ambos giraron su rostro hacia una mujer que se acercaba. Tenía el cabello recogido en una cola alta y vestía una túnica azul oscuro con unas finas líneas doradas. Se puso frente a ellos con una gran sonrisa, ante la mirada atenta de los dos.

—Ponedlos boca abajo y os leeré el futuro —pronunció en un perfecto inglés, cogiendo los vasos y volcándolos.

Natalia se negó rápidamente con una sonrisa.

—No, no... —Pero la mujer ignoró su comentario y colocó el vaso en aquella posición.

—¡Estupendo! —comentó Ignacio con ilusión y se acercó por encima de la mesa a Natalia—. Mi novia también me habló sobre esto. Es una de sus costumbres, es como una enseñanza familiar, la pasan de padres a hijos. Hay algunas muy buenas. A mi novia le acertaron que iba a iniciar una relación a la vuelta del viaje.

Natalia enarcó una ceja.

—¿Y te conoció?

Ignacio asintió con vehemencia.

—Será divertido, ya verás.

Natalia se dio por vencida; de todas formas, la mujer ya había puesto los vasos boca abajo y se había marchado a otra mesa, donde, en ese momento, analizaba el poso de aquellas personas que la miraban con los ojos muy abiertos.

—No sé yo. Estas cosas no me gustan mucho —pronunció a regañadientes.

Ignacio rio con ganas.

—Fíjate, a lo mejor nos dicen que nos haremos millonarios...

—Pzzzz. —Suspiró y se apartó el cabello castaño de sus ojos azules—. ¿Y Jessica cómo está? Supongo que te echará de menos —bromeó ella.

Ignacio se encogió de hombros.

—No te creas —continuó con la broma—. Estaba bastante entusiasmada con contar con una semana libre... —rió—. Había quedado con su hermana para ir el fin de semana a la playa, a la casa que tienen en Valencia, así está con los sobrinos.

—Estará entretenida.

—Sí, eso desde luego, menudos fieras —aclaró Ignacio—. También ha quedado con unas amigas del trabajo para ir al cine y salir a tomar alguna copa...

—Desde luego no se aburrirá —dijo divertida—. No llorará por las esquinas suspirando tu nombre...

—No, me parece a mí que no —confirmó Ignacio.

Ambos elevaron la mirada hacia la mujer que cogía una silla y se acomodaba a su lado con una sonrisa.

—Mi nombre es Belma —explicó la mujer en un perfecto inglés, muy sonriente. Ambos asintieron. Miró directamente hacia él—. ¿Cuál es tu nombre?

—Ignacio.

Ella asintió y cogió su vasito ante la expectante mirada de los dos. La mujer lo hizo rodar entre sus dedos, analizándolo.

—Estás de viaje aquí por obligación... —Tanto Ignacio como Natalia se miraron y asintieron conformes a lo que decía la mujer. Volvió a hacer rodar el vasito—. Has dejado a tu pareja muy lejos. —Miró a Natalia como si no comprendiese.

—No somos pareja —explicó ella.

La mujer sonrió y asintió, como si ahora comprendiese lo que veía reflejado en el poso del vasito.

—Llevas un tiempo, cerca de un año, muy estresado y no... no te sientes cómodo.

—El tiempo que llevo en la empresa —bromeó Ignacio con Natalia.

—Pero todo va a cambiar. —Miró con curiosidad el vaso—. Ocurre algo que... hará que estés mucho más cómodo y que se te reconozca. —Aquello

despertó una gran sonrisa en Ignacio—. Serás mucho más valorado y... — seguía mirando con curiosidad el vaso— eso va a hacer que estés relajado y que no tengas tanta presión. —Ambos se miraron con una sonrisa—. Veo un... un perro blanco.

—Mi novia quiere un perro —explicó él con disgusto.

—Ya, me parece que lo va a conseguir... —bromeó la mujer cuando escuchó a Ignacio resoplar.

—Es muy perseverante —indicó él.

La mujer era agradable y le devolvió la sonrisa.

—Hay un deseo muy... muy claro, que se identifica muy bien.

—¿El qué?

—Hay un piso...

—Estamos buscando piso —indicó rápidamente, asombrado con todo lo que le decía la mujer: Natalia lo observaba confundida, con cierta duda en la mirada—. Creo que, antes de que acabe el año, adquirirás un piso.

—¡Perfecto!

Belma sonrió ante la exclamación del joven.

—Te va a ir muy bien —comentó—. Ahora estás en un período de frustración, pero este pasará y antes de que acabe el año todo te va a ir muy bien. Tanto en el trabajo como en el amor.

—Muchas gracias —dijo Ignacio mientras ella depositaba el vasito frente a él.

Luego la mujer se giró hacia Natalia y cogió su vaso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Natalia —comentó ella bastante nerviosa. Se miró con Ignacio, el cual sonreía sin parar.

—Vamos a ver, Natalia —dijo haciendo rodar su vasito de café—. Veo que tú estás muy bien en tu trabajo, te sientes muy cómoda... —Natalia miró sorprendida a Ignacio y asintió. Desde luego, se sentía mucho más cómoda con su jefa que Ignacio con Álvaro—. En tu trabajo estás valorada y te sientes muy a gusto. —Hizo girar el vasito—. Veo un gato.

Natalia rio y miró a Ignacio divertida.

—Tenía un gato, pero se lo tuve que dejar a mis padres cuando me mudé a Madrid por trabajo.

—Eres una persona con una gran paciencia, aunque cuando esta se acaba eres como... como un volcán en erupción —rio Belma, a lo que Natalia asintió—. Y... —dijo esta vez entornando los ojos— hay un deseo muy claro, se ve con mucha nitidez. —Natalia la miró con curiosidad—. Deseas amor. —La sonrisa de Natalia se esfumó y, a su vez, apareció en el rostro de Ignacio—. No... no parece que tengas pareja —comentó la mujer confundida—. Estás rodeada siempre de gente, pero... ninguna que te llene de verdad —confirmó la mujer, llevándose la mano al corazón con cierta tristeza. Dio un par de vueltas al vaso y sonrió—. Pero veo que muy pronto lo encontrarás. —Natalia enarcó una ceja hacia ella—. Como digo, eres una persona muy equilibrada, eres como el yin, pero necesitas a tu yang para estar completa. Veo... veo que ese símbolo aparece en tu vida y te da serenidad y amor.

—Ahhh... —dijo mirando a Ignacio mientras se encogía de hombros.

—Dentro de muy poco se acabará tu soledad y todo te va a ir muy bien. Pronto encontrarás a tu yang para sentirte equilibrada y feliz.

Natalia le ofreció una sonrisa tirante y asintió avergonzada.

La mujer dejó el vasito sobre la mesa y los miró muy sonriente, colocando las manos sobre sus piernas.

Natalia la miró con una sonrisa, aunque, tras unos segundos, miró de forma sospechosa a Ignacio. ¿Por qué no se levantaba aquella mujer? Ambos se miraron sin comprender, hasta que Natalia cayó en la cuenta.

—Ah, sí... —dijo abriendo su bolso. Ignacio reaccionó también sacando su cartera. Natalia sacó un billete de cinco liras, al igual que Ignacio, y entregaron el dinero a la mujer.

La mujer lo cogió y lo guardó en su bolsillo.

—Muchas gracias —agradeció, poniéndose en pie.

Ambos asintieron mientras Belma se dirigía a la siguiente mesa, donde los comensales esperaban con ansiedad e ilusión a que leyese su poso. Natalia colgó de nuevo el bolso de la silla y, cuando se giró, Ignacio la observaba con una gran sonrisa.

—¿Qué? —preguntó sin comprender aquella mirada.

—¿Te sientes sola? —bromeó. Natalia resopló—. Tu yang está cerca... —susurró con tono siniestro, lo que hizo que ella pusiese los ojos en blanco

—. Nunca me habías hablado de tu deseo desesperado de encontrar el amor.

—No estoy desesperada —interrumpió Natalia—. De hecho, estoy muy bien sola. No necesito a nadie para ser feliz.

Ignacio ladeó el cuello, observándola.

—El poso ha hablado... —ironizó—. En breve encontrarás a tu yang...

Ella volvió a resoplar:

—Deja de decir tonterías. La mujer solo ha tenido un golpe de suerte...

—¿Suerte? Te ha fichado de pleno —continuó divertido—. Mujer valorada en el trabajo, que tenías un gato y que no tienes pareja. ¿Cómo va a saber la mujer que estás soltera?

Ella suspiró y lo miró fijamente.

—Suerte, a eso se le llama suerte.

Ignacio se encogió de hombros.

—Ya veremos...

El hotel estaba provisto de grandes salas adecuadas para conferencias y algunas más pequeñas destinadas a reuniones por cuestiones de trabajo.

Habían puesto los tres planos de las zonas que pretendían visitar:

—¿Los presupuestos? —preguntó Álvaro mirando los planos, sin dirigir la mirada hacia ellos.

Natalia insertó la memoria en la tableta y abrió la carpeta.

Álvaro dio unos pasos hacia ella con intriga en su mirada.

—¿No los tienes en papel?

—No. —Y miró a Laura directamente, la cual intervino desde el otro lado de la mesa.

—Le dije que los guardase en la memoria —explicó mientras seguía observando materiales—. Veo que el mármol de aquí es muy resistente. Hay varias canteras donde podemos solicitar presupuestos de...

—¡Los quiero en papel! —interrumpió Álvaro de los nervios. Miró fijamente a Ignacio—. Supongo que no los has imprimido, ¿no? —Ignacio negó—. Ya —respondió molesto—. Cómo no.

Aquello desquició a Natalia, que se puso en pie de inmediato con un claro gesto de enfado en el rostro. Acto seguido, se dirigió a la puerta de la oficina ante la mirada sorprendida de todos.

—¿Adónde vas? —preguntó Álvaro, asombrado por su reacción.

Natalia abrió la puerta y se giró hacia él. Desde luego, si las miradas matasen, él en ese momento estaría recibiendo sepultura.

—¡A imprimir los dichos presupuestos en papel! —gritó antes de cerrar la puerta de un portazo; aunque segundos antes de que el portazo hiciese retumbar las paredes cercanas, pudo ver los ojos muy abiertos de Álvaro y la mueca estupefacta en el rostro de Laura e Ignacio.

Resopló e intentó calmarse. ¿Acaso no tenían bastante con que llevasen sus agendas? ¿Con tenerlo siempre todo listo? ¿Con obedecer en todo lo que pedían? Sinceramente, ella recibía órdenes al igual que Ignacio, pero lo que no podían pretender era ordenar algo, que ellos cumpliesen, desdeirse luego de las órdenes dadas y que ellos acarreasen encima con las culpas. Además, aquel tono de voz, aquella mirada... Sabía que Álvaro estaba bajo mucha presión, que iban a invertir una gran suma de dinero en aquel proyecto y que lo quería tener todo bien atado, pero a su parecer perdía las formas demasiado a menudo, sobre todo con su ayudante.

Ya estaba harta de aguantar los gritos de un hombre al que ni siquiera tenía que obedecer. Aunque fuese el propietario de la compañía al cincuenta por ciento, ella no estaba allí para servirle, estaba para ayudar a Laura.

Caminó hacia el mostrador y se dirigió a uno de los administrativos.

—Buenas tardes, ¿hay alguna posibilidad de imprimir unos documentos?

El hombre asintió con una plácida sonrisa.

—Por supuesto. —Cogió un papel y apuntó algo en él—. Este es el correo electrónico. Puede enviar la documentación que necesite imprimir y el número de copias. —Ella observó la dirección y abrió internet en su tableta para adjuntar los documentos—. Los cargos se efectuarán a la habitación pertinente. ¿Puede decírmela?

Ella elevó la mirada de la tableta.

—Ammm... es la habitación de... mi jefe —resopló—. Sé que está en la octava planta, pero no sé el número. Se llama Álvaro Vidal Peralta.

El hombre asintió mientras buscaba el número de habitación en la que se alojaba.

—Habitación ochocientos siete.

Ella lo miró y asintió. No tenía ni idea, pero suponía que debía ser esa.

Adjuntó todos los documentos y los envió al correo electrónico del hotel.

—Ya está —informó al administrativo.

—De acuerdo, ¿para cuándo lo necesita?

—Pueeeees... ¿podría ser para ahora? —preguntó desesperada.

—Sí, claro, claro... —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias.

Se giró cuando escuchó unos pasos dirigirse en su dirección con bastante rapidez. Dio un paso atrás y miró a su alrededor, sin saber dónde meterse. Álvaro caminaba hacia ella, con la vista clavada en sus ojos y los músculos tensos. De acuerdo, estaba claro que no le había hecho ninguna gracia su reacción, pero ya estaba cansada. En parte era su jefe, pero eso no le daba derecho a elevar el tono en su presencia o darle órdenes con tanta autoridad, y mucho menos faltarle al respeto a un compañero suyo.

—¿Qué hace? —preguntó antes de colocarse ante ella.

¡Ah, no! Si pensaba que ponerse erguido sacándole más de una cabeza o ir de brazos cruzados en actitud furiosa hacia ella iba a amedrentarla, estaba muy equivocado.

—Lo que usted ha ordenado —explicó con el mismo tono de voz.

—Yo no se lo he ordenado a usted, se lo he ordenado a Ignacio.

—Ya —dijo mirando de reojo al administrativo que se distanciaba disimuladamente de donde se encontraban—. Pero es que yo —se señaló a sí misma— era la encargada de los presupuestos, ¿sabe? Su hermana me pidió que lo guardase todo en archivos informáticos, no me dijo nada de traerlo en papel. ¿O es que pretende que vayamos cargados como mulas? —Álvaro enarcó una ceja y miró de reojo a los administrativos; con suerte, no entenderían el castellano—. No tiene por qué gritar o hablar en ese tono tan... autoritario —dijo poniéndose erguida ella también—. Lo vamos a obedecer igual.

Álvaro enarcó una ceja, estupefacto ante el arrebato de sinceridad de la joven.

—¿Perdone?

—¿Qué no entiende? —preguntó, cogiendo los documentos que el administrativo le entregaba para luego alejarse rápidamente. Natalia revisó los documentos, quedaba por imprimir el último presupuesto de iluminación.

Miró de reojo a Álvaro, el cual permanecía a su lado. Podía notar su

mirada fija en su perfil.

—¿Qué? —preguntó sin comprender que estuviese a su lado como un pasmarote, aunque estaba claro que aquella discusión lo había alterado, porque podía sentir cómo aquella mirada taladraba su sien—. Cuando esté todo imprimido se lo llevaré —sentenció ella dándole la espalda, sin querer continuar con aquella discusión.

Álvaro miró su espalda y, durante unos segundos, se fijó en aquel trasero tan respingón. Unos buenos azotes no le irían mal, aunque sabía que aquello era extralimitarse claramente en sus funciones.

Aquella muchacha lo ponía cada vez más nervioso. Sabía que en parte tenía razón, pero no había logrado levantar una compañía como la suya con palabras cariñosas y amables.

Su hermana siempre estaba dispuesta a todo, todo lo que él decidiese le parecía bien y aquello era el verdadero problema: todas las decisiones importantes eran su responsabilidad. Más de una vez era consciente de su mal humor e intentaba frenarse, pero le era imposible cuando él cargaba sobre sus hombros con el peso de toda una empresa que, en principio, tenía al cincuenta por ciento con su hermana.

Intentó respirar para calmarse y, sin decir nada más, deshizo el camino hacia la oficina con los músculos tensos y la mandíbula apretada.

Natalia solo pudo respirar tranquila cuando lo vio alejarse. No era la primera vez que discutía con él, pero sí la vez en que había llegado más lejos.

Cogió todos los documentos que el administrativo le había entregado poco antes y los ordenó.

—Gracias —susurró cargándolos y dirigiéndose a la oficina de nuevo, situada en aquella misma planta al final de un largo pasillo.

Era tal la rabia y el enfado que sentía en aquellos momentos que no podía contenerse, aunque, a medida que pasaban los minutos, era consciente de lo ocurrido y cada vez se daba más cuenta de que se había excedido.

«Puede despedirte —se recordó a sí misma—. Él no puede, trabajas para su hermana, eres la asistente de Laura. Ya, pero tiene la mitad de la empresa. Laura te aprecia, no permitiría que te echase», comenzó a discutir consigo misma.

Se situó frente a la puerta del despacho, suspiró y abrió directamente.

Laura permanecía atenta a la tableta y apuntando información en unos documentos, Ignacio tragaba saliva mientras la miraba nervioso y Álvaro se encontraba sentado presidiendo la mesa, con la mirada clavada en ella.

Cerró la puerta, fue hacia allí y depositó los documentos sobre la mesa, frente a él.

—Aquí los tiene —dijo mientras caminaba hacia su silla, situada al lado de la de Ignacio.

Álvaro no dijo nada, se limitó a seguirla con la mirada por el despacho hasta que tomó asiento.

—Bien... —comentó esta vez con un tono de voz más calmado—, quiero que se revisen cada uno de estos presupuestos...

—Ya están revisados —lo cortó Natalia.

Pudo detectar cómo Álvaro apretaba los labios.

—Mañana es la reunión con el arquitecto y necesito que...

—Nos los sabemos de memoria. —Colocó una mano en el brazo de Ignacio, incluyéndolo.

El resto de la tarde la pasaron ordenando los documentos y apuntando todos los factores y variables que debían preguntar al arquitecto.

Cuando finalizaron eran las ocho en punto.

—Bien —dijo Álvaro levantándose de la silla—. Mañana desayunaremos aquí en el hotel. A las ocho de la mañana en el comedor.

Todos se pusieron en pie.

—¿Vamos a cenar? —preguntó Laura al ver que Álvaro se dirigía a la puerta.

—Id vosotros. No tengo apetito —dijo saliendo directamente de la habitación, aunque la última mirada fue para Natalia, que le devolvió también una mirada cargada de fuerza.

Aquello acabó de ponerla en tensión.

Quizá se había pasado, no debía olvidar que era el jefe, pero es que... la sacaba de sus casillas.

—¿Vamos nosotros? —preguntó Laura sin saber cómo reaccionar aún. Ambos asintieron—. Cogemos unas chaquetas y quedamos en diez minutos en la puerta del hotel.

Subieron al ascensor sin hablar, pensativos por las últimas palabras de

Álvaro.

En parte, no pudo evitar sentirse culpable. Álvaro tenía un carácter brusco, pero también debía tener en cuenta toda la presión que soportaba. Muchas veces se había mostrado amable, aunque aquello no era lo que predominaba en el último año.

Resopló mientras abría la puerta de su habitación e intentó dar un portazo para quitarse los nervios de encima. Se sorprendió al ver que la puerta, pese al ímpetu de su gesto, se cerraba lentamente.

—Perfecto —ironizó ella mientras iba hacia el armario y cogía una chaqueta fina.

Tercer día de viaje.

Onur Sahin era uno de los arquitectos más conocidos de Turquía, con más de seis proyectos construidos entre la ciudad de Estambul, Emiratos Árabes, Sudáfrica y la sucursal de un gran banco en Estados Unidos. Pese a su corta edad, despuntaba como uno de los mejores arquitectos del momento y con más proyección internacional. Su despacho contaba tanto con un área de arquitectura como con una de diseño de interiores.

—Por supuesto —dijo con una gran sonrisa a Laura—, mañana mismo iremos a ver tanto los edificios como el terreno. Pero tiene que ser por la mañana, por la tarde me es imposible.

—Claro —respondió Laura acelerada—. El primer día, cuando llegamos, vimos este, aunque solo por fuera. —Señaló una de las fotografías que Onur tenía sobre la mesa.

—Supongo que estarán interesados en verlos por dentro. —Sonrió directamente a Natalia; de hecho, desde que la había visto entrar por la puerta no dejaba de hacerlo, hasta ella misma se había dado cuenta de sus miradas de soslayo—. Su secretaria trae toda la documentación muy bien ordenada y clasificada —la felicitó.

Álvaro carraspeó mientras se ponía en pie, llamando la atención del arquitecto.

—Usted ha visto tanto los dos edificios que le hemos propuesto como el terreno. —Onur volvió la mirada hacia él y asintió—. ¿Cuál cree que es la mejor opción?

—Estambul es una ciudad muy turística; desde luego, no escogería un terreno situado a las afueras de la ciudad, aunque estuviese cerca del aeropuerto... —comentó sinceramente—. ¿Cuál era su presupuesto? —preguntó mirando la documentación aportada.

—Unos trescientos mil euros para comenzar. Cerca de un millón setecientas mil liras.

Onur asintió.

—¿Ese precio incluye la compra del edificio?

—Estaría bien —indicó—, por eso no queremos que sea un hotel enorme. Queremos algo confortable, de lujo, pero que no esté masificado. No queremos un hotel de trescientas o cuatrocientas habitaciones. Lo que queremos es ofrecer una especie de oasis en medio de esta gran ciudad, un lugar de calma y tranquilidad. —Luego ladeó la cabeza—. Podríamos doblar la cantidad, pero por lo que hemos visto sobre los precios de los edificios, el terreno y los pocos presupuestos que hemos podido pedir sobre material... con eso llegaría de sobra para un hotel de lujo en la ciudad de Estambul.

—Exacto... —comentó Onur con una sonrisa enigmática—, y yo estoy dispuesto a construir o diseñar lo que usted disponga, pero cuando hablamos de sumas tan importantes de dinero no creo que vaya ya de cinco mil o seis mil euros.

—Ni de diez mil —aclaró Álvaro.

—Pues esa pequeña cantidad de dinero es lo que puede hacer que su nuevo hotel despunte sobre el resto.

Álvaro lo miraba cruzado de brazos. Aquel arquitecto derrochaba soberbia por todos lados. Nada más llegar había centrado su mirada en la secretaria de su hermana, algo que no le había gustado, cada poco desviaba su mirada hacia Natalia y aquello comenzaba a alterarlo.

—¿Y cuánto tiempo se tardaría en construir? —preguntó Laura.

—Depende del proyecto que elija —explicó, encogiéndose de hombros. Rodeó la mesa y se sentó en su enorme butaca—. ¿Hasta cuándo se quedan en Estambul? —Llevó su mirada hacia Natalia.

—Hasta el sábado que viene —respondió Álvaro.

—De acuerdo, pues mañana iremos a ver los dos edificios y el terreno y, si se decantan por uno, me comprometo a tener listo para antes de que se marchen parte del proyecto de ese hotel. Si están de acuerdo, podemos firmar el contrato y nosotros nos ocuparemos de todo. Desde la compra del edificio o del terreno hasta la de materiales y proveedores.

Álvaro enarcó una ceja.

—¿Parte del proyecto preparado para antes del domingo? —preguntó incrédulo.

Onur se apoyó sobre la butaca, colocando los brazos a ambos lados y elevando levemente su barbilla.

—Señor Vidal, cuento con más de cien personas a mi cargo entre arquitectos, diseñadores de interiores, electricistas, ebanistería... No me refiero a tener el proyecto final, pero sí una ligera idea para poder mostrárselo en persona antes de que regresen a su país. Y, si está de acuerdo, mi departamento jurídico se encargaría de la compra del edificio o terreno que desease.

Álvaro asintió y miró de reojo a su hermana. Aquello le gustó, realmente podría desentenderse casi por completo del proyecto. Además, sabía que Onur era un buen profesional, aunque no le gustase su carácter ni la forma en que miraba a Natalia.

—De acuerdo —aceptó Álvaro.

Onur se puso en pie y le tendió la mano.

—Pues, si lo desean, mañana puedo pasar a recogerlos por el hotel sobre las nueve. Hacia mediodía podemos tenerlo todo visto. Llamaré a las inmobiliarias ahora para concertar las citas. No se preocupe... —dijo mirando a Natalia—, nosotros nos encargamos de todo.

Álvaro apretó más la mano de Onur, haciendo que este volviese la vista hacia él.

—Gracias, es muy amable. —Se la soltó, no sin cierta brusquedad.

Su mirada voló hacia Natalia, que se levantaba en ese momento del asiento. Claro, ¿quién no iba a mirarla? Llevaba unos pantalones negros entallados con unas chanclas altas de tacón y una camisa blanca con rayas plateadas que le hacían una esbelta figura.

Se había dejado el cabello suelto y se había maquillado de una forma suave, realzando el brillante azul de sus ojos.

—Nos vemos mañana a las nueve. Iremos primero a ver el terreno que, en mi opinión, es el que menos puntos tiene para convertirse en el gran hotel de lujo que usted desea —dijo guiándolos por el pasillo.

El despacho de arquitectura era impresionante. Constaba de dos plantas. A la planta superior no había subido, pero intuía que la mayoría de los trabajadores debía estar ahí, pues en la planta baja solo había un par de despachos para reuniones, una sala de juntas y, al inicio, una gran recepción con una secretaria que no dejaba de hablar a través de los auriculares. El despacho era majestuoso, y a lo largo del pasillo y de la entrada había

fotografías de sus construcciones alrededor del mundo.

—Hasta mañana —se despidió Onur de Álvaro, estrechando de nuevo su mano. Tanto Laura como Ignacio estrecharon también la mano a Onur antes de salir del despacho. Natalia fue la última en ofrecérsela, pero, al contrario de lo que esperaba, Onur se la cogió y se inclinó para besarla—. Encantado, señorita Natalia. —Ella parpadeó varias veces, y en el párpado inferior de uno de sus ojos apareció un tic—. Nos vemos mañana.

¿Aquello era una sonrisa seductora? No, un momento... ¿Le acariciaba con su pulgar la palma de su mano?

—Ya... —dijo retirando la mano de él, con una sonrisa tonta—. Igualmente. —Se giró muy tiesa, con todos los músculos en tensión.

Le acababan de tirar los tejos, ¿no? Jamás se le habían insinuado de tal forma. Había quedado muy clara la intención de aquel joven arquitecto.

Salió del despacho y lo primero que se encontró fue la mirada entornada de Álvaro, que la observaba enarcando una ceja.

—Parece que al arquitecto le has caído bien —bromeó Laura, que, obviamente, también se había dado cuenta de la clara insinuación de este.

—Sí, quizá podríamos usarlo para conseguir un descuento —ironizó Álvaro, aunque estaba claro que aquello no le hacía ninguna gracia.

A Natalia se le desencajó la mandíbula al escuchar aquello y escudriñó con la mirada a Álvaro.

El muy.... cabrón.

«Cangrejitos con sus pinzas acercándose a la pierna de Álvaro, cangrejitos acercándose a sus manos...», fantaseó Natalia en su mente.

Intentó sonreír ante aquel comentario y miró a Laura con una sonrisa.

—La verdad es que este arquitecto es muy majo —comentó pestañeando varias veces, lo que hizo que Álvaro la mirase aún más intrigado—. Se le ve todo un profesional y seguro que trata a sus empleados con cariño y respeto. —Creó una sonrisa mostrando todos sus dientes a Álvaro, el cual resopló y se giró un segundo para observar la calle, ignorándola.

—Me ha gustado mucho... —intervino Laura.

—A mí no mucho, es un poco prepotente... —comentó Álvaro sin mirarlos.

—Eso no importa —continuó Laura mientras iniciaban el camino calle

abajo—. Sabemos que Onur Sahin es un sello de calidad.

—Por ahí se salva, su fama le precede —contestó Álvaro.

Ignacio se colocó al lado de Natalia mientras seguían a sus dos jefes.

—Menudo repaso te ha pegado el arquitecto —bromeó.

—Solo ha sido cortés —intentó disimular ella.

Ignacio la miró divertido.

—A ver si Belma tenía razón.

—¿Quién?

—Belma, la mujer que nos leyó el poso ayer, ¿recuerdas? —Natalia puso los ojos en blanco mientras Ignacio aumentaba su sonrisa—. Lo mismo es el yang que tanto necesitas. Seguro que él está dispuesto a serlo —rio jocoso.

—¿Ocurre algo? —preguntó Álvaro, que se había detenido frente a ellos y los observaba confundido por sus risas. Ambos negaron—. De acuerdo, tenéis la tarde libre. No os necesitaremos más hasta mañana. Aprovechad el día.

Ambos asintieron con una sonrisa.

Tras comer con Ignacio en un restaurante y probar los *meze*, unos entremeses populares en el país a base de berenjena, queso, marisco y pimientos, y un *döner kebab* de cordero, se habían dirigido a la mezquita Azul, situada frente a Santa Sofia.

La mezquita Azul, conocida comúnmente como la mezquita del Sultán Ahmed, tenía seis magníficos minaretes. En su interior predominaban los mosaicos azules. Natalia se había tapado con un velo la cabeza, quitado los zapatos y había disfrutado de aquella maravillosa obra arquitectónica durante más de una hora. Se habían detenido en un lateral, donde los hombres acudían a rezar. Era increíble ver aquella arquitectura, la belleza de aquellos lugares...

Habían dado un paseo por los alrededores e incluso habían decidido que el próximo lugar a visitar sería el Gran Bazar, el Palacio de Topkapi y, si tenían tiempo, el Bazar de las Especies y la Cisterna Basílica, conocida también como el Palacio Sumergido.

Tras volver al hotel y darse una ducha, había decidido bajar a una pequeña tienda de regalos que había visto al inicio de aquella calle. Se había puesto una chaqueta fina y se había dirigido al lugar. Había prometido llevar

un recuerdo a sus mejores amigas, como siempre hacía. Compró cuatro ojos de Turquía que, por lo que le habían explicado, repelían el mal de ojo cuando se regalaban. Uno para Susana, otro para Olga y otro para Ignacio, el cual agradecería seguramente dicho regalo, y el último para ella, así como una figurita pequeña de la mezquita de Santa Sofía, que quedaría estupenda en la estantería de su piso.

Entregó las liras pertinentes y guardó todo en su bolso. Prefería hacer las compras lo antes posible y quitárselo de encima.

Pasó por delante de un restaurante y compró unos cuantos *baklava*, una masa fina rellena de nueces, pistachos, almendras o avellanas y endulzada con almíbar o jarabe de miel, que había degustado en la cena del primer día. Sinceramente, se alimentaría solo a base de *baklava*, ¡estaban buenísimos! Sabía que su dieta se resentiría, aunque por un día no pasaba nada.

Buscaría un canal internacional en la televisión y comería aquellos dulces hasta que el sueño la venciese.

Entró en la luminosa recepción del hotel, donde varias parejas recién llegadas esperaban con sus maletas a ser atendidas. No pudo evitar suspirar cuando observó cómo una de aquellas parejas, seguramente de recién casados, se abrazaba y besaba entre sonrisas.

¿Para qué negarlo? Sentía cierta envidia de aquellas parejas, incluso de Ignacio. Cuidado, se alegraba por él, pero cuando le explicaba las cosas que hacían juntos en pareja, cuando se escribían mensajes... echaba en falta todo aquello.

Ella había tenido pareja durante tres años, en la facultad, pero una vez habían acabado la carrera ambos se habían distanciado. Desde entonces, nadie había aparecido en su vida, y no porque ella no quisiese. Natalia estaba dispuesta a recibir al amor, a acogerlo, a estrellarse contra él si hacía falta con tal de volver a sentirse acompañada, de pasar largas horas con una persona con la que se sintiese realizada y querida. Reconocía que en aquel periodo de tiempo había sido feliz, pero había quedado tan escarmentada por la ruptura que sentía cierto miedo a iniciar una nueva relación y acabar defraudada de nuevo, miedo a volver a experimentar aquel vacío.

Se quedó inmóvil en medio del salón cuando vio a Álvaro salir del ascensor.

—Mierda —susurró, mirando a ambos lados.

No quería verlo, desde su mosqueo en la reunión del día anterior prefería evitarlo. Miró a ambos lados... esconderse detrás de la fuente no quedaría muy bien, ¿no?

Resopló y avanzó con la cabeza agachada, sujetando el bolso en su hombro y mirando hacia otro lado, intentando pasar desapercibida entre toda la gente que había en la recepción, aunque estaba claro que aquello no era tan sencillo... menos aún si tenías un jefe con vista de lince.

—¿De dónde vienes?

Natalia suspiró y elevó la mirada hacia él con una tímida sonrisa. Álvaro permanecía paralizado a escasos metros de ella, esperando una respuesta.

Natalia se encogió de hombros y retomó el paso.

—He ido a comprar unas cosas.

—¿A comprar?

—Siempre suelo llevar a mis amigas unos recuerdos de mis viajes — comentó pasando por su lado.

Álvaro asintió mientras ella lo rodeaba para ir directa al ascensor. Se quedó observándola y resopló. Desde luego, aquella chica tenía un carácter fuerte, pero no podía negarse a sí mismo que era atractiva y, para qué negarlo, después de ver cómo el arquitecto le había tirado los trastos de una forma tan descarada... sentía cierta envidia.

Metió las manos en los bolsillos y avanzó hacia ella, que apretaba ya el botón del ascensor con ansiedad.

—¿No vas a cenar? —preguntó colocándose a su lado.

Natalia brincó, pensaba que se habría ido. Lo miró fijamente y luego observó que el ascensor aún se encontraba en la sexta planta.

—Ya he cenado —mintió.

Aquello sorprendió a Álvaro.

—Ah, ¿sí?

—Sí, he cenado antes de volver al hotel.

—Qué pronto... —dijo observando su reloj de muñeca, que marcaba las ocho.

Ella se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa nerviosa mientras su pie comenzaba a golpear delicadamente el suelo con impaciencia.

Cuarta planta, ¿es que iba a pararse en todos los pisos?

—¿Vas ya a la habitación?

—Sí, a descansar... Mañana nos espera un día duro —canturreó.

—No tanto —pronunció Álvaro, examinándola de arriba abajo. Se la notaba nerviosa, y podía apostar que sabía el porqué. Suspiró y se apoyó contra la pared ante la mirada de soslayo de ella—. Oye, si te preocupa lo que ocurrió ayer...

—No me preocupa —lo cortó.

Álvaro enarcó una ceja.

—¿No? —De todas las respuestas que había pensado, aquella no se la esperaba.

—No, ¿por qué iba a preocuparme? —Lo miró ella, esta vez ladeando el cuello.

Álvaro se puso erguido.

—¿No sé? ¿Quizá porque le gritaste a tu jefe? —preguntó esta vez con un tono de voz más alterado.

Ella apretó los labios y miró de nuevo hacia la pantalla del ascensor, que anunciaba que este ya iba por la planta dos.

—No grité. Le informé en un tono elevado de que iba a imprimir lo que usted había pedido —puntualizó.

Álvaro se cruzó de brazos. Aquella muchacha tenía más carácter del que había imaginado. Había pensado en decirle que no se preocupase, que comprendía que a veces era difícil lidiar con él, pero...

—Pues verás, señorita Martín, esta vez no se lo tendré en cuenta puesto que está realizando un muy buen trabajo, pero espero que no se repita más.

Si no estuviese él ahí delante, hubiese puesto los ojos en blanco.

—Verás, señor Vidal, sin ánimo de ofenderle... —En ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Bendito ascensor—. Trabajo para su hermana, no para usted, así que cualquier cosa que haga por usted se sale de lo que es mi contrato laboral; por tanto, son extras que hago para facilitarle —enfaticó la última palabra— su trabajo. A veces, un simple «gracias» basta. No olvide quién es mi jefa directa.

De acuerdo, se había quedado a gusto. Dio un paso hacia delante para entrar en el ascensor, pero Álvaro le cortó el paso con su brazo. Natalia giró

el cuello para mirarlo, retándolo.

—No me subestime —susurró hacia ella. Y aquellas palabras la dejaron en un repentino *shock*.

Cuidado, Natalia, era cierto que no era su jefe directo, que no había firmado ningún contrato laboral con él, pero, aunque eso le daba cierta independencia, no debía olvidar con quién estaba hablando.

Tragó saliva y esquivó el brazo de él, notando como un ligero temblor se apoderaba de su labio. Entró en el ascensor, pulsó la planta tres y lo miró fijamente.

—Jamás haría eso. Buenas noches.

Álvaro se quedó observándola, con las manos en los bolsillos, mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Maldita fuese aquella muchacha. Lejos de enfadarlo, aquellas discusiones le hacían desearla más aún. Si no tenía bastante con verla pasear con sus faldas por la oficina y ver cómo un joven y reputado arquitecto no había tenido reparo en intentar seducirla, ahora descubría que, además, Natalia era una mujer de armas tomar, más de lo que había pensado en un primer momento, y eso, lejos de enfurecerlo, lo divertía y mucho.

Se giró hacia el comedor y caminó directamente hacia allí con una clara idea en su mente. El trabajo lo mantenía en un estrés perpetuo y aquellas discusiones lo ayudaban a templar sus nervios y, por qué no reconocerlo, a sentirse un poco más vivo. Le producían una diversión con la que no contaba en su vida cotidiana, donde el trabajo lo mantenía absorto. Aquellos últimos años, desde el nacimiento de su sobrino, se había hecho cargo prácticamente de todo con tal de que su hermana pudiese pasar más tiempo con su hijo, y no había tenido prácticamente tiempo para dedicarse a sí mismo. Aquello iba a cambiar, ¿quién decía que no podía tener un poco de diversión en el trabajo?

Su hermana alzó la mano cuando lo vio entrar en el comedor del hotel, consistente en un bufé libre. Se encontraba sentada en una de las mesas del centro.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Laura tras dar un sorbo a su vaso de agua.

—Disculpa, me he entretenido —comentó, sentándose frente a ella—.

Quería hablarte de una cosa —propuso rápidamente.

—Dime.

—Me gustaría hacer unos cambios durante unos días, me facilitarían mucho el trabajo.

—Claro —contestó su hermana, asintiendo con rapidez—. ¿En qué puedo ayudarte?

6

Cuarto día de viaje.

Álvaro miró fijamente a Natalia mientras tomaba un sorbo de su café. La reacción de Natalia había sido tal y como él esperaba.

—¿Por qué? —preguntó ella anonadada, y volvió su mirada hacia Álvaro.

En ese momento identificó ese brillo tan característico que aparece en la mirada de un animal cuando ve a una presa comestible después de días sin probar bocado. A su mente volvieron las palabras pronunciadas por él: «No me subestimes».

—Es mucho mejor. Nos dividiremos, hay que aprovechar los días que estemos aquí para dejarlo todo bien atado. No queremos sorpresas luego —explicó Laura con naturalidad—. Álvaro se encargará de visitar los pisos y el terreno, de todo lo relacionado con el arquitecto... y yo iré a hablar con los proveedores.

—Ya... eso me parece muy bien, pero ¿por qué tengo que ir yo con Álvaro? —preguntó más a la defensiva, y para ninguno de los dos pasó desapercibido su brusco cambio de humor.

Álvaro ladeó el cuello, buscando conectar su mirada con la de Natalia.

—Me dijiste que tú eras la encargada de los presupuestos. —Se encogió de hombros—. Lo hemos decidido así. —Ella lo escudriñó con la mirada. Sí, eso era cierto, aquella era una buena excusa, pero su mirada y su sonrisa lo delataban—. Al fin y al cabo, los dos somos jefes de la empresa. —Volvió a encogerse de hombros—. ¿Qué más da? ¿Algún problema? —preguntó esta vez en un tono más serio.

Ella apretó los labios. Sí, sí que había un problema, y muy serio. Ella no quería pasar más tiempo con él, y menos después de lo que le había dicho el día anterior. Se obligó a controlarse y negó con la cabeza.

—No, ninguno.

—Perfecto, porque nos pasará a buscar ahora en diez minutos. —Se giró hacia su hermana directamente, ignorando ya a Natalia—. ¿Irás a la cantera?

Laura asintió.

—Sí. Es el primer sitio al que iremos. Ignacio sacó unos presupuestos por internet sobre precio por kilo y...

Ignacio se acercó levemente a Natalia, la cual permanecía absorta escuchando a sus dos superiores, sin dar crédito aún a lo sucedido.

—Belma tenía razón. Voy a estar mucho mejor ahora con...

—Cállate —lo reprendió ella de mal humor. Se giró hacia él—. No le veo la gracia por ningún lado.

—Pues yo sí —comentó con una sonrisa, aunque luego esta se esfumó de su rostro y se puso serio—. Necesito desconectar un poco. Estoy muy agobiado con...

—Ya, claro, y ahora me trago el muerto yo, ¿no?

—No lo he decidido yo —se excusó él rápidamente, pues Natalia parecía que iba a morder a alguien.

Una tos intencionada hizo que ambos mirasen hacia delante. Laura se había levantado del asiento e iba hacia la cafetera para servirse otro café. Álvaro permanecía ante ellos, estudiándolos atento con la mirada. Finalmente, se centró en ella.

—Hay que irse ya. —Miró el reloj de su muñeca.

—¿Ya? —se quejó ella, viendo que faltaban diez minutos para las nueve.

Álvaro asintió mientras se ponía en pie. Se arregló la americana, colocó bien su corbata y se separó un poco de la mesa.

—Acábate el café. No quiero que pasen a buscarnos y que estemos aquí todavía. —Cogió su maletín y dio unos pasos.

Natalia resopló mientras se ponía en pie.

—Tengo que ir a buscar los presupuestos a la...

—No hace falta. Ya los tengo yo —dijo acercándose a su hermana—. Luego te llamo y te explico, ¿de acuerdo?

Natalia se puso su chaqueta con movimientos tensos y resopló. Cogió su maletín y se lo colgó del hombro.

—Buena suerte —canturreó Ignacio, que se llevó una mirada asesina de Natalia.

Álvaro caminaba deprisa, demasiado para ser las ocho y cincuenta de la mañana. Lo siguió hasta la puerta de entrada y se detuvo a su lado, de brazos cruzados.

Sabía perfectamente lo que estaba haciendo Álvaro, aquello no era nada más que una forma de reivindicar que ella también estaba a su servicio. No pudo evitar resoplar mientras miraba la calle por donde pasaban multitud de coches.

—¿Por qué resoplas? —preguntó Álvaro, sacando de su maletín el móvil. Natalia puso los ojos en blanco.

—No he resoplado.

—Sí, lo has hecho —contestó sin mirarla, tecleando de una forma frenética en el móvil. Natalia suspiró y miró hacia delante, aquel iba a ser un día muy largo. La miró de reojo unos segundos—. Mierda —susurró. Ella se giró para observarlo—. Se tarda casi una hora en llegar hasta el terreno.

«Perfecto», pensó Natalia, una hora entera metida en el coche con él.

Permaneció varios minutos más en silencio, hasta que un vehículo se situó frente a ellos.

—¿Señor Vidal? —preguntó el chófer. Álvaro asintió mientras este se dirigía a la parte trasera del vehículo y la abría.

—Pasa —dijo Álvaro a Natalia.

Entró ella primero y se pasó al otro lado.

En cuanto Álvaro cerró la puerta, el conductor inició la marcha internándose en las concurridas calles de Estambul.

No pronunciaron palabra alguna durante el trayecto. Ambos se limitaron a entretenerse con la tableta, aunque Natalia miraba de vez en cuando por la ventana, contemplando el paisaje y la ciudad.

Álvaro la observó. Cuanto más se fijaba en ella, más le gustaba. Su cabello castaño ondulado, cayendo hasta su pecho, sus hermosos ojos azules, sus labios carnosos, su nariz respingona...

Apartó la mirada de ella y se centró en los correos electrónicos que le iban enviando desde la sede central en Madrid. Las cuentas de los hoteles, campañas y ofertas de estancias que pretendían hacer en diversos países desde el departamento de *marketing*...

El rato se le pasó más o menos rápido. Habían salido de la ciudad de Estambul y se dirigían hacia el aeropuerto bordeando el estrecho del Bósforo, con sus enormes petroleros y enormes buques atravesándolo. El coche se internó por unas calles y se detuvo en un lugar. Aquella zona estaba

totalmente deshabitada.

Natalia miró a Álvaro durante unos segundos, confundida, pues en esa zona no había nada, absolutamente nada; ni viviendas, ni empresas, solo un vasto descampado de tierra.

Cuando el chófer bajó y abrió la puerta, Álvaro salió primero abrochándose la americana. Se giró para observar a Natalia, que también salía del vehículo.

Miró a ambos lados. La zona no le gustaba mucho. Estaba apartada absolutamente de todo... Se calmó cuando vio que otro coche llegaba y se colocaba al lado.

Onur Sahin bajó de la parte trasera y estrechó su mano, luego se giró y observó a Natalia, que se encontraba al lado de Álvaro. Dio un paso hacia ella y también le estrechó la mano, aunque con una amplia sonrisa.

—Encantado de volver a verla.

Ella asintió con una sonrisa y miró de reojo a Álvaro, a su lado.

—Bien, ¿esta es la parcela? —preguntó Álvaro, cruzándose de brazos.

—Sí. Son cinco hectáreas para construir. Podríamos hacer todo un complejo hotelero con...

—No me gusta —lo cortó Álvaro.

El arquitecto lo miró fijamente, sorprendido por su comentario directo y sincero.

—¿No? Está muy bien de precio y permitiría diseñar todo desde...

—No —volvió a cortarlo—. Está lejos de la ciudad y de cualquier lugar emblemático. No me parece rentable. —Se giró hacia Onur, el cual se encogió de hombros. Álvaro miró directamente a Natalia—. ¿Qué te parece?

Natalia lo miró asombrada. ¿Le estaba pidiendo opinión? Le costó un poco salir del estado de *shock*.

—Ummm... Estoy de acuerdo, no está bien comunicado ni hay nada cerca.

Álvaro asintió y se giró hacia el vehículo.

—Vamos a ver el siguiente —dijo, indicando con un movimiento de cabeza a Natalia que entrase al vehículo.

Onur se quedó unos segundos paralizado, pero reaccionó con rapidez.

—Está bien. Iremos en un solo coche. —Se acercó al vehículo y se sentó

como copiloto.

Nada más arrancar, Álvaro echó su vista al frente, observando el cogote de Onur.

—¿Los otros edificios están bien? —preguntó mientras el coche volvía a internarse en la carretera.

—Uno de ellos sí. Es una construcción del siglo XIX y puede quedar muy bonito.

—¿Es el que está cerca de Santa Sofia?

—Sí —respondió. Bajó el parasol y observó a través del espejo. Su mirada voló directamente hacia Natalia—. El otro no está tan céntrico, pero es un poco más grande, aunque necesita un poco más de inversión y deberían reforzarse algunas vigas.

—Me interesa el de Santa Sofia. Quiero ver ese primero —ordenó Álvaro, aunque elevó el tono para llamar la atención de Onur, que volvía a observar a Natalia.

Natalia lo miró de reajo. Ya volvía al tono imperativo.

Onur no estaba dispuesto a tolerar aquel tono, aunque se limitó a aceptar directamente la petición del cliente.

—¿El sistema de tuberías está bien? —preguntó Álvaro.

—Sí, el central sí, pero deberían añadirse los individuales de cada aseo, por habitación —especificó.

Álvaro se apoyó contra el respaldo mientras observaba el paisaje por la ventana.

—Hicimos un simulacro de presupuesto con unos fontaneros y electricistas...

—Bueno, realmente no sabemos si se tendría que añadir mucha tubería o...

—Por eso es un simulacro —recalcó Álvaro.

Natalia lo miró de reajo.

Onur suspiró.

—Dispongo de muy buenos fontaneros y electricistas...

—Necesitaría el presupuesto —indicó Álvaro secamente.

Natalia resopló y miró hacia la ventana.

—Claro —respondió Onur de forma cortante.

De acuerdo, una cosa era decir que habías pedido varios presupuestos, todas las empresas lo hacían, pero otra era decirle a la persona que estaba perdiendo toda la mañana contigo para mostrarte los edificios que era posible que no acabases contratando aquel servicio con ellos.

Cerró los ojos intentando evadirse, se sentía mal al escuchar aquello.

No tardaron más de media hora en llegar al lugar donde se encontraba el segundo edificio, el que habían visto el día de su llegada.

El coche los dejó cerca del lugar y fueron caminando hasta el sitio.

—La parte de fuera ya la vimos el otro día —explicó Álvaro—. Me interesa ver el interior.

Onur asintió y buscó en su maletín las llaves del local. La puerta de madera era pesada, así que tuvo que hacer fuerza para abrirla.

Natalia caminó al lado de Álvaro, observándolo todo. El suelo era de un color ocre, sin duda tendrían que cambiarlo, pero con eso ya contaban.

Había bastante polvo en el interior y Natalia estornudó un par de veces ante la mirada extrañada de Álvaro.

Lo primero que uno encontraba era un gran recibidor de al menos cien metros cuadrados. Si se retiraban las dos paredes del final, se podía conseguir una estancia mucho más amplia.

—¿Tiene ascensor? —preguntó Álvaro.

—No, debería hacerse la instalación.

Álvaro asintió y siguió caminando. El lugar necesitaba arreglarse desde cero, pero con una buena reforma podía transformarse en un hotel de cinco estrellas sin problema. La ubicación, lo emblemático del edificio...

—¿Se puede subir a las siguientes plantas?

—Sí, claro —respondió Onur. Ascendieron las anchas escaleras hasta la siguiente planta y se detuvieron en el descansillo. Tenía un pasillo a cada lado y luego la escalera giraba para seguir ascendiendo—. ¿Habitaciones? —preguntó dirigiéndose a la primera puerta.

—Sí, hay unas veinte habitaciones en cada planta.

Álvaro abrió la primera puerta. Todas las habitaciones estaban vacías y eran pequeñas para ser de un hotel de lujo.

—Supongo que se podría tirar la pared y hacer habitaciones más espaciales —comentó, mirando el interior de una de ellas.

—Sí, calculé el espacio. Podrían hacerse unas diez habitaciones de unos sesenta metros cuadrados, y una más en cada planta, de noventa metros cuadrados: la *suite*.

Álvaro se giró y lo observó.

—¿Incluyendo baño propio para cada habitación?

—Por supuesto —comentó rápidamente—. El resto de las plantas son iguales a esta, a excepción de la última, que podría contar solo con cinco o seis habitaciones.

—¿Y eso? —preguntó dirigiéndose a la escalera.

—Hay un terrario.

—¿Y podría taparse para construir alguna habitación más? —preguntó subiendo las escaleras.

—Necesitaríamos hacer una solicitud a la administración junto con un proyecto para que esta estudie la viabilidad.

—¿Cuánto suele tardar?

—Tardan de veinte a treinta días en dar respuesta —contestó mientras llegaban a la última planta—. Por aquí está el terrario —informó mientras les mostraba el camino.

Atravesaron el pasillo y fueron a parar a unas puertas de cristal.

Natalia salió asombrada, las vistas desde allí eran realmente hermosas. Podía ver la mezquita Azul y Santa Sofía.

Caminó por el terrado hasta una esquina y se apoyó contra la baranda. Las vistas eran espectaculares.

Álvaro se acercó a ella y observó. Se mantuvo unos segundos en silencio mientras Onur paseaba por la azotea.

—¿Qué te parece?

Ella apretó los labios y asintió.

—Es bonito, creo que podría quedar un hotel precioso —respondió con sinceridad—. Y creo que sería una pena techar este terrario para hacer habitaciones. Podrías hacer una zona de lectura o habilitar un espacio para desayunar.

Álvaro la miró y chasqueó la lengua.

—Ya, el problema es que en invierno, cuando bajasen las temperaturas, dudo que alguien quisiese subir aquí.

Natalia no había pensado en aquello. Ahí tenía razón. Asintió y se encogió de hombros.

—¿Crees que en esta zona podría hacerse la mejor *suite* de todas? — preguntó girándose hacia Onur.

Onur miró a su alrededor.

—Sí, siempre que nos den permiso para construir —repitió.

Álvaro asintió mientras miraba todo a su alrededor.

—Quiero un presupuesto para el viernes. Suelo, cañerías y electricidad.

Luego se giró hacia la puerta sin decir nada más, aunque la voz de Onur le hizo detenerse.

—Disculpe, pero puedo tener parte del diseño del edificio, no los presupuestos de lo que me pide —dijo dando unos pasos hacia él—. Lo que usted me pide requiere un estudio por parte de electricistas y fontaneros... es prácticamente inviable.

—Creía que usted en el despacho contaba con personal para...

—Sí, por supuesto que cuento. Pero se trata de una edificación muy amplia. Podemos hacer una pequeña revisión si nos autoriza la inmobiliaria, pero sin que adquiriera el edificio...

Álvaro ladeó la cabeza y dio unos pasos hacia él con semblante serio.

Natalia tragó saliva y se distanció dando unos pasos hacia atrás. Ya comenzaba a caldearse el ambiente de nuevo.

—¿Cuánto tiempo lleva el edificio a la venta? —preguntó Álvaro, cruzándose de brazos.

Onur lo miró asombrado y se removió inquieto.

—Puede que unos diez o quince años.

—Pues entonces no creo que a la inmobiliaria le importe que un posible comprador le eche un ojo. No se preocupe, no pretendo que trabaje gratis. Pagaré.

Onur arqueó una ceja.

—Ya contaba con ello, pero ese no es el problema.

—Verá, no creo que sea tan difícil para un electricista saber si el cableado funciona, o para un fontanero, si hay que cambiar muchas cañerías. ¿De cuántos trabajadores dispone?

Natalia resopló.

—Madre de Dios —susurró girándose, mirando a la lejanía.

—Dispongo de muchos.

—Si usted no puede, dígamelo. Contrataré a otro electricista para que venga y revise...

Onur lo miró enfurecido; desde luego, sabía llevar a cualquier persona al límite de su paciencia.

—Veré qué puedo hacer —comentó con un tono de voz autoritario.

—Bien, «veré qué puedo hacer» me gusta más que «es prácticamente inviable».

Y dicho esto, se giró y se dirigió a la puerta para acceder al pasillo que lo conduciría a las escaleras para bajar a la planta baja.

Onur resopló y se encontró con la mirada avergonzada de Natalia. Chasqueó la lengua al pasar a su lado.

—Disculpe —susurró ella—, está bajo mucha presión. —Fue lo único que pudo decir:

Entraron al pasillo. Al final de este, Álvaro tomaba fotografías, seguramente para enseñárselas a su hermana. Guardó el móvil en el bolsillo y bajó las escaleras.

Natalia bajó al lado de Onur, que la miró fijamente.

—¿Cómo lo aguanta? —preguntó de forma directa.

Ella lo miró de reojo y luego observó la espalda de Álvaro, que giraba por una esquina para echar una última mirada.

—Tomando mucha tila —bromeó ella, lo que hizo que Onur sonriese.

—Si alguna vez se cansa de él, puede enviarme el currículum, estaré encantado de rescatarla.

Álvaro apareció por la esquina y miró directamente a Onur.

—Ella no necesita que la rescaten —pronunció bajando la mirada al móvil—. Se rescata ella sola.

Ambos notaron cómo se les cortaba la respiración. Vale, de acuerdo, aquello era una pillada en toda regla. Se miraron de reojo, totalmente paralizados en el rellano, mientras Álvaro iba hacia las escaleras y las bajaba sin pausa, con la espalda tiesa.

Maldito fuese, tenía un oído envidiable.

Álvaro miró hacia arriba.

—¿Vamos a ver el segundo local? —preguntó con ansiedad al verlos paralizados.

—Sí, sí —respondieron los dos bajando las escaleras a toda prisa.

No había dudas sobre cuál era el mejor candidato para transformarse en un hotel de cinco estrellas, pues la visita al segundo edificio había sido igual de rápida que la realizada al terreno. Había quedado claro que quería dejar todo atado antes de volver a Madrid. Quería comprar aquel edificio, y así se lo había hecho saber a Onur ya de regreso al hotel donde se hospedaban; antes de bajar del vehículo, una sola de sus geniales frases había bastado:

—Consígame la mejor oferta por ese edificio.

—Claro, entre esta tarde y mañana le informo de...

Dicho esto, había salido del vehículo sin decir nada más y sin esperar a que Onur acabase la frase.

Natalia se giró hacia el arquitecto, que iba en el asiento delantero.

—Tiene mi correo electrónico y mi teléfono; cualquier cosa, llámeme —indicó ella.

—Ya, su jefe quiere comprar ese edificio y que lo analicemos antes del viernes... creo que no maneja muy bien los tiempos de Turquía... ni la educación —acabó diciendo.

Ella chasqueó la lengua.

—Lo siento —le susurró.

—Mi oferta sigue en pie —señaló, antes de que ella cerrase la puerta.

Sabía a qué se refería, a aquella broma que le había dicho en el edificio instándola a que le mandase su currículum, aunque aquella segunda vez había sonado todo más serio.

Álvaro la esperaba unos metros por delante. Natalia suspiró y fue hacia él.

—Puede enviarle el currículum si quiere —comentó, sin elevar la mirada hacia ella.

Natalia abrió los ojos al máximo. Maldito fuese el oído de su jefe y maldita su boca.

Se quedó totalmente clavada en el suelo, con la respiración acelerada y la mirada fija en la espalda de él, aunque Álvaro se giró cuando vio que no lo seguía.

La miró sin comprender al ver que ella no se movía del sitio.

—¿No quiere ir a comer? Son casi las dos del...

Ella apretó los labios, cogió con fuerza el maletín y pasó por su lado.

—No pienso comer con usted —pronunció subiendo los escalones—.

Es... es un...

—¿Qué? —preguntó siguiéndola. Cuando Natalia se giró estuvo a punto de estrellarse contra su pecho—. ¿Qué? —insistió.

Ella lo miró con furia.

—Un maleducado. ¿Cree que porque sea el jefe o tenga un montón de dinero puede tratar así a las personas?

Álvaro la miró asombrado.

—¿Y cómo las trato? —se quejó—. Que yo sepa, no llevo un látigo en la mano.

—Ja... solo le faltaba eso —se burló ella—. No deja de dar órdenes...

—Por si no se ha dado cuenta, señorita Martín, llevo una empresa muy...

—¿Y qué? Las cosas se piden de otra forma. No por el hecho de contratar a una persona adquiere el derecho de hablarle con tanta prepotencia y altanería. Podría ser más educado.

—Pues quizá si ese maldito arquitecto no dejase de comérsela con la mirada, no me vería en la obligación de tener que marcar distancias... —comentó con seriedad. A ella se le desencajó la mandíbula y pestañeó varias veces—. ¿O es que no se da cuenta?

Ella seguía estupefacta.

—¿Y qué... qué tiene que ver eso con la educación? —gritó ella—. A Ignacio lo tiene estresado, ¿lo sabe? —Álvaro puso la espalda recta y la miró confundido—. A mí —se señaló a sí misma—, me tiene estresada. Trabajar con usted es... es... como trabajar con una bomba de relojería, nunca se sabe cuándo va a explotar.

—Quizá si la gente que tuviese a mi alrededor rindiese más, yo no tendría que ir también estresado y contagiar a todo el mundo.

Ella extendió los brazos hacia él.

—¿Perdone? —gritó—. Todos nos desvivimos para que usted esté feliz y alegre.

—¿Sí? —ironizó él—. Vamos a ver: Ignacio, un asistente que se equivoca constantemente, que pese a que lleva más de un año conmigo me sigue trayendo sándwiches de cangrejo... —Ella resopló—. Intento ser paciente, todo lo que puedo, pero él tampoco ayuda mucho. Es... es tan sencillo no traerme sándwiches de cangrejo —ironizó—, ¡ni que fuera el único alimento del mundo! Sigamos: mi hermana. —Natalia lo miró asombrada—. Sí, tu querida jefa a la que idolatras y que siempre está de buen humor. —La señaló—. Que conste que la quiero con toda mi alma y entiendo que ella tiene obligaciones como madre, yo mismo se lo propuse para que pudiese cuidar de mi sobrino, pero ¿quién se hace cargo de todo? Mientras ella pasa las tardes en su casa, yo me hago cargo de mi departamento y del suyo. —Natalia se cruzó de brazos y se removió nerviosa. Vale, sabía que estaba estresado, pero nunca se había puesto a pensar realmente en sus circunstancias personales—. Y si a eso le sumas que tu asistente se equivoque en las fotocopias, en los cálculos, en los bocadillos... —acabó gruñendo—. Necesito que todo salga bien porque de mí depende no solo mi hermana, mi cuñado y mi sobrino, sino todos los trabajadores que tengo a mi cargo. ¿Lo entiende?

Ella se quedó contemplándolo. Vale, él había explotado finalmente.

—Igualmente... —comentó Natalia rebajando el tono—, creo que no le iría mal hablar con más respeto... —Álvaro suspiró y miró hacia otro lado—. Lo de Ignacio... se puede arreglar. Sea más amable y él no estará tan nervioso, así podrá...

—Ya lo he arreglado.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—A partir de ahora, usted será mi asistente.

—¿Qué? —volvió a gritar ella—. ¡Tierra trágame! —se le escapó, haciendo que él enarcara una ceja.

—Ignacio es buen chico, me cae bien y no quiero despedirlo —gruñó—, pero necesito a mi lado a una persona eficiente, ordenada y que sea resolutiva.

Ella dio unos pasos hacia atrás por la impresión.

—¿Yo? —volvió a gritar—. ¿Y Laura lo sabe?

Él resopló.

—Ayer durante la cena le comenté que la necesitaba a usted durante el viaje y estuvo de acuerdo, de hecho, ¿cómo no lo va a estar? —volvió a rugir—. Pero la verdad es que me iría bien en el despacho también, al menos hasta que mi sobrino sea lo suficientemente mayor como para que mi hermana pueda reincorporarse al trabajo al cien por cien.

A Natalia se le desencajó la mandíbula y estuvo a punto de caerse de culo.

—No... —susurró.

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo que no? —protestó. Dio un paso hacia delante—. Me parece que no entiende la situación —continuó más serio.

—Claro que la entiendo.

—Esto no es una petición o algo que usted pueda elegir.

—¿Es una orden? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

Álvaro apretó los labios; de hecho, pudo escuchar cómo el cuero del asa de su maletín crujía bajo sus dedos.

—Sí, es un orden —acabó diciendo.

Esperaba que ella elevase el tono de nuevo, incluso algún aspaviento, pero no que directamente emitiese un pequeño rugido, se girase y echara a caminar con paso acelerado hacia el ascensor.

—¿Adónde va? No hemos acabado de hablar —dijo en un tono más elevado.

—A hablar de esto con Laura —dijo llamando al ascensor, que, por suerte, abrió las puertas de inmediato.

—Laura no está —le recordó con un tono irónico—. Ha ido con su nuevo asistente a por los presupuestos de la cantera.

Mierda, eso no lo recordaba. Rechinó los dientes y estuvo a punto de elevar su puño hacia él.

Lo único que salvó a Álvaro de ver semejante imagen fue que las puertas del ascensor se cerraron.

7

Al final, Belma, la mujer que les había leído el poso de café, iba a tener razón, al menos con respecto a Ignacio. Él iba a estar mucho más tranquilo que ella; sin embargo, ella seguía sin encontrar el yang que tanto necesitaba y que tan bien le iría ahora para desahogarse.

Se había tumbado sobre la cama y había dejado que pasasen las horas mientras veía la televisión. No entendía nada de lo que decían, pero al menos le servía para estar entretenida.

Necesitaba hablar con Laura y con Ignacio sobre ello. Ella se comprometía a ayudar en todo lo que fuese, pero no quería pasar más tiempo del necesario con Álvaro, más aún después de todas las palabras que habían intercambiado.

Brincó sobre la cama cuando llamaron a la puerta.

Saltó de ella y se dirigió a la puerta rápidamente por el pasillo, aunque lo que encontró cuando abrió le hizo negar con la cabeza mientras un tic se apoderaba de uno de sus párpados.

—Nooooo —susurró.

—¿Cómo que no? —bromeó Laura. Iba con un chándal, una gorra y una raqueta de tenis en la mano—. Vamos, nos irá bien. Un par de raquetazos para desahogarnos —continuó con la broma.

Natalia la ignoró y la cogió por el brazo, haciéndola entrar en su habitación.

—¿Qué te pasa ahora? —se quejó mientras se quitaba la gorra y Natalia cerraba la puerta.

Se cruzó de brazos ante ella.

—¿Voy a ser la nueva asistente de Álvaro? —preguntó aún incrédula.

Laura se encogió de hombros.

—Sí, ¿algún problema?

Ella apretó los labios.

—No estoy de acuerdo. Yo soy tu asistente. Álvaro ya tiene a Ignacio —le recordó. Tampoco quería comenzar a despotricar de él ante ella; al fin y al

cabo, era su hermano.

Laura le sonrió y se encogió de hombros.

—Vamos, si nos vamos a ver igual cada día —replicó, como si esa fuese la razón de su agobio.

Natalia enarcó una ceja. ¿Ahora su jefa se pensaba que el motivo era que iba a echarla de menos?

Resopló y colocó la mano en su hombro.

—Pero... yo no estoy adaptada a él, no... —tartamudeó—, no sé sus costumbres ni su forma de trabajar. —La miró seriamente—. ¿Creéis que es buena idea, en un momento como este en el que vais a realizar uno de los proyectos más importantes de vuestra vida, hacer este cambio? —Dio énfasis a sus palabras, intentando convencerla.

—Oh, vamos, Natalia —rio ella, acercándose un poco más, como si fuese a compartir un secreto—. No te subestimes... —le susurró—. Tú eres más válida que Ignacio. Lo harás bien. —Natalia suspiró—. Además, controlas mucho más los presupuestos que el asistente de mi hermano. —Natalia se pasó la mano por la frente y la arrastró por su rostro—. La verdad, yo me quedo mucho más tranquila —acabó diciendo ella—. Mi hermano lleva mucha presión últimamente y...

—¿No me digas? —ironizó.

—Estoy mucho más tranquila si tú estás ahí con él y me vas explicando todo. —De acuerdo, Laura estaría mucho más tranquila, pero ¿y ella?—. Ignacio es estupendo, pero creo que tú tienes más capacidad resolutive, y eso es lo que necesitamos en este momento.

Natalia apretó los labios y resopló.

Mierda, no había escapatoria posible.

—Vamos... —dijo cogiendo su mano—, unos raquetazos nos irán bien a todos.

Natalia se soltó.

—¿A todos? —Parpadeó varias veces.

—Claro, Ignacio y Álvaro nos están esperando abajo. Estas cosas van bien para fomentar la cohesión de equipo —apuntó con una sonrisa, aunque luego la incrementó—. Vamos a darles una paliza.

—¿Y tú quieres cohesionar? —preguntó negando.

—Venga, vamos, ¿tienes algún pantalón de deporte? Yo he traído un par.

—Tengo, tengo... —pronunció resignada.

Lo que le faltaba ya era ponerse la ropa de su jefa. Suspiró y fue hacia la maleta, sacó unas mallas de color negro, una camiseta azul y fue hacia el aseo mientras su jefa revoloteaba por la habitación.

—Pues está genial también esta habitación...

Natalia se cambió de ropa, mientras protestaba entre susurros, y fue hacia el espejo para ponerse las lentillas.

—Sí, está muy bien. Y la cama es muy cómoda —dijo intentando dar un tono amable a sus palabras, aunque por dentro llevaba tal enfado que era capaz de comerse a alguien.

—Ya te enseñaré la mía. Da al otro lado, al jardín —indicó.

Se puso las lentillas, se hizo una cola alta y salió del aseo con el rostro muy serio, aunque aquello no pareció afectar a Laura, que siempre mostraba una gran sonrisa.

—Vamos —dijo con felicidad mientras iba hacia la puerta.

Guardó la llave electrónica en su bolsillo y salió de la habitación. Al menos, debía dar las gracias por haber traído algo cómodo que pudiese usar como chándal. Sabía que su jefa era capaz de prestarle su ropa y sus deportivas con tal de salirse con la suya.

—No sé jugar al tenis —comentó mientras avanzaban por el pasillo.

—Es fácil, solo hay que darle a la pelota con la raqueta —bromeó.

Natalia la miró de reojo y prefirió mantenerse en silencio mientras el ascensor descendía hasta la planta baja.

El sol la cegó unos segundos cuando salieron al jardín posterior. En la piscina no había casi nadie, solo un par de personas tomando el sol. Aunque el clima era templado a esa altura del año, aún no hacía suficiente calor como para aprovechar la piscina exterior. Prefería mil veces meterse en el agua, aunque estuviese fría, a correr tras una pelota. En ese momento lo recordó, había piscina interior. Podía comprarse algún bañador y dar unas brazadas; de todas formas, tenía que comprarse alguno, pues los que guardaba en casa ya tenían un par de años.

Su mirada se centró en la pista de tenis, donde Ignacio y Álvaro peloteaban el uno con el otro. Centró la mirada directamente en Álvaro.

Llevaba un pantalón azul oscuro y una camiseta blanca holgada. Estaba casi segura de que era la primera vez que lo veía vestido así, sin traje o americana.

Maldito fuese, incluso así era un hombre atractivo. Tenía que dejar de pensar esas cosas, sabía que en cuanto abría la boca todo el encanto desaparecía.

—Ya estamos aquí —dijo Laura, abriendo la puerta de metal.

La cancha estaba rodeada por una alambrada color verde y, sobre ella, se extendían unas redes para evitar que la pelota pudiese salirse de aquel terreno.

—Perfecto —contestó Álvaro—. No sabía si Natalia se atrevería... — Sonrió hacia ella mostrándole los dientes.

Natalia cogió la raqueta que Laura le ofrecía y la paseó entre sus manos mientras rugía.

—La verdad es que no me apetece nada... —comentó ella, dirigiéndose a la mitad de su campo, mientras Ignacio cruzaba al otro lado, donde Álvaro esperaba—, pero siempre cumplo las órdenes.

Álvaro entornó los ojos.

—Vamos —comentó Laura, poniéndose a su lado—, esto no es una orden, vamos a divertirnos un poco, que nos irá bien a todos —agregó—. ¿Lo hacemos así? ¿Están bien las parejas?

—Teniendo en cuenta que Natalia no sabe jugar e Ignacio tampoco —comentó Álvaro mientras cogía unas pelotas de tenis y las examinaba—, así al menos estará un poco más equilibrado.

De acuerdo, puede que no le gustase ese deporte, que jamás hubiese jugado, pero pensaba darle a la pelota en su dirección con todas sus fuerzas.

—Bien —dijo Laura dirigiéndose a la parte de atrás—. Natalia, protege esa parte del campo.

—¿Proteger? —preguntó ella desesperada—. ¿No me vas a explicar ni unas normas?

—Sí, devuelve la pelota al otro campo cuando te llegue —comentó divertida, lo que hizo que ella resoplase mientras se volvía al frente y miraba a Álvaro, que se disponía ya a sacar.

Bueno, algún partido había visto por la televisión. Cogió la raqueta con las dos manos dispuesta a parar el saque de Álvaro, aunque, por suerte,

cuando este le dio a la pelota la dirigió directamente hacia su hermana, que corrió un par de pasos y la devolvió al campo contrario.

¿Por qué golpeaban tan fuerte la pelota? Incluso pudo escuchar como Álvaro rugía cuando volvía a darle a la pelota para devolvérsela a su hermana.

—Mierda —susurró Natalia, intentando concentrarse—. Estos dos van en serio.

—¡Ignacio! ¡Cuidado! —gritó Álvaro, al intuir que su hermana iba a darle en su dirección.

Ignacio corrió, pero Laura le dio tan fuerte a la pelota que el pobre se apartó, dejando que golpease en un lateral de la pista y luego saliese.

—¡Punto! —gritó Laura, extendiendo los brazos hacia arriba.

—¿Vamos ganando? —preguntó Natalia con una sonrisa. Laura asintió—. Bien, genial —dijo con una gran sonrisa y miró a Álvaro, el cual le explicaba en ese momento a Ignacio cómo coger correctamente la raqueta.

Volvieron a adoptar cada uno de ellos la posición pertinente y Álvaro volvió a sacar con gran fuerza. Laura volvió a pararla, devolviéndola al campo contrario, pero esta vez Álvaro le dio a la raqueta en dirección a Natalia.

Natalia cogió con fuerza la raqueta y casi salió despedida hacia atrás cuando golpeó la pelota con la raqueta como si esta fuese un bate de béisbol. Incluso alzó los brazos cuando vio que cruzaba la red.

—¡Bien!

—¡Concéntrate! —le gritó Laura.

Álvaro corrió hacia la pelota y la lanzó con fuerza al campo contrario. Natalia se tiró hacia la pelota, pero no llegó. Laura tampoco.

—Punto —comentó Álvaro con una gran sonrisa.

Ah, no... A partir de ese momento se iba a esforzar, no iba a dejar que le metiese tan fácilmente otro punto.

Álvaro fue al final de la pista y se preparó para sacar.

—¿Otra vez saca él? —preguntó girándose hacia Laura—. ¿Cuántas veces va a sacar?

—Cinco —explicó, y señaló hacia delante—. Atenta.

Ella asintió y se puso en actitud defensiva, cogiendo la raqueta con las dos manos.

Media hora más tarde notaba los músculos de todo el cuerpo en tensión,

incluso le dolían los dedos de sujetar con fuerza la raqueta. Y le había quedado totalmente claro que aquel deporte no era para ella. El primer punto que habían logrado gracias a Laura había sido un golpe de suerte y, aunque Ignacio no colaboraba mucho, Álvaro se bastaba él solo para hacerla correr de una punta a otra de la pista. Parecía que le divertía y que había descubierto que lanzándole la pelota a ella conseguía punto seguro.

Resopló cuando estiró el brazo intentando llegar a la pelota de tenis, que pasó a pocos centímetros de la raqueta.

—Punto —gritó Álvaro.

Ella apretó la mandíbula.

—Ya sé que es punto, no hace falta que lo digas cada vez que marcas —pronunció mosqueada. Se giró hacia Laura—. Lo siento, no llego.

Laura se encogió de hombros.

—No te preocupes —la calmó—. No vamos a ganar ningún premio.

—¿Cómo que no? —bromeó Álvaro mientras se situaba delante, cerca de la red, pues era el turno de sacar de Ignacio desde el final de la pista.

Su hermana se rio.

—No digas tonterías. —Miró a Ignacio—. Vamos, Ignacio, dale fuerte.

—No, no tan fuerte —se quejó Natalia, que tenía que parar su saque.

Ignacio sacó bastante suave, al menos su compañero tenía más consideración que Laura o Álvaro, lo cual facilitó que Natalia pudiese devolverle la pelota. Ignacio corrió y logró pasarla de nuevo al campo contrario. Esta vez fue Laura quien la interceptó y se la envió a su hermano, que se la devolvió al momento.

Durante todo el peloteo se encontraba nerviosa, sin saber cuándo iba a recibir una de las pelotas. Aquello era realmente estresante.

—¡Cuidado! —gritó Laura a su espalda.

Ni siquiera se dio cuenta. Solo vio venir la pelota hacia ella y no tuvo tiempo de reaccionar. De repente, todo estaba oscuro.

Las voces se oían de fondo.

—¿Cómo se te ocurre? —Escuchó a Laura.

—¡Pensaba que estaba preparada! —gritó Álvaro—. No esperaba darle en toda la frente —se defendió.

Natalia abrió los ojos poco a poco. Estaba tumbada sobre la pista. Lo

primero que vio fue a Ignacio, Laura y Álvaro observándola desde arriba, preocupados. En un acto instintivo se llevó la mano a frente.

—Auuuuuuuu. ¡Cómo duele!

—¿Estás bien? —preguntó Laura, agachándose a su lado.

—Vamos, hay que levantarla —dijo Álvaro cogiéndola de un brazo, ayudándola—. Laura, ve al hotel a ver si te pueden dar un poco de hielo —dijo mientras la sentaba en la cancha.

—Ayyy... ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Te ha golpeado una pelota en la frente —explicó Ignacio, cogiéndola del otro brazo.

—¿Por qué? —preguntó sin comprender nada aún.

Entre Álvaro e Ignacio la pusieron en pie.

—Porque Álvaro tiene un muy buen revés —bromeó Ignacio.

Álvaro lo fusiló con la mirada.

—Ha sido sin querer —se excusó mientras comenzaba a caminar con ella, sacándola de la pista.

Natalia lo miró intentando enfocar la vista.

—¿Has sido tú?

Álvaro chasqueó la lengua mientras la conducía hacia el hotel.

—Ha sido sin querer. Perdona —dijo con un tono de voz más suave—. Pensaba que la pararías... Eh, cuidado —dijo al ver que se tambaleaba de un lado a otro—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Estoy un poco mareada —susurró—. Los... los presupuestos... no van a estar para mañana...

—¿Qué dice? —preguntó Ignacio mirando a Álvaro.

Álvaro negó y la miró preocupado.

—Me parece que está delirando. Vamos al banco —dijo sujetándola.

La sentaron justo cuando Laura llegó corriendo con una bolsa de hielo. La depositó sobre el banco y la abrió. Echó unos cuantos cubitos de hielo en un trapo, lo cerró y se lo puso directamente en la frente.

—Ayyy... —se quejó ella, llevando la mano hasta la bolsa.

—¿Puedes aguantarla tú?

—Sí —contestó en un susurro.

—Me dicen en el hotel —comentó Laura mirando a Álvaro— que si

necesita que llamen al médico.

—Creo que ha perdido el sentido unos segundos... —contestó Álvaro, mirándola preocupado. Natalia permanecía sentada en el banco, aguantando la bolsa de hielo contra su frente—, no iría mal que la valorase un médico.

—Desde luego, ¡menudo golpe! —volvió a reprenderlo su hermana.

—¿Te crees que lo he hecho queriendo? —preguntó mosqueado.

En ese momento, Natalia alzó su cabeza hacia ellos, concretamente hacia Álvaro.

—¿Tan mal te sentó que te dijese que no quería ser tu ayudante?

—Pero ¿qué dices? —preguntó enfurecido.

—Tampoco tenías por qué ponerte así —se burló ella.

Álvaro resopló y se pasó la mano por el rostro, agobiado. Miró a su hermana.

—Que avisen al médico. Ya.

—No, no... médico no, estoy bien —dijo cambiando de mano el hielo.

—¿Sigues mareada? —preguntó Ignacio.

Ella negó.

—No, ahora solo me duele la cabeza —se quejó.

Álvaro la observó sujetarse el trapo con el hielo sobre la frente. Cuando había golpeado la pelota, pensaba que ella se iba a apartar como había hecho el resto de las veces. Casi le había dado un ataque cuando había visto que la golpeaba en la frente y caía desplomada hacia atrás.

Suspiró y cogió el trapo para hacer presión en la frente de ella.

—Ayyyyyy —se quejó.

—Ya lo aguanto yo —pronunció. Miró a su hermana y señaló el hotel —. Que avisen al médico.

—No, médico no... —protestó ella otra vez.

Laura ignoró aquel último comentario de Natalia y salió a toda prisa hacia el hotel.

—Me va a salir un chichón en toda la frente... —sollozó.

A Álvaro le desquició aquel tono de voz y lo hizo sentirse más culpable.

—Los chichones desaparecen en unos días. —Suspiró y se agachó ante ella para observarla. La verdad era que sí que le iba a salir un buen chichón, y seguramente un morado también—. Perdona, no pensaba que fueses a pararla

con la cabeza. A lo mejor se te da mejor el fútbol, como portera —bromeó.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Qué gracioso —bromeó ella también—. Me vas a tener que dar la baja...

—¡Ja! Ni hablar, bonita. Estás en perfectas condiciones. —Luego la miró más seriamente y ladeó la cabeza—. De verdad que lo siento mucho —dijo con sinceridad, con cierto dolor en la voz.

En ese momento ella asintió. Jamás lo había visto de aquella forma. ¿Álvaro Vidal pidiendo perdón reiteradas veces? ¿Mirándola con sentida preocupación?

—De acuerdo —susurró en un tono más tranquilo—, pero recuerda este golpe la próxima vez que vayas a gritarme —acabó con un ligero tono de broma.

Álvaro puso los ojos en blanco mientras seguía sujetando el trapo sobre su frente.

Laura apareció de nuevo con paso apresurado.

—¿Qué dicen? —preguntó Álvaro poniéndose en pie.

—Que en diez minutos está aquí. Hay que llevarla a recepción —respondió Laura.

Natalia la miró sin comprender.

—¿Quién estará aquí?

—Hemos avisado al médico —explicó Laura.

—¿Al médico? —preguntó Natalia con un grito. Álvaro le dio el hielo a su hermana y la cogió por un brazo mientras Ignacio la cogía por el otro para ayudarla a ponerse en pie—. ¿Por qué lo has avisado?

—Pero si... si lo hemos comentado antes —dijo Laura.

—Que estoy bien —insistió ella mientras caminaba sujeta por los dos.

—Da igual, es mejor que te miren —respondió Álvaro.

—Le voy a pedir la baja —lo amenazó ella.

Álvaro le sonrió.

—Pídele lo que quieras —contestó él con una medio sonrisa.

Se habían sentado en la recepción y, cuando había llegado el médico, la habían llevado a una sala que tenían habilitada como enfermería, donde suponía que la mayoría de las veces los socorristas de la piscina atendían

alguna caída fortuita.

Álvaro había sido quien había entrado a la enfermería con ella para acompañarla.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó el médico, que rápidamente centró su mirada en la frente de Natalia—. Vaya golpe.

Natalia señaló a Álvaro.

—Es mi jefe, está muy fuerte. No le he entregado unos presupuestos a tiempo y... —El médico enarcó una ceja—. Es broma. Jugando al tenis. No llegaba con la raqueta a la pelota y decidí pararla con la cabeza —acabó diciendo.

De reojo pudo ver como Álvaro suspiraba, cerraba los ojos y negaba con la cabeza.

—De acuerdo. —El médico colocó una linterna enfocando a sus ojos—. Siga mi dedo, por favor:

Tras varias pruebas, el doctor se sentó a la mesa y apuntó algo en una receta.

—No parece nada. Aun así, conducta expectante durante veinticuatro horas; si se marea, ve borroso o sufre náuseas, que me avisen. Póngase hielo unas cuatro o cinco veces al día durante no más de diez minutos. —La miró ponerse en pie—. Y si le duele la cabeza, puede tomar algún antiinflamatorio. —Miró a Álvaro—. ¿Tienen?

—Yo tengo —intervino Natalia.

—De acuerdo —dijo escribiendo en un papel—. Igualmente, si necesita más, entregue esta nota en la recepción del hotel y le darán una caja. ¿Tiene alguna alergia?

—Ninguna —respondió ella.

—De acuerdo. Pues pueden estar tranquilos. Puede hacer vida normal —acabó el médico.

—Gracias —contestó ella.

El doctor asintió y los tres salieron por la puerta. Cerró con llave y se alejó hacia recepción para entregar la documentación.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Laura.

—Que estoy bien —comentó ella—. Ya os lo había dicho —enfaticó. Se encogió de hombros—. Que me ponga hielo en la frente y que, si me duele

mucho la cabeza, me tome algún ibuprofeno, nada más.

—De acuerdo.

Álvaro intervino.

—Y que si ve borroso, se mareo o tiene ganas de vomitar en las próximas veinticuatro horas, volvamos a llamarlo —explicó.

Laura asintió.

—Menos mal —susurró como si se quitase un peso de encima—. Bueno, pues... ¿Os parece que nos demos una ducha y bajemos a cenar? Yo cenaría hoy en el hotel. —Álvaro asintió—. ¿Tienes hambre? —preguntó a Natalia.

—Me muero de hambre —confesó.

—Eso es buena señal —bromeó Álvaro ante la mirada de soslayo de Natalia.

—De acuerdo, entonces, ¿quedamos en una hora en el comedor? —Todos asintieron—. Natalia, ¿necesitas ayuda para algo?

—No —comentó sorprendida—. Es... es solo un golpe, ya está —rio tontamente—. No te preocupes tanto.

Quinto día de viaje.

No había duda. Álvaro tenía una buena derecha.

Resopló cuando se observó en el espejo. Tenía un buen chichón en la frente, sobre el ojo izquierdo. Al menos no se había puesto muy morado.

Depositó el hielo sobre el mármol del aseo y se maquilló ocultando lo máximo posible el chichón. Por suerte, había dormido estupendamente; ni mareos, ni vómitos... solo dolor por el golpe en la zona, que había mitigado con la toma de un ibuprofeno.

De todas formas, ya se lo decía su madre: tenía la cabeza muy dura, y ahora había quedado demostrado.

Se puso las lentillas, cogió el maletín y se dirigió a la planta baja. Habían quedado a las doce del mediodía, un poco antes de comer, para que Laura e Ignacio les explicasen lo que habían hablado el día anterior en la cantera.

—Si es con veta dorada, son unos nueve euros el metro cuadrado —explicó Laura.

Álvaro negó.

—Con veta dorada no —replicó Álvaro mientras soltaba la fotografía.

—Ya, a mí tampoco me gusta mucho. —Cogió otra fotografía y se la mostró. En este caso, Álvaro se quedó pensativo.

—Ajá —pronunció.

—Mármol con veta gris o azul —explicó Ignacio—. Su precio es de unos doce euros el metro cuadrado.

—Me gusta más que el otro, sinceramente.

—También está el mármol blanco puro —remarcó ella.

—Bonito —dijo observando la fotografía.

—Quince euros el metro cuadrado. —Álvaro asintió—. Y mi favorito. —Le mostró la fotografía donde se veía también un mármol blanco, pero en este caso brillaba—. Mármol blanco de primera. Veinte euros el metro cuadrado.

—Me gusta, me gusta... —remarcó Álvaro, y miró a Natalia, pero al ver que tenía la mano en la frente y se tocaba el chichón se dirigió a Ignacio—.

¿Cuántos metros cuadrados tiene la planta baja del hotel?

Ignacio rebuscó entre los documentos.

—Lo que sería la recepción, sin contar sala de estar, bar, aseos, cocina... unos doscientos cincuenta metros cuadrados, aunque depende de si en la reforma se tira alguna pared.

Álvaro asintió mientras observaba de reojo a Natalia llevarse la mano de vez en cuando al chichón.

—De acuerdo, sobre unos cinco mil euros el suelo de la recepción. — Miró a su hermana—. En el resto de las habitaciones podríamos usar uno de menos calidad o bien poner un parqué claro, las haría más cálidas.

—Había pensado lo mismo —respondió ella y miró a Ignacio—. Esta tarde iremos a ver una casa de parqués.

Ignacio asintió.

—Bien, y... ¿os explicaron plazos de tiempo? ¿Descuentos? —Laura asintió. Álvaro volvió a mirar de reojo a Natalia, en ese momento se tocaba el ojo izquierdo. Se acercó un poco a ella—. ¿Estás bien?

Natalia lo miró, apartó la mano del ojo y asintió rápidamente.

—Sí, sí.

—¿Seguro? —insistió él—. ¿Te molesta el ojo?

—No —contestó rápidamente—. Solo me aseguraba de si me baja la inflamación hacia él. No quiero parecer Quasimodo.

Álvaro suspiró y miró de nuevo a su hermana. Le hizo un gesto para que hablase.

—Nos dijeron que el plazo de entrega oscila entre tres semanas y un mes desde que se hace el pedido. En cuanto al descuento —dijo mirando los documentos—, nos ofrecen entre un siete y un diez por ciento, dependiendo de la cantidad que pidamos.

Álvaro se quedó pensativo.

—Bueno, algo es algo. Está bien. —Se giró de nuevo hacia Natalia—. ¿Te ha dicho algo Onur sobre la compra?

—No, nada. Pero dijo que seguramente hoy nos diría algo.

—Si esta tarde sobre las siete no te ha dicho nada, llámalo y que nos informe, por favor.

Natalia parpadeó varias veces y asintió. ¿Por favor?

—Claro.

—De acuerdo, pues... —continuó Álvaro— ¿os encargáis de ir esta tarde a pedir presupuestos de parqués?

—Sí —respondió Laura—. He visto un par de empresas que se dedican al parqué. —Miró a Ignacio—. Nos pasa a buscar un taxi a las cuatro.

—Perfecto —respondió Álvaro, poniéndose en pie. Miró el reloj—. Son las dos, ¿comemos algo antes de que os vayáis?

Después de comer se había echado un rato en la cama. Aquella tarde la tenía libre; con vigilar el correo electrónico de vez en cuando y asegurarse de que no había ningún nuevo presupuesto, ya lo tenía todo hecho.

A las cinco se había vestido y había decidido ir a dar una vuelta. Aprovecharía aquella tarde para visitar el Gran Bazar. Recordó que había quedado en visitarlo junto a Ignacio, pero tampoco sabía cuándo volvería a coincidir con él. Ahora que ella era la asistente de Álvaro, a saber cuándo volvería a disponer de otra tarde libre. Además, habían quedado a las ocho y media para ir a cenar todos juntos.

Se hizo una cola alta, se puso las lentillas, metió en el bolso todo lo necesario y salió de la habitación.

El Gran Bazar era una de las zonas que más ganas tenía de visitar. Había visto que caminando se llegaba en poco más de una hora, pero en taxi serían apenas quince minutos.

Bajó en el ascensor. Por suerte, a la entrada del hotel siempre había algún taxi disponible.

Pasó entre toda la gente que hacía cola ante el mostrador y salió a la calle. El sol aún brillaba con fuerza, así que abrió su bolso y se puso las gafas de sol. Se iba a dirigir hacia la zona de taxis cuando se quedó parada antes de bajar las escaleras del porche.

Álvaro salía de un taxi, sonreía al taxista, se despedía con un ligero movimiento de cabeza e iba directo hacia ella, aunque parecía que aún no la había visto, pues iba inmerso en sus pensamientos.

Miró de un lado a otro. No quería encontrarse con él ahora que se marchaba.

Resopló y bajó los escalones del portal rápidamente, dirigiéndose hacia el otro extremo, aunque Álvaro parecía que detectaba la presencia de sus

trabajadores.

—Natalia. —Escuchó que decían a su espalda.

Ella se detuvo, suspiró y se giró con una leve sonrisa. Álvaro caminaba hacia ella mientras se quitaba las gafas de sol. Maldito fuese, hasta aquel gesto le pareció atractivo en ese hombre.

—¿Adónde vas? —preguntó, aunque su tono de voz sonaba inocente.

Natalia tragó saliva y lo miró a los ojos; con la luz del sol de frente, se veían de un color miel claro. Llevaba un traje negro y camisa blanca. Desde luego, a elegancia no lo ganaba nadie.

Ella se encogió de hombros.

—Iba a visitar algo de la ciudad aprovechando que tengo la tarde libre.

—Claro —contestó con una sonrisa, aunque desvió su mirada hacia el interior del hotel unos segundos. Luego volvió toda su atención hacia ella—. He acompañado un momento a mi hermana y a Ignacio a ver una de las tiendas de parques —explicó como si nada.

—Ah, ¿y qué tal?

Álvaro se encogió de hombros.

—Bien, pero hay que esperar a ver qué otros precios nos ofrecen en las siguientes tiendas. —Le sonrió de forma amable. En ese momento, Natalia pudo detectar como desviaba la mirada hacia su frente, al chichón—. ¿Te duele? —preguntó avergonzado.

—No —contestó—. Solo un poco, pero nada que un ibuprofeno no solucione —acabó divertida.

Álvaro asintió y luego ladeó el cuello.

—No te ha llegado ningún correo electrónico, ¿verdad?

—Ninguno. —Abrió su bolso y le mostró el móvil—. Lo voy controlando de vez en cuando, en cuanto sepa algo te lo comunicaré rápidamente.

—Está bien... pues... —apretó los labios y miró de nuevo hacia el interior del hotel— diviértete —acabó diciendo.

—Gracias —comentó mientras cerraba el bolso—. Nos vemos luego.

—Claro —replicó Álvaro, dirigiéndose hacia las escaleras del porche, aunque se detuvo tras subir el primer escalón y se giró para observar a Natalia, que ya se dirigía a uno de los taxis. Por Dios, aquella muchacha le

estaba llamando demasiado la atención, era una verdadera preciosidad y tenía la sonrisa más dulce que jamás hubiese visto.

Natalia fue hasta el taxi, pero antes de que pudiese decir o hacer nada la voz de Álvaro la hizo detenerse.

—Natalia.

Álvaro se dirigía hacia ella con el maletín en la mano y las gafas de sol en la otra. Ella esperó, confundida.

—¿Sí?

No le iría a decir de ir a trabajar ahora, ¿verdad?

—¿Adónde vas a ir?

Ella se encogió de hombros.

—Me gustaría visitar el Gran Bazar, dicen que es muy bonito.

Álvaro asintió y, de nuevo, pudo ver cómo cierta duda se instalaba en su mirada. Ladeó el cuello y la miró dubitativo.

—¿Te parece bien si te acompaño? —preguntó sin más, lo que hizo que Natalia se quedase totalmente inmóvil en su sitio, sin poder moverse—. Bueno, pensaba hacer unos largos en la piscina, pero también me apetece ver algo de la ciudad y aprovechar que tengo la tarde más o menos libre. —Le sonrió abiertamente—. ¿Te parece bien? —preguntó de nuevo. Natalia no pestañeaba, simplemente lo miraba fijamente—. Ammm... ¿Natalia? —preguntó al ver que no respondía.

¿Quería acompañarla a dar un paseo por Estambul? ¿En serio?

—Sí, claro, no hay problema —dijo sin saber qué otra cosa responder.

Álvaro sonrió más aún.

—De acuerdo... pues, si me esperas un segundo, voy a dejar el maletín a la habitación y bajo.

Ella asintió mientras él se encaminaba a paso apresurado hacia el portal. Pasó la puerta rápidamente y se perdió entre toda la gente, rumbo al ascensor.

¿Iba a ir a dar un paseo por Estambul con su jefe?

Suspiró y se removió inquieta. Ya había salido anteriormente con ellos, a comer, a cenar... incluso con Laura había quedado para tomar alguna copa por la noche, pero no con Álvaro. Con Álvaro nunca había quedado a solas.

Aquello la puso más nerviosa de lo que esperaba. No era solo que fuese su jefe y, ahora, ella fuese su asistente personal, sino que además era un

hombre demasiado atractivo como para mirarlo y no pestañear repetidas veces. No era muy dado a sonreír, pero cuando lo hacía... notaba que su corazón se disparaba.

Tal y como le había dicho, no tardó más que un par de minutos, aunque se sorprendió cuando lo vio aparecer con ropa más casual. Se había quitado el pantalón de traje y se había puesto unos tejanos.

Fue hasta ella con el móvil en la mano.

—Bien, aún sigues aquí... —bromeó—, pensaba que te habrías dado a la fuga.

Ella lo miró de reojo, últimamente estaba muy bromista. Suspiró y sacó también su móvil.

—Está a una hora caminando de aquí, en taxi son quince minutos —explicó.

Álvaro asintió mientras guardaba el móvil en su bolsillo y finalmente centró la mirada en ella. Natalia tenía los ojos más grandes y más azules que hubiese visto jamás.

—Perfecto, pues entonces en taxi, ¿verdad?

Nada más subir al taxi, el conductor se internó en las calles. Por suerte, Álvaro recibió una llamada que dedujo que sería de su hermana, explicándole los precios de la siguiente tienda que habían visitado, y no se vio obligada a buscar temas de conversación durante todo el trayecto.

El Gran Bazar estaba considerado uno de los más grandes del mundo. Situado en la parte europea de Estambul, se componía de más de cincuenta y ocho calles y cuatro mil tiendas. Desde luego, si buscabas algo, lo que fuese, ahí lo ibas a encontrar.

Bajaron del taxi y Natalia iba a pagar cuando Álvaro se le adelantó. Rodeó el coche y se situó frente a ella, observando la puerta.

—La vuelta la pago yo —repuso Natalia, guardando el monedero en su bolso.

—No importa —comentó mientras se ponía las gafas de sol. Miró hacia los lados, contemplando la gran cantidad de tiendas que precedía a la puerta del Gran Bazar. Se giró hacia ella e hizo un gesto gracioso, observándola por debajo de las gafas de sol—. Creo que hay otro bazar también, el de las especias.

—Sí, está cerca, a unos diez minutos caminando desde aquí —indicó ella. Se encogió de hombros y avanzó hacia la puerta—. Había pensado, si me daba tiempo, pasar a verlo también —explicó.

Álvaro asintió mientras se quitaba las gafas de sol y las guardaba en su bolsillo. Elevó la mano y observó su muñeca.

—Supongo que, si vamos rápido, podremos ver los dos —indicó él con una gran sonrisa, como si disfrutase de lo lindo con aquello.

Natalia se quedó observándolo. En aquel momento se dio cuenta de lo diferente que se lo veía; estaba relajado, incluso por su forma de hablar y sonreír parecía agradecido por el hecho de que ella le brindase la oportunidad de salir a pasear juntos.

—No te tomas mucho tiempo libre para ti, ¿no? —preguntó ella con una ligera sonrisa.

Álvaro la observó divertido mientras accedían al bazar por la puerta.

—No dispongo de mucho tiempo libre, ya lo sabes —comentó—. Así que agradezco enormemente cuando me puedo escaquear un rato y salir de la rutina.

Ambos se quedaron parados observando la grandiosidad de aquel lugar.

El bazar estaba techado, adornado por columnas que iban hasta el techo y pequeños puestos de venta a cada lado. Realmente aquello era enorme, y mucho se temía que, aunque estuviese una tarde entera allí, no lograría verlo todo. De hecho, la vista se perdía intentando encontrar el final de aquella larga calle, una de las centrales, plagada a su vez de otras tantas calles que asomaban a derecha e izquierda.

—Deberías intentar tener más tiempo libre para ti.

Él se encogió de hombros mientras miraba de un lado a otro.

—Me encantaría, pero dirigir una empresa así es difícil. —Luego la observó e hizo otro gesto gracioso, hecho que la hizo reír—. Fíjate, ahora que eres mi asistente personal quizá pueda tener un poco más de tiempo libre.

Ella lo escudriñó con la mirada. ¿Qué significaba aquello? ¿La iba a cargar con más trabajo?

—Ah, no, no... —comentó cruzándose de brazos. Se detuvo haciendo que él también se quedase quieto a su lado—. Vamos a dejar unas cuantas cosas claras antes de seguir.

Él arqueó una ceja.

—De acuerdo, dime —propuso, señalándola con la mano.

—Si voy a ser tu asistente...

—Eres mi asistente —confirmó él.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya, bueno... —dijo, como si aquel dato no le importase mucho—.

Vamos a dejar unas cosas claras.

Álvaro inspiró y asintió.

—De acuerdo.

—Quiero la tarde de los viernes libres...

Álvaro parpadeó varias veces.

—¿La tarde de los viernes?

—Sí. —Ella extendió los brazos hacia los lados—. Todos tienen las tardes de los viernes libres excepto yo, incluso Ignacio las tiene. Vale que Laura se iba a casa y yo tenía que cubrirla, pero ahora soy tu asistente, ¿no? No la de Laura... Así que quiero las tardes de los viernes libres.

Álvaro la miró fijamente.

—De acuerdo —aceptó.

—Y... si alguna tarde de viernes es necesario que me quede, se me pagará como horas extra...

Álvaro volvió a enarcar una ceja.

—Por supuesto, es lo justo —comentó.

—Vale... sigo...

—¿Sigues? ¿Cuántas peticiones tienes? —preguntó alterado.

—Unas cuantas más... —respondió rápidamente—. Por cada vez que eleves el tono conmigo...

—Natalia —se quejó él.

—Eh, eh... —lo señaló ella con el dedo—, me darás un día de vacaciones.

Álvaro la escudriñó con la mirada.

—Vale que tengas mucha confianza con mi hermana, pero yo no soy ella —le recordó.

—Por supuesto, por eso quiero dejar todo esto claro. Soy buena en mi trabajo, lo sabes —le recordó—. Te facilitaré todo lo pueda tu trabajo y tu

vida, pero, hasta este momento, yo he trabajado para Laura. Debo reconocer que el volumen de tu trabajo es muy superior al de ella, y por eso mismo...

—Quieres un aumento —confirmó él suspirando.

Ella lo miró confundida.

—No, no iba a decirte nada de eso, iba a decirte que entiendo que tienes los nervios más a flor de piel, pero... de acuerdo —dijo con una gran sonrisa—, acepto tu ofrecimiento. Gracias —dijo rápidamente ante la mirada sorprendida de Álvaro.

Él puso los ojos en blanco, negó como si ella no tuviese remedio y comenzó a caminar.

—¿Algo más?

—De momento, no —comentó ella, colocándose a su lado.

—De acuerdo, pues ya que me has dado tus condiciones, ahora te doy yo las mías. —Le sonrió de forma un poco perversa, lo que hizo que Natalia borrara la sonrisa de su rostro—. Te daré todo lo que me pides, pero una vez lleguemos a Madrid firmarás contrato conmigo. Contrato de exclusividad.

—Hecho —dijo rápidamente.

—Y te cambiarás de despacho con Ignacio. Te quiero a mi lado.

—Perfecto.

Álvaro la miró y extendió su mano hacia ella. Ella se la estrechó como si firmasen el acuerdo, aunque, en ese momento, Álvaro tiró de ella e hizo que Natalia cayese casi sobre su pecho.

—Ayyy —se quejó, aunque cuando elevó la mirada se encontró con los ojos color miel de Álvaro muy cerca.

—Contratada, señorita Martín.

Ella resopló y se puso erguida mientras se soltaba de su mano.

—Ya lo estaba —se quejó.

—Ya, pero el contrato era con mi hermana, no conmigo.

—Ya, qué bien —bromeó ella.

El tono de voz que empleó Natalia hizo que Álvaro riese. Sabía que Natalia era una persona muy eficiente y que, si su hermana quería dedicarse más a su familia, era lo que él necesitaba para llevar las riendas de su trabajo. Además, Natalia no solo había demostrado ser toda una profesional en su trabajo, sino que además le parecía mucho más divertida que Ignacio y, para

qué engañarse, también más atractiva.

—Bien, ¿lo celebramos? —preguntó Álvaro.

Ella se giró hacia él y lo miró extrañada.

—¿Celebrarlo?

Álvaro señaló hacia delante, a un bar que había en uno de los locales con muchos espejos en las paredes.

—¿Un té? —preguntó, aunque no esperó respuesta y fue directamente hacia el bar.

—Claro, el señor quiere un té, lo que mande el señor —ironizó ella mientras lo seguía.

Pese a que estaba bastante lleno, encontraron una mesa para los dos al final del local.

Natalia se sentó y observó a Álvaro frente a ella, que la miraba sonriente hasta que cogió la carta y leyó lo que ofrecían. Ella hizo lo mismo. Se sentía bastante nerviosa y no sabía cómo actuar ante él. Con Laura era tan fácil... Sin embargo, con él no sabía a qué atenerse. Siempre había sido bastante seco y exigente, si bien últimamente parecía estar cambiando su actitud, estaba más sociable.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Álvaro.

—Un té de melocotón. ¿Y tú?

—De menta —dijo soltando la carta. Juntó sus manos sobre la mesa y la miró fijamente—. Bien, cuéntame, llevamos mucho tiempo trabajando juntos, pero apenas sé cosas sobre ti.

Ella lo miró asombrada y puso los ojos como platos. Se encogió de hombros.

—Pues... trabajo en una empresa llamada...

—Natalia —interrumpió él, casi delectando su nombre.

Ella suspiró.

—¿Qué quieres saber?

—¿A qué dedicas tu tiempo libre? —Luego sonrió con pillería—. Tengo claro que a los deportes no...

—Ja, ja —espetó ella, aunque luego sonrió—. Me gusta mucho el cine y leer. —Se encogió de hombros—. Quedo con mis amigas, aunque muy de vez en cuando... La mayoría están casadas o tienen ya algún hijo y, a veces, eso

complica el poder vernos más a menudo. Aun así, no perdemos el contacto.

—¿No tienes pareja? —preguntó asombrado. Eso era algo que ya sabía, pero no comprendía por qué sentía la necesidad de sacar aquel tema.

—Pues no, el trabajo no me lo permite. Siempre estoy ocupada.

Él enarcó una ceja.

—Vamos, tampoco es para tanto... —Sonrió—. Por cierto, recuerda que si a las siete no te ha informado el arquitecto debes...

—Eh —lo cortó ella—. Es mi tiempo libre —se quejó—. Lo haré, pero nada de hablar de trabajo hasta las siete.

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo colocando las manos ante ella, luego la miró fijamente—. Tienes mucho carácter.

—¿Es eso un problema? —preguntó ella, enseñándole los dientes.

—No —respondió con rapidez—. Me parece perfecto —se acercó levemente por encima de la mesa, con la mirada fija en sus ojos azules—, pero conmigo no lo uses.

Ella puso su espalda recta y apretó los labios. Aquellas palabras la habían intimidado un poco. No podía olvidar que estaba hablando con el que era su actual jefe directo.

Ambos se giraron cuando el camarero llegó hasta ellos.

—¿Qué van a tomar?

—Un té de melocotón y otro de menta, gracias —contestó Álvaro.

Cuando se marchó, ambos se quedaron mirándose fijamente, estaba claro que los dos eran personas con mucho carácter. Notó cómo los latidos de su corazón aumentaban al ver que Álvaro ni siquiera pestañeaba mientras la observaba; por Dios, tenía una mirada muy penetrante.

Álvaro se encogió de hombros y sonrió, como si se relajase en ese momento.

—Pues a mí me gusta practicar deporte...

—¿Sí? —ironizó ella.

—Me encanta la escalada, la piscina y... el tenis.

Ella asintió pensativa.

—Ya, el tenis...

A él se le ensombreció la mirada de nuevo ante el recuerdo.

—Con mi hermana habías quedado alguna vez, ¿no?

—No para jugar al tenis —dijo rápidamente—. Para tomar algo por la noche.

Él asintió.

—Tomo nota.

Ella enarcó una ceja. ¿Qué significaba aquello? Iba a preguntárselo cuando el sonido del teléfono de Álvaro los interrumpió.

Álvaro lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Es mi hermana —explicó a Natalia. Llevó el teléfono a su oído—. Hola, dime, ¿has visitado ya la otra empresa?

—No, no hemos podido —explicó Laura acelerada.

—¿Por? —preguntó.

Natalia lo miró con cierta preocupación.

—Ignacio se ha puesto malo. Creo que es una gastroenteritis. —Álvaro resopló—. Ha vomitado un par de veces...

—Joder —susurró.

Natalia lo miró intrigada.

—¿Qué pasa?

Álvaro negó.

—¿Vais para el hotel? —preguntó directamente.

—Sí, vamos hacia allí. Tú ya has llegado, ¿no?

En ese momento miró fijamente a Natalia, que lo observaba sin comprender y pidiéndole explicaciones con gestos.

—No, no estoy allí. Estoy con Natalia en el Gran Bazar. —Tapó el auricular con la mano—. Ignacio. Parece que ha cogido gastroenteritis.

Ella puso cara de disgusto.

—Eso es por el agua —explicó Natalia—. Le ocurre a mucha gente.

—Te lo decía por si podías avisar al médico. A este paso nos va a tener que hacer un bono... —continuó Laura.

Álvaro suspiró.

—Claro, ahora voy para allí.

—De acuerdo —contestó Laura antes de colgar.

Álvaro suspiró y miró a Natalia con cierta decepción. ¿Es que no podía tener ni un rato libre? Al fin se había decidido a disfrutar un poco y se había tomado la licencia de quedar con Natalia y, después de todo, Ignacio se ponía

malo. Sabía que no era culpa suya, pero parecía que el universo entero se había puesto en su contra.

Guardó el teléfono en el bolsillo y miró a Natalia con fastidio.

—Tengo que irme.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver el rostro apenado de él. En ese momento sintió lástima por Álvaro. Era cierto que el pobre no podía permitirse muchos momentos de relax, y ahora que finalmente parecía estar disfrutando de uno debía volver al hotel para asegurarse de que su empleado estaba bien. La conmovió ver cómo desaparecía aquella alegría que reflejaba su rostro pocos segundos antes.

—Parece que Ignacio se ha puesto malo. Iré al hotel y avisaré al médico para que esté allí antes de que lleguen. Voy a ir a ver cómo se encuentra. Quédate por aquí y disfruta de la tarde libre —comentó con una sonrisa—. Voy a pagar los tés y... —Se quedó consternado cuando la vio levantarse—. ¿Qué haces?

Ella se encogió de hombros.

—Me voy contigo.

—No tienes por qué —comentó con calma—. Tú misma lo has dicho, la mayoría de los viajeros sufren alguna vez una gastroenteritis.

—Ya —se encogió de hombros—, pero Ignacio es mi amigo, quiero ver cómo se encuentra o si necesita algo. —Ladeó la cabeza hacia él con una leve sonrisa—. E igualmente podemos tomar algo en el bar del hotel —apuntó con una sonrisa.

Álvaro se quedó mirándola fijamente y sonrió agradecido.

—De acuerdo.

Sexto día de viaje.

Ignacio salió del aseo con el rostro pálido y resopló.

—¿Mejor? —preguntó Natalia.

—Sí, cuando vomito me encuentro mejor durante un rato —replicó, y luego bostezó.

Al menos, Ignacio ya no vomitaba tan a menudo y las diarreas ya no eran tan frecuentes. El día anterior, cuando habían llegado al hotel, lo había visitado el médico. Mucha agua embotellada y que no comiese nada durante unas horas. Luego podría comenzar con dieta astringente: un poco de arroz blanco, pechuga a la plancha, etcétera.

Natalia había cenado en el hotel y se había subido con él a la habitación. Solo se había ido cuando él se había quedado dormido, y a las siete de la mañana había vuelto a su habitación cuando le había preguntado por mensaje que cómo se encontraba y él había respondido que no muy bien.

—Aprovecha para dormir un poco —dijo ella mientras lo cogía del brazo y lo ayudaba a meterse en la cama.

—Sí, tengo que aprovechar estos ratos para dormir —apuntó él, que no lograba dormir más de una hora seguida sin tener que levantarse para ir al aseo. Lo tapó con la sábana y dejó la botella de agua cerca para que pudiese cogerla si la necesitaba—. Eres un cielo —susurró Ignacio con los ojos cerrados.

Ella sonrió divertida.

—Gracias. Oye, voy a aprovechar que estás un poco mejor para hacer unas gestiones, ¿de acuerdo? Luego vuelvo a ver cómo estás.

—Vale. Hazme un favor —le dijo con la voz pastosa por el cansancio—. Llévate la llave de la habitación, así no tengo que levantarme para abrirte.

—De acuerdo. Descansa. Y cualquier cosa avísame al móvil.

Esta vez ya no respondió, simplemente emitió un sonido afirmativo.

Salió de la habitación tras coger la llave y cerró la puerta. El pobre estaba hecho un trapo.

Había desayunado con Laura aquella mañana y se habían organizado.

Laura solo tenía que ir a una tienda aquella tarde a pedir un presupuesto y eso podía hacerlo ella sola, así que, por lo menos, la indisposición de Ignacio no le acarrearía más trabajo. No le importaba en aquellas circunstancias, pero siempre era de agradecer que al menos los jefes fueran conscientes del trabajo que tenían y de la sobrecarga que podía representar para ellos.

Fue hasta su habitación y encendió el portátil para revisar los correos. Siempre era mucho mejor revisar el correo electrónico en un portátil que en un móvil.

Se sentó en el escritorio y esperó a que el pequeño ordenador portátil se encendiese. El día anterior, con lo ocurrido, no había llamado al arquitecto; si no tenía ningún nuevo correo de él, lo llamaría para saber cómo iban las negociaciones. En principio, suponía que debía haber hecho la oferta el mismo día que se lo había pedido Álvaro y, teniendo en cuenta que era un edificio que llevaba tantos años a la venta, no tardarían más de veinticuatro horas en dar una respuesta.

Se sorprendió cuando vio que tenía un nuevo correo electrónico en su bandeja de entrada de hacía solo media hora. Miró su reloj: las once.

El mensaje llevaba por asunto «Compraventa hotel».

Entró con cierto nerviosismo y leyó con atención:

A la atención de la Señorita Natalia.

Buenos días:

Siento no haberme puesto en contacto con usted en el día de ayer. Le escribo para comunicarle que se hizo la oferta de la compraventa el mismo día en que hicimos la visita al edificio. Me puse en contacto con la inmobiliaria Yasuf House para ofrecerle una cuantía. El precio estipulado según marca la inmobiliaria es 1 032 495 libras, lo que vendrían a ser unos 170 000 euros. Puedo anunciarle que tras las negociaciones del día de ayer he conseguido una oferta por 980 000 libras, es decir, unos 160 000 euros.

Si están conformes con la compraventa del edificio, pónganse en contacto conmigo durante la mañana para que pueda atarlo todo para la firma de las arras esta misma tarde, de esta forma nos aseguramos el precio.

Saludos cordiales.

Onur Sahir.

Casi dio un brinco sobre la silla.

—¡Perfecto! —gritó de alegría. Álvaro se iba a poner contento. Onur había hecho un muy buen trabajo y había conseguido un precio ajustado. Aquello permitía poder invertir casi diez mil euros más en las reformas del hotel, una cantidad de dinero muy significativa en Estambul.

Volvió a leer el correo electrónico con atención. Con suerte, podrían firmar las arras esa misma tarde. Darían la paga y señal y ya se quitarían un

gran problema de encima.

Cogió el móvil y marcó rápidamente el teléfono de Álvaro. Necesitaba explicarle aquello y responder rápidamente a Onur para que este pudiese confirmar la compraventa y que su departamento jurídico elaborase el contrato de arras. Sabía que aquello era un momento, estarían hartos de redactar contratos de ese estilo. No era solo eso, estaba feliz. Aquello iba viento en popa y sabía que sería una gran noticia para Álvaro.

Se llevó el teléfono al oído y esperó a que Álvaro lo cogiese.

Colgó cuando saltó el contestador. Miró confundida el teléfono. ¿Cómo es que no lo cogía? ¿Y ahora qué le pasaba?

Volvió a marcar el teléfono y esperó. Álvaro no le había dicho nada sobre que hoy saldría o se reuniría con alguien.

Volvió a colgar y fue a la aplicación de WhatsApp. Había entrado en la aplicación hacía diez minutos.

Resopló y se puso en pie mientras volvía marcar el número y se dirigía a la puerta.

Sabía que siempre estaba pendiente del teléfono, le parecía extraño que no lo cogiese o que no le enviase algún mensaje diciendo que la llamaba en unos minutos.

Salió de la habitación mientras escuchaba los tonos en el móvil y fue directa al ascensor.

Recordaba que en el mostrador le habían indicado que su habitación era la 807. No quería molestar a Laura, pues sabía que estaría revisando todos los presupuestos de los materiales; además, se exponía a que si la llamaba la hiciese ir para que la ayudase. Nada de eso.

Colgó de nuevo cuando las puertas del ascensor se cerraron y subió hasta la octava planta.

Se notaba que aquella planta era la de más categoría. Nada más abrirse la puerta, la recepción era espléndida: una inmensa lámpara de araña colgaba del techo y el mármol blanco brillaba allá donde la moqueta color crema no lo ocultaba. Era realmente espectacular.

Caminó por la recepción y se fijó en los dos pasillos. Giró a la derecha y fue hasta la habitación 807.

Se detuvo ante la puerta y escuchó antes de llamar. Se sorprendió

cuando oyó ruido en el interior de la habitación. Aquello la sorprendió. ¿Estaba allí y no le cogía el teléfono?

Resopló indignada. ¿Ahora iba a tener que ir buscando a su jefe para informarlo de las cosas?

Llamó directamente a la puerta y se cruzó de brazos. En ese momento oyó como otra puerta se abría.

—¿Sí? —Escuchó la voz de Álvaro.

—Soy Natalia —respondió directamente.

Hubo un silencio.

—¿Natalia?

—Te he llamado al móvil —explicó mientras escuchaba los pasos acelerados hacia la puerta—, pero no lo coges.

De repente la puerta se abrió. Natalia estaba preparada para cualquier cosa. Recibirlo con cara de sueño o con una copa en la mano, pero no para lo que vio; desde luego, Álvaro no se cortó un pelo.

Lo único que llevaba puesto era una toalla blanca enrollada en la cintura. Se apoyó en el marco de la puerta con una sonrisa ladeada.

—Hola —comentó arrastrando las letras—. Estaba en la ducha.

Ella tragó saliva.

—Ah, perdona —respondió, apartando la mirada rápidamente de sus pectorales. Vale, sí, Álvaro hacía deporte, mucho deporte. Sin duda tenía más tiempo libre del que decía tener, porque unos abdominales así no se conseguían de un día para otro.

—He ido a hacer unos largos a la piscina —explicó con una sonrisa al darse cuenta de que ella parecía sentirse incómoda—. ¿En qué puedo ayudarla, señorita Martín?

—Yo... ammm... —comentó abochornada. ¿Por qué no se había puesto algo encima? Así le costaba pensar—. Me ha enviado un correo electrónico el arquitecto... —comentó intentando no centrar la mirada en el pecho desnudo de su jefe—, me ha dicho que... —Se volvió hacia él cuando vio que se giraba y entraba en la habitación, meneando aquel trasero respingón por el pasillo—. ¿Adónde vas? —preguntó molesta.

—Pasa —dijo él perdiéndose en el interior de la habitación.

Natalia se removió inquieta.

—Mierda —susurró, notando todos los músculos de su cuerpo en tensión. Resopló y entró en la habitación. Debía ser el doble o el triple de grande que la suya. Cerró la puerta y avanzó despacio por el pasillo, esperando a que su jefe, al menos, tuviese la decencia de vestirse o de ponerse, como mínimo, algo encima.

El pasillo daba a una sala de estar con una gran mesa de cristal en el centro sobre una alfombra azul oscuro, dos enormes sofás blancos y una televisión de al menos cuarenta y nueve pulgadas que colgaba de la pared. Desde allí se accedía a un enorme balcón desde donde podían contemplarse unas vistas impresionantes. Además, había un par de hamacas y una mesa en medio.

Miró todo a su alrededor impresionada. ¿Dónde estaba su jefe?

Su voz llegó desde detrás de la puerta que había al otro lado de la sala.

—¿Y qué dice nuestro querido arquitecto? —preguntó con cierta ironía.

Suponía que aquella debía de ser su habitación. Al menos Álvaro había tenido la decencia de ir a vestirse. Sintió cierto alivio, aunque pensar que se encontraba medio desnudo tras la puerta la hizo tragar saliva e intentar centrarse en las vistas desviando la mirada de aquella puerta.

—Ha llegado a un acuerdo para la compraventa del inmueble. La inmobiliaria acepta unos ciento sesenta mil euros. Ha conseguido una rebaja de diez mil euros sobre el precio inicial.

—Ajá. —Escuchó que decía.

—Dice que si estás interesado se pueden formalizar las arras esta misma tarde —dijo observando el Bósforo desde allí. Las vistas eran realmente preciosas; además, acompañaba el maravilloso día que hacía, ni una sola nube en el cielo.

Escuchó como la puerta de la habitación de su jefe se abría.

—¿Ha conseguido una rebaja de diez mil euros? —preguntó asombrado.

Ella se giró con una sonrisa, pues la voz de su jefe mostraba entusiasmo, aunque cuando coincidió con su mirada resopló y miró de nuevo por la ventana.

¿Tenía que salir solo con el pantalón del traje?

Álvaro la miró sonriente. Sí, sin duda Natalia era mucho más divertida que Ignacio. Se fijó en cómo se giraba de inmediato mientras el rubor cubría

sus mejillas. Aquello lo divertía bastante y no pensaba renunciar a aquellos placeres que le propiciaba su nueva ayudante.

Cogió la camisa blanca y se acercó a la espalda de Natalia con ella en la mano y con una sonrisa pícaro.

—Pues está muy bien —comentó.

Natalia se quedó observando las vistas del Bósforo, aunque luego se dio cuenta de que aquellos impresionantes pectorales se reflejaban en el cristal de la ventana y estuvo a punto de estrellar su cabeza repetidas veces contra el vidrio.

—Sí, está muy bien —comentó sin girarse, intentando aparentar naturalidad—. Entonces... ammm..., ¿le digo que sí?

—¿Te ha dicho a qué hora se firmarían las arras? —preguntó mientras movía la camisa de un lado a otro como si buscara las mangas.

—No —se giró y lo miró directamente a los ojos—, pero ahora voy y le pregunto... —dijo dando unos pasos hacia la puerta.

Por Dios, ¿esa habitación hacía las veces de sauna o era ella la que sentía ese intenso calor?

A Álvaro se le escapó la risa durante un segundo al ver su reacción y le cortó el paso.

—Espera... —comentó pensativo mientras ella se detenía y resoplaba, apartando la mirada de su pecho—, ¿te ha comentado la cantidad que deberíamos dar de arras?

Estaba claro que Natalia esquivaba su mirada todo el rato.

—No, pero enseguida se lo pregunto y te informo. —Hizo amago de avanzar, pero Álvaro le cortó el paso de nuevo.

Natalia apretó los labios. ¿A qué venía aquello? ¿Se estaba divirtiendo con ella? ¡Qué cabrón!

Elevó la mirada hacia él, resignada.

—¿Has visto a Ignacio esta mañana? —preguntó Álvaro con inocencia mientras, en ese momento, metía un brazo por la manga de la camisa—. ¿Sabes cómo se encuentra?

Ella enarcó una ceja, aunque una cosa llamó su atención. Álvaro pasó su brazo por una manga y llevó su otro brazo hacia atrás para coger la otra. Se quedó clavada mirando un punto de su brazo.

—¿Tienes un tatuaje? —preguntó sorprendida.

Álvaro se lo miró y luego sonrió hacia ella.

—Sí —dijo mirándose—. Una locura de juventud —explicó divertido.

—¿Del símbolo del yin y el yang? —gritó esta vez desesperada.

Aquel grito cogió desprevenido a Álvaro mientras pasaba el otro brazo por la manga y comenzaba a abrocharse la camisa.

—¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo con ese símbolo? —preguntó sorprendido por su reacción.

En ese momento las palabras de Belma, aquella adivina que había conocido mientras comía con Ignacio, y que había leído su poso, volvieron a su mente:

—*Eres una persona muy equilibrada, eres como el yin, pero necesitas a tu yang para estar completa. Veo... veo que ese símbolo aparece en tu vida y te da serenidad y amor.*

—*Ahhhh...* —había respondido ella mientras se encogía de hombros.

—*Dentro de muy poco se acabará tu soledad y todo te va a ir muy bien. Pronto encontrarás a tu yang para sentirte equilibrada y feliz.*

—Joder —susurró más para ella que para él.

—¿Joder? —preguntó Álvaro, que seguía sin comprender.

Natalia se encontraba en una especie de estado de *shock*. Belma no podía estar hablando en serio. Sus palabras habían sido muy claras y, ahora... aquel hombre que tenía frente a ella, un hombre sumamente atractivo y por el que cada vez se sentía más atraída, ¿tenía un símbolo del yin y el yang en su brazo?

—Esto es una broma de mal gusto —volvió a susurrar.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Álvaro más desquiciado, mientras acababa de abrocharse la camisa y la metía por dentro de los pantalones. Natalia elevó la mirada hacia él, incrédula, sin saber qué decir al respecto—. ¿Qué pasa? —insistió Álvaro.

—No, no, no... —susurró ella, que comenzaba a salir del *shock* y se removía inquieta.

Álvaro enarcó una ceja hacia ella.

—¿Me lo vas a decir o qué? —insistió de nuevo.

Ella resopló y pasó a su lado esta vez.

—Mierda... —Iba maldiciendo hacia la puerta.

—Eh... —comentó siguiéndola—, ¿adónde vas?

Natalia llegó hasta la puerta y la abrió.

—A enviar un email al arquitecto, a preguntarle a qué hora será la firma y cuál es la cantidad de las arras —contestó directamente mientras comenzaba a cerrar la puerta.

Álvaro paró la puerta y la miró fijamente. La contempló de arriba abajo. No sabía lo que le ocurría, pero parecía alterada o nerviosa por algo.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

Ella lo miró con cierta furia, sin saber cómo reaccionar ante aquello.

—No —contestó hecha un manojito de nervios—. ¡Tienes un jodido tatuaje del yin y el yang en el brazo! —gritó sin ser consciente de lo que decía. Se giró y caminó por el pasillo.

—¿Y qué? —gritó Álvaro desde la puerta, extendiendo los brazos hacia ella—. Me lo hice una noche que salí de fiesta con mis amigos... cuando aún tenía vida social. Hace muchos años. Está claro que el alcohol no es muy buena compañía —acabó diciendo—. ¿Tienes algo en contra de los tatuajes? —preguntó desesperado al ver que se alejaba con paso apresurado y las manos convertidas en puños—. No... no entiendo nada —acabó susurrando con la mirada fija en aquella espalda cada vez más lejana.

Natalia giró la esquina y fue directa al ascensor. Pulsó y, por suerte, la puerta no tardó más que unos segundos en abrirse.

Aquello no podía estar ocurriéndole. Por su mente pasaron las palabras de Ignacio.

A la novia de él le había leído el poso y había acertado en todo.

—Esto no puede ser verdad —gruñó mientras pulsaba el botón de la tercera planta y la puerta se cerraba.

Abrió la puerta de la habitación de Ignacio y cerró tras de sí. Se apoyó unos segundos mientras escuchaba cómo Ignacio se removía en la cama.

—¿Natalia? —preguntó con voz somnolienta.

Ella rechinó los dientes y avanzó por el pasillo hasta la habitación principal. Entraba poca luz por la ventana, pero la suficiente como para poder distinguir la silueta de Ignacio en la cama.

—¡Tiene un puñetero tatuaje del yin y el yang! —gritó desesperada, sin contenerse más, elevando los brazos hacia el cielo.

Ignacio se removió y se incorporó en la cama mientras se frotaba los ojos.

—¿Qué? —preguntó mientras extendía su brazo a un lado para encender la luz de la mesita. La luz lo cegó un poco, pero cuando finalmente pudo abrir los ojos Natalia caminaba desesperada de un lado a otro de la habitación, maldiciendo para sí misma—. Pero ¿qué te pasa? —preguntó medio dormido.

—Belma. —Se detuvo en seco y lo señaló—. ¿Recuerdas lo que dijo?

—Bufff... —dijo pasándose la mano por el rostro—, estoy medio dormido. ¿De qué me hablas?

—La mujer que nos leyó el poso —reaccionó agobiada, y fue hacia la cama provocando que Ignacio la mirase asustado—. La adivina —le recordó. Se movió nerviosa de nuevo, como si estuviese sufriendo un ataque de ansiedad—. Me dijo que yo era como el yin y que necesitaba encontrar a mi yang para estar completa...

—Mmmm... sí, algo así dijo —bostezó.

—¡Que ese símbolo aparecería en mi vida y me daría serenidad y amor! —Extendió los brazos hacia los lados—. ¡Amorrrrrr! —gritó al borde de un ataque de nervios.

Ignacio se pasó la mano por el cabello, revolviéndoselo, sin comprender nada de lo que su amiga decía.

—¿Y qué? —preguntó tras encogerse de hombros.

Ella se detuvo y lo miró desquiciada.

—Me dijiste que a tu novia le habían leído el poso del café y se le había cumplido todo lo que le habían dicho.

—Sí —dijo frotándose los ojos de nuevo, como si la luz aún le molestase. Luego la miró y le sonrió—. Y a mí también... Vale que no adivinó lo de la gastroenteritis, pero me dijo que iba a estar más tranquilo, y mira, ahora yo estoy con Laura. —Sonrió en tono burlesco, pues sabía que aquello había molestado a Natalia.

Ella rugió y volvió a mirar al cielo.

—Pero él... —gritó desesperada, corriendo hacia la cama de nuevo.

—¿Él? —preguntó sin comprender.

—¡Tiene un tatuaje del yin y el yang en el brazo!

Ignacio la miró de la cabeza a los pies.

—¿Quién? —preguntó desesperado.

—¡Álvaro! —gritó. En ese momento Ignacio abrió los ojos como platos y comenzó a reír mientras ella enarcaba una ceja—. Un puñetero tatuaje del yin y el yang —rugió, formando puños con sus manos.

—¿En serio? —preguntó aún sorprendido, luego la observó enarcando una ceja—. ¿Y cómo se lo has visto?

Ella lo miró enfadada.

—El muy capullo me ha abierto la puerta sin camiseta...

—Es tu yang... quien te dará calma y amor... —ironizó Ignacio. Natalia cogió la almohada y se la estrelló directamente en la cara—. Auuu... —dijo cogiéndola con las dos manos y colocándola a su lado—. Pues ya es casualidad, ¿eh? —Se encogió de hombros—. Bueno, quizá así mejore el humor de nuestro querido jefe...

—Por favor... —suplicó—, no estoy para bromas, no me hace ninguna gracia que...

Se quedó callada cuando escuchó su nombre fuera de la habitación.

—¿Natalia?

Ambos reconocieron la voz. Álvaro estaba llamando a la puerta de la habitación de ella, varias puertas por detrás de la de Ignacio.

—Mierda —susurró ella.

Ignacio reía sin parar:

—Te está buscando, que viene tu yang...

—Shhh... ¡No digas nada! —lo amenazó con el dedo.

—Lo mismo necesita algo del trabajo...

—No, ahora no quiero verlo —remarcó ella.

De nuevo volvieron a escucharlo.

—¿Natalia? ¿Estás ahí? —Volvió a golpear la puerta de la habitación de ella—. Abre.

—Ahí no decides tú —le recordó Ignacio—, es tu jefe. —Luego sonrió en plan de broma—. Lo mismo quiere darte ese amor que tanto necesitas.

—¿Quieres que te estampe la almohada en la cara otra vez? —lo amenazó ella.

Ignacio puso los ojos en blanco.

—¡Está aquí! —gritó.

Natalia dio un brinco y se lanzó hacia su amigo.

—¿Te quieres callar? —dijo mosqueada.

—A lo mejor es importante... —contestó él mientras reía.

—Ya, seguro que lo llamas por eso.

—¡Natalia está aquí! —gritó de nuevo.

En ese momento escucharon cómo los golpes sonaban en la puerta de su habitación. Natalia rugió mientras soltaba a su amigo.

—¿Por qué has hecho eso?

Ignacio se llevó la mano al estómago y puso cara de sufrimiento.

—Me vuelvo a encontrar mal —sollozó.

—Sí, hazte el enfermo ahora —protestó ella.

—¿Que me lo haga? —se quejó él, asombrado por su pregunta.

De nuevo volvieron a golpear la puerta.

—¿Natalia? —Volvió a escuchar la voz de Álvaro.

Suspiró, se armó de valor y fue hacia la puerta mientras protestaba. Cuando la abrió, su jefe esperaba de brazos cruzados frente a ella. Al menos ahora estaba totalmente vestido.

La miró de los pies a la cabeza.

—¿Va todo bien? —preguntó observando el interior de la habitación.

—Sí, me he pasado a ver cómo se encontraba Ignacio —comentó directamente.

—¿Y qué tal está?

En ese momento, Ignacio apareció por el pasillo corriendo con una mano en el estómago y otra en la boca, abrió la puerta y entró de forma precipitada en el aseo.

Ella le hizo un gesto gracioso.

—Mejor —bromeó mientras escuchaba como Ignacio volvía a vomitar.

Álvaro resopló al escucharlo y se pasó la mano por el cabello castaño, luego la observó a ella fijamente.

—Oye, ¿ocurre algo? —preguntó directamente.

—No, claro que no.

—¿Cómo que no? —insistió—. Arriba te has puesto...

—Es el estrés —improvisó ella, mientras se giraba para observar la

puerta del aseo cerrada.

—¿El estrés? ¿Te estresan los tatuajes? —preguntó a la defensiva. Ella apretó los labios, lo miró sin saber cómo responder a eso y negó.

—Bueno, tampoco ayuda mucho que tu jefe te reciba con una toalla atada a la cintura... —apuntó. En ese momento Álvaro sonrió de una forma divertida—. Ni que se pasee sin camisa por la habitación, me resultaba incómodo.

Álvaro asintió mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Lo siento, no pretendía incomodarte.

Ella estudió aquella mirada divertida, aquel brillo en sus ojos, y supo que mentía.

—Ya, seguro —le recriminó Natalia.

Escucharon como Ignacio tiraba de la cadena para luego salir del aseo con la mano en la frente e ir directo hacia la cama.

—Eh, Ignacio, ¿qué tal estás? —preguntó Álvaro. Ignacio se giró. Tenía los ojos llorosos por el esfuerzo del vómito y el rostro muy pálido—. Vaya... —susurró, luego hizo un gesto gracioso—, te veo mejor, ¿eh? —bromeó. Ignacio resopló y volvió a girarse para dirigirse a la cama—. ¿Necesitas algo?

—Dormir —dijo tirándose sobre el colchón.

Álvaro asintió, cogió a Natalia por el brazo y la sacó de la habitación.

—Ah, ¿qué haces? —preguntó sorprendida por el gesto de su jefe, que cerró la puerta con rapidez.

—Tiene que descansar. —La soltó y la miró ladeando el cuello—. Además, lo que menos necesito ahora es que tú también cojas ese virus.

—Es una bacteria —explicó ella—, es por el agua. No se contagia.

—Bueno, por si acaso. —Volvió a meterse las manos en los bolsillos—. ¿Has enviado ya el correo electrónico?

Ella lo miró medio desquiciada.

—¿De verdad crees que lo he enviado? —preguntó de los nervios—. No he tenido tiempo material... —dijo señalando la puerta de Ignacio.

—Vale, vale..., fiera —le recriminó por el tono de voz—. Menudo genio de buena mañana.

Ella resopló y fue directa hacia su habitación.

—Ahora lo envío y cuando conteste te digo —dijo abriendo la puerta de

la habitación.

—Ya... —contestó Álvaro acercándose. Se colocó a su espalda y ella se giró levemente, observándolo—. Ayer no tuvimos tiempo de tomarnos la copa, ¿qué te parece si esta noche...?

—No —lo cortó ella.

Él enarcó una ceja.

—¿No? —Extendió los brazos en su dirección—. Ni siquiera me has dejado acabar la frase.

—Tengo que cuidar de Ignacio.

—Por favor, Ignacio ya es mayorcito y lo único que necesita es descansar —Se acercó un poco más a ella, mirándola fijamente a los ojos—. Esa excusa es muy mala. —Ella apretó los labios—. Vamos, una cena, para agradecerte todo lo que estás haciendo por la empresa y celebrar el contrato.

—¿Laura también vendrá?

Él negó.

—La he llamado para informarla de lo que ha dicho el arquitecto y me ha dicho que ha quedado con la propietaria de una tienda de cortinas. Va a ir a cenar esta noche con ella para hablar de negocios...

—¿Los que pretendéis que pongan las cortinas en todo el hotel? ¿La de la casa Ipekhouse?

—Los mismos.

Ella lo miró confundida.

—¿Y usted no va?

Él enarcó una ceja.

—¿Ahora me hablas de usted? —se burló—. Por favor, tutéame. —Ella puso los ojos en blanco—. Y no, es lo que acordamos, yo me encargo de la compraventa del inmueble y ella del resto, así que... tengo la noche libre... Y si yo la tengo, tú también. —Ella lo miraba fijamente—. Podemos ir a firmar las arras y luego vamos a cenar a algún sitio para celebrar...

—Mejor que no.

Él se cruzó de brazos.

—Dame una buena razón.

¿Por qué insistía tanto? Aquello la desesperó, pero más aún cuando vio que Álvaro la miraba con una media sonrisa. ¿Por qué era tan encantador

cuando quería? Allí estaba, plantado frente a ella, pidiéndole ir a cenar los dos juntos. Suponía que decirle que tenía un tatuaje del yin y el yang no valdría como excusa...

—Ammm...

—Bueno —la interrumpió, como si hubiese tomado la decisión él solo —, avísame de la hora y del importe de arras que se tiene que pagar. —Dicho esto, se giró alejándose por el pasillo, sin esperar respuesta por parte de ella.

Álvaro subió al ascensor y apretó el botón de la octava planta antes de que Natalia pudiese decir nada más. Sabía que su hermana llegaría en breve, así que podría aprovechar para planificar lo de las arras y la reunión de ella con Ipekhuse. Cuantas más cosas pudiesen solventar en ese viaje, tanto mejor.

La verdad era que le apetecía mucho quedar con Natalia para cenar. Notó cómo el corazón se le disparaba al recordar sus preciosos ojos azules, su cabello castaño ondulado descendiendo por su tierno rostro, su nariz respingona, sus labios carnosos... y el chichón que tenía en la frente y que intentaba disimular a base de maquillaje. Hasta aquello le parecía adorable.

Aquella chica le encantaba, comenzaba a volverlo loco y no pensaba desaprovechar la oportunidad de cenar con ella esa noche.

10

Onur se apoyó contra el respaldo de su cómoda y mullida butaca y asintió con una gran sonrisa.

—Fue una dura negociación —explicó—, estuvimos todo el día de ayer, hasta altas horas de la noche.

—Ya me imagino —respondió Álvaro mientras miraba de reojo a Natalia, sentada en la silla de al lado.

—Sabiendo que iban a construir un hotel y las ganancias que pueden tener gracias a la ubicación, les costó rebajar el precio de partida.

Álvaro ladeó la cabeza.

—Por eso, a veces, es mejor no explicarlo todo —comentó seriamente.

Natalia lo miró de reojo y carraspeó. Pese a que Onur había realizado una espléndida compra, Álvaro seguía con su pose arrogante, como si nada de lo que hiciese el resto de la gente fuese de su agrado.

Supo que tampoco había pasado desapercibido para el arquitecto aquel tono de voz cuando este la miró de soslayo. Suspiró y echó un vistazo a su reloj de muñeca, que marcaba casi las siete de la tarde.

—Tienen que estar al llegar —dijo Onur poniéndose en pie—. Mejor vamos a la otra sala. Es más espaciosa y estaremos todos más cómodos.

Ambos se levantaron, y justo cuando entraron en la siguiente sala llamaron al timbre del despacho.

—Voy a recibirlos —dijo Onur mostrándoles las sillas—. Tomad asiento.

Álvaro se puso correctamente la corbata y fue hacia su silla, indicándole a Natalia que se sentase a su lado.

La sala de reuniones era impresionante. Se notaba que estaban tratando con uno de los mejores arquitectos y diseñador de interiores. Tenía un aire moderno. La mesa de cristal reflejaba la lámpara de diseño que colgaba del techo y que estaba formada por tres círculos en vertical distribuidos a lo largo de la mesa. En tres de las paredes había estanterías que llegaban hasta el techo, todas a rebosar de libros, algunos de ellos parecían antiguos. La otra pared era prácticamente toda una ventana por donde podían verse los

edificios que se encontraban frente al despacho.

En dos de las esquinas había unas grandes plantas naturales que daban colorido a las paredes amarillas.

Álvaro miró su móvil para comprobar que no tenía ninguna llamada ni mensaje de su hermana y se aseguró de que lo tenía silenciado justo cuando la puerta se abrió.

Ambos se pusieron en pie para recibir a las cuatro personas que entraban junto a Onur:

El arquitecto se adelantó para presentarlos.

—Señor Vidal, ellos son Osman y Acar Ozdemir, propietarios del edificio que usted va a comprar. —Los tres se estrecharon la mano, luego Onur señaló al siguiente de los hombres—. Él es Murat Aydin, viene en representación de la inmobiliaria.

—Encantado —respondió Murat—. Deberá disculpar a mis dos clientes —señaló a los propietarios del edificio—, no hablan inglés, pero haré las veces de intérprete.

Álvaro asintió.

—Perfecto.

Natalia se fijó en que aquellos hombres iban acompañados de otro más, que llevaba muchos documentos, supuso que debía ser el ayudante, aunque este, al contrario que el resto, se quedó de pie al lado de una estantería. ¿El ayudante no se sentaba con ellos?

Álvaro volvió a indicarle que se sentase a su lado mientras el resto lo imitaban.

—Bien, como he comentado al Señor Álvaro Vidal, se pagarán unas arras de 60 480 euros —indicó Onur al representante de la inmobiliaria—, que se entregarán hoy mismo a los propietarios. Posteriormente, cuando nos dé fecha el notario para firmar, se hará entrega de dos cheques, uno por valor de 876 971,86 liras y otro por valor de 30 240,09 liras. El primero por la propiedad del local y el segundo de los cheques por las gestiones realizadas con la inmobiliaria. Dichos cheques se entregarán ante notario el día convenido a cambio de las llaves del local, aunque, tal y como hemos acordado... —pronunció con una leve sonrisa—, se nos facilitará la entrada al edificio para tomar medidas y revisar electricidad y tuberías.

Murat asintió mientras Onur abría una carpeta y entregaba los dos contratos de arras.

—Si les parece bien, mi cliente ya ha leído el contrato de arras y está de acuerdo. Esperaremos a que lo lean. Cualquier duda podemos aclararlo aquí sin problema.

Murat lo cogió y comenzó a leerles el contrato de arras en turco para que ambos propietarios lo entendiesen.

Onur miró a Álvaro mientras el resto comentaba el contrato.

—Por cierto, me ha dicho el notario que cree que puede tener lista la escritura en unas tres semanas.

Natalia abrió el maletín y extrajo la tableta. Luego miró a Álvaro un segundo y se dirigió a Onur:

—Disculpe, ¿le ha dicho el día exacto?

Onur negó.

—Supongo que en breve me dirá el día.

Ella asintió y miró de reojo a Álvaro.

—En tres semanas tiene un viaje programado a Oslo.

Álvaro se quedó pensativo.

—Es verdad... —se acercó un poco más a ella para observar la tableta—, pero son solo dos días, supongo que el día podremos escogerlo también nosotros dado que debemos viajar hasta aquí.

—Claro, no hay problema.

—Estupendo —contestó esta vez en un tono amable y volvió a acercarse a Natalia, que dejó la tableta sobre la mesa—. Supongo que esa semana no tendrás nada programado. Vamos a estar fuera mucho tiempo.

Ella lo miró de reojo y enarcó una ceja.

—¿Tengo que venir? —preguntó elevando un poco el tono.

—Siempre viajo con mi ayudante —comentó Álvaro mirando al frente, observando a los propietarios y al de la inmobiliaria hablar sin cesar.

—Ignacio no iba contigo —le recordó.

—Te equivocas. Ha venido a todos los viajes, incluso fui con él a Croacia.

Natalia hizo memoria. Era cierto, en el viaje que habían hecho juntos siempre los había acompañado, y hacía unos meses había acompañado a

Álvaro a Croacia.

Natalia suspiró.

—Pero no te acompañó a Berlín —insistió ella.

Álvaro la miró de reojo.

—Cuando viajé a Berlín, Ignacio solo llevaba tres días en la empresa. — Natalia resopló, y eso le hizo gracia a Álvaro, que medio sonrió—. Fíjate, podremos aprovechar para hacer más turismo, ayer me quedé con ganas de ver el Gran Bazar y el de las Especias.

Ella enarcó una ceja. ¿Por qué usaba ese tono tan amable y divertido con ella en esos momentos? Era como si su compañía lo hiciese feliz.

—Será solo firmar en el notario —comentó ella.

—Ya, bueno, pero supongo que podremos aprovechar para cerrar acuerdos con proveedores y...

Murat se dirigió a Onur:

—Están de acuerdo. —Miró a Álvaro y sonrió—. Mis clientes se sienten muy felices de que el edificio sea de su gusto y lo vaya a convertir en un precioso hotel. Están deseando visitarlo y pasar alguna noche en él.

—Estamos deseando ponernos manos a la obra con el nuevo proyecto —contestó en un tono amable y sonrió a los propietarios.

—Bien, pues si estamos todos de acuerdo, ¿tiene el cheque? —preguntó Onur:

Natalia abrió el maletín de nuevo y extrajo una pequeña carpeta donde portaba el cheque. Se lo entregó a Álvaro, que lo colocó en la mesa. Natalia dejó un bolígrafo a su lado y Álvaro la miró divertido. Lo cogió y aceptó los documentos que Onur le entregaba.

—¿Ves? —comentó mientras comenzaba a firmar los documentos—. Por eso te necesito a mi lado.

Natalia suspiró. Por suerte, nadie de los allí presentes entendía el castellano.

—¿Por un bolígrafo? —bromeó ella.

—Son estos pequeños detalles —comentó pasando de hoja— los que me hacen plantearme por qué no te contraté antes —comentó sin mirarla—. Suertuda mi hermana. —En ese momento sí la observó.

Ella le medio sonrió y volvió la vista al frente, sin saber realmente cómo

reaccionar ante aquello. ¿Un halago de Álvaro Vidal? Aquello debía ser todo un logro. ¡Por un bolígrafo! De todas formas, aunque fuese una tontería, siempre le alegraba a una que la halagaran por su trabajo, aunque fuese por un simple detalle como ese.

Tuvo que reconocer que no era solo el halago, la forma en la que Álvaro le había sonreído la había vuelto a dejar en estado de *shock*. ¿Cómo podía pasar de dar órdenes a esbozar sonrisas tan tiernas y cargadas de simpatía como aquella?

Se quedó en silencio mientras las dos partes seguían firmando todos los documentos.

Una vez firmaron todo lo necesario, se despidieron de los aún propietarios del edificio y del representante de la inmobiliaria y Onur los acompañó a la puerta. Posteriormente, volvió al despacho donde se encontraban Álvaro y Natalia y estrechó la mano al primero.

—Felicidades, le garantizo que ha hecho una muy buena compra. — Álvaro asintió—. Le pediré al notario que me dé unas fechas alternativas para que decida la que mejor le convenga.

—Gracias —respondió soltando su mano—. En cuanto a las medidas y los diseños...

—Sí —reaccionó rápidamente—, tal y como le prometí, para el viernes tendré diseñada la entrada y un par de habitaciones para que se haga una ligera idea.

—El viernes es mañana —aclaró Álvaro.

—Sí, por supuesto. —Fue directo a la mesa y cogió la agenda—. ¿Le parece bien a las seis de la tarde? —Miró a Natalia con una gran sonrisa.

De nuevo Álvaro inspiró con fuerza. Una cosa era sonreír y ser educado, otra era fijar la mirada de la forma en la que Onur lo hacía.

—Sí —respondió él, provocando que apartase la mirada de Natalia—. Respecto al suelo, quería comentarle...

—Tenemos unos precios muy buenos, tanto en mármol negro como en mármol blanco con betas doradas y azules, y en varios tipos más.

Álvaro asintió.

—¿Cuál es el precio del mármol blanco puro? —preguntó Álvaro.

Onur se quedó pensativo un segundo.

—Acompañenme, lo tengo en la base de datos, se lo puedo decir ahora mismo.

Natalia y Álvaro cogieron sus respectivos maletines y siguieron a Onur al primer despacho donde habían estado.

Onur se sentó y comenzó a teclear en su ordenador.

—Siéntense —pidió.

—No hace falta —dijo mirando a Natalia de reojo—, es solo un momento, mañana ya aclararemos todos los detalles, pero me gustaría saber los precios para hablarlo con mi hermana.

—Claro, por supuesto —respondió abriendo archivos—. Ah, aquí está. Son unos diecisiete euros el metro cuadrado.

Natalia miró de reojo a Álvaro, sabía lo que estaba pensando.

—¿Incluye la mano de obra?

—No, la mano de obra es aparte —respondió Onur.

Álvaro asintió mientras miraba fijamente a Onur. Natalia supo lo que iba a decir su jefe a continuación, así que se limitó a dar un paso atrás para desvincularse levemente de aquella conversación.

—Ya, verá... mi hermana fue a la cantera y se estuvo informando sobre precios. Le hicieron una oferta por quince euros el metro cuadrado dada la gran cantidad de mármol blanco que solicitaríamos.

Onur lo miró y enarcó una ceja.

—Ammm... Bueno, supongo que todo es hablarlo con la cantera.

—Ya —respondió un poco tirante—, me gusta negociar los precios, no conformarme con el primero que me dan.

Natalia retrocedió de nuevo.

—Ya estamos otra vez —susurró alejándose más.

—Claro, pero, señor Vidal, aún no hemos hablado ni con los proveedores —comentó Onur sin disimular su fastidio—. Primero tengo que acabar de diseñar el proyecto y, cuando usted lo vea y me dé su aprobación, entonces calcularemos el precio de los materiales.

—Ya, de acuerdo —contestó Álvaro con voz apacible, aunque su mirada era penetrante—, pero supongo que usted también negociará los precios. —Natalia estuvo a punto de darles la espalda, aquellas situaciones la violentaban—. Espero que me consiga buenos precios, los mejores. Cuanto más logre

ahorrar en materiales, más podré invertir en el diseño.

Onur lo observó y asintió, luego miró a Natalia, la cual se había alejado unos pasos de la mesa y observaba las estanterías.

—Claro, claro.

—Bien —dijo Álvaro dando un paso hacia él para estrecharle la mano—, nos vemos mañana entonces.

—Por supuesto.

Los acompañó hasta la puerta y, nada más cerrar, Natalia se quedó mirándolo fijamente. Álvaro tuvo que notar que aquella mirada llevaba un cierto grado de reproche.

—¿Qué? —preguntó como si estuviese agotado.

—¿Por qué le dices eso? Ha sido muy amable todo el rato.

—Ya —dijo cambiando el maletín de mano—, pero prefiero dejar los términos bien claros. Quiero que negocie los materiales, no que se conforme con lo primero que le digan. Somos nosotros los que pagaremos, no él. —Ella resopló y puso los ojos en blanco—. No pongas los ojos en blanco.

—¿Por qué?

—Porque no —respondió, colocándose a su lado mientras cogía el móvil de su bolsillo.

—Es que... —Natalia emitió un suspiro— tienes que ser más amable con la gente. —Señaló hacia la puerta—. Pídele por favor que te negocie los precios, que intente conseguir buenas ofertas, no hagas lo que has hecho ahí dentro. Hay maneras y maneras de pedir las cosas.

Álvaro la miró desesperado.

—¿Y qué he hecho? —preguntó en tono acusador.

—Esperar a que te dijese el precio para soltarle una reprimenda.

—¿Reprimenda? —Álvaro resopló y negó mientras buscaba en la agenda del móvil—. No creo que haya sido maleducado...

—No digo que hayas sido maleducado, sino amenazante.

Él enarcó una ceja, asombrado por su palabra.

—¿Amenazante?

—Sí.

Álvaro resopló.

—Cómo se nota que no me has visto enfadado. —Le sonrió con ironía

—. Ahora estaba de buen humor.

—Pues menos mal —contestó ella, cruzándose de brazos.

Álvaro chasqueó la lengua y se llevó el teléfono al oído.

—Vamos a cenar —propuso.

—¿Por qué no cenamos en el hotel? —preguntó ella, removiéndose nerviosa en la acera. Su mirada voló directamente hacia el brazo con el que sujetaba el móvil contra el oído. Dichoso tatuaje, la había dejado noqueada.

—Pues porque da la casualidad de que he reservado en un restaurante.

Aquel dato la cogió desprevenida.

—¿Que has reservado? —preguntó asombrada, él asintió—. ¿Para cenar? —continuó con el mismo tono de voz—. ¿Y has hecho la llamada tú solito? —bromeó.

Álvaro dio un paso hacia ella con una sonrisa ladeada.

—Sí, yo solito —susurró acercándose a su rostro con una mueca de broma, luego se puso erguido—. Hola, Laura. —Natalia medio sonrió mientras se abrochaba la chaqueta—. Sí, todo perfecto, ya hemos entregado las arras.

11

El Turk Art Terrace Restaurant estaba ubicado a diez minutos a pie del despacho de arquitectura de Onur Sahin. El lugar era precioso y, por lo que parecía, caro.

Se había quedado impresionada cuando Álvaro había entrado y solicitado la reserva a su nombre.

El camarero los había conducido a la planta superior; a una enorme terraza desde donde podía divisarse Santa Sofía, la mezquita Azul y los jardines que separaban las dos impresionantes construcciones, y en cuyo centro habían encendido una fuente de agua que cambiaba de colores. Pese a que había bastante luz proveniente de los edificios, la noche había ganado al día y comenzaban a divisarse algunas estrellas en el horizonte.

Los condujeron hasta una de las mesas y les entregaron las cartas. Lo primero que hizo fue quedarse impresionada durante varios segundos con las vistas. Estambul era una ciudad realmente hermosa, llena de contrastes.

Había muchas mesas cuadradas, pero con el suficiente espacio entre ellas como para garantizar una mínima intimidad.

—Es precioso —comentó emocionada.

—Sí, menudas vistas —afirmó él—. Son parecidas a las del nuevo hotel.

—Sí, en la parte superior sí —confirmó.

Álvaro se quedó observando su perfil. Sus cejas de color castaño oscuro resaltaban sus ojos extremadamente azules. Se obligó a apartar la mirada de ella y cogió la carta.

—Veamos qué ponen de cenar. He leído buenas críticas de este restaurante.

Ella sonrió. No sabía bien cómo calificar aquello. ¿Era una cena de empresa? ¿Estaba teniendo una cita con su jefe? El lugar era realmente bonito y su jefe se había tomado muchas molestias para buscar un sitio de categoría.

—La verdad, es uno de los restaurantes más bonitos en los que he estado —confesó ella.

Aquella revelación hizo que Álvaro sonriese.

—¿Te gusta el salmón?

—Me encanta, ¿sirven salmón? —preguntó, buscándolo en la carta.

—No —apuntó con una sonrisa—. Pero cuando vayamos a Oslo te llevaré a uno de los mejores restaurantes donde probarás el mejor salmón del mundo.

Natalia sonrió ante aquel comentario y apartó la mirada rápidamente de él, concentrándose en la carta... Por Dios, aquello había sonado a segunda cita.

—Tiene todo muy buena pinta —susurró ella, observando las fotografías de los platos.

—En las opiniones decían que cocinaban muy bien el pollo con miel, o el Lüfer, el pescado típico del Bósforo. También hablaban del manti.

—¿Qué es eso?

—Parece que es una pasta típica de aquí, como unos raviolis rellenos de cordero, y los sirven con yogur y especias.

—Ah, pues... creo que probaré el manti.

—Yo me decanto por el pollo a la miel —dijo mirando la carta—. Con el pescado mejor no me arriesgo —bromeó, haciendo referencia a su alergia al marisco—. ¿Te apetece si probamos también unas brochetas de cordero y un poco de arroz?

Ella se encogió de hombros.

—¿No será demasiado?

—Yo como mucho. —Ella asintió y apretó los labios—. Probaremos un vino de aquí, ¿te parece bien? —Natalia se encogió de hombros—. He escuchado hablar de este —dijo señalando uno en la carta—, el Kayra Buzba del 2013. Dicen que es muy bueno.

—¿Y podemos pedir agua también?

Álvaro soltó la carta sobre la mesa.

—Claro —dijo sonriente. Lo cierto es que le parecía increíble estar allí con ella. Se apoyó contra el respaldo y la miró—. Me alegro de tener un poco de calma.

Ella lo miró sonriente.

—Sí, yo también, te lo mereces.

Aquello hizo que él sonriese, incrédulo ante sus palabras.

—¿Sí? ¿Tú crees? Hace media hora me estabas riñendo en la puerta del despacho de...

—Yo no te reñía —bromeó ella. Se removió inquieta y ladeó el cuello—. Una cosa no quita la otra. Trabajas mucho, así que... te mereces estos descansos y algún que otro capricho.

—Un buen capricho sería estar tumbado en una playa del Caribe con un daiquiri en la mano.

Ella rio.

—Bueno, eso lo puedes hacer en verano.

—Ufff... qué va. Llevo años sin vacaciones. A lo sumo me escapo del trabajo una semana al año y entonces no suelo viajar, aprovecho para quedarme en casa. Bastante viajo ya durante el año por temas laborales.

—Ya —comentó ella—. Pues quizá te iría bien para relajarte.

Justo cuando lo dijo supo que, en cierto modo, había metido la pata.

—Ya... —comentó Álvaro, apoyándose sobre la mesa—, vamos a analizar mi comportamiento.

—No, mejor que no —ironizó ella.

—De verdad, me interesa. La gente no se atreve a decirme las cosas que tú me dices.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Es que... ya lo hemos hablado, ¿no? —susurró vergonzosa.

—Sí, supongo. —Chasqueó la lengua.

No sabía si tomarse eso como una reprimenda o si de verdad estaba interesado. Álvaro se quedó observándola de nuevo, parecía intimidada por aquella conversación.

—Te agradezco lo que haces, de verdad. Te implicas mucho.

—Para eso me pagas —susurró.

—Sí, supongo, y ahora con la subida de sueldo que me has pedido... —bromeó. Ella rio—. Hay una cosa que me tiene en vilo desde esta mañana...

Ella lo miró sin comprender.

—¿El qué?

Álvaro se quedó observándola, como si quisiese estudiar su reacción.

—¿Qué problema tienes con los tatuajes?

Pudo detectar cómo ella ponía su espalda recta y los músculos se le ponían en tensión.

Natalia resopló y esquivó la mirada de él. Mierda, ¿por qué había tenido que decir todo aquello? Los nervios le habían hecho perder la compostura y ahora su jefe no iba a dejar de preguntar por aquello, pero ¿qué decir? ¿Que le habían leído el poso y que la adivina le había dicho que el símbolo del yin y el yang le traería calma y amor a su vida?

Se mordió el labio con timidez, haciéndose más pequeña en la mesa.

—Por Dios... —susurró Álvaro al verla—, ¿estás traumatizada con ese símbolo?

—No, no —reaccionó rápidamente—. Es que no sabía que tenías un tatuaje.

—Yo tampoco lo sabía hasta que lo descubrí —bromeó—. Fue en mi graduación. No sé cuántas copas bebí, pero al día siguiente unos cuantos amigos más y yo teníamos ese tatuaje en el brazo. —Ella rio—. Pero eso no explica tu reacción.

—Ammm... me ha pillado por sorpresa. —No, si al final iba a tener que inventarse una mentira para que la dejase en paz—. Mi ex tenía un tatuaje igual —dijo sin pensarlo. Álvaro pestañeó varias veces, absorto en sus palabras—. Lo siento, reaccioné mal —comentó, como si de aquella forma zanjase el tema. Ni loca iba a decirle la verdad, más aún cuando se encontraba en un lugar como aquel cenando con él.

—¿Te hizo...?

El camarero llegó en ese momento. Fue entonces cuando Natalia pudo recuperar el aliento. Maldita boca la suya, no hacía más que meterse en problemas.

Álvaro se encargó de pedir todo lo que habían acordado y volvió a prestar toda su atención a Natalia, que ya no sabía dónde meterse.

—Me has dicho que tu ex tenía un tatuaje igual al mío —comentó con cierta cautela. ¿No iba a dejar el tema? Suspiró y asintió—. ¿Te hizo daño?

—Ammm... no —contestó a lo loco—. Yo era joven, enamoradiza —continuó mirando hacia los lados, sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Fue mi primera ruptura y lo pasé mal, nada más.

—Ya, malos recuerdos, ¿no? —Ella asintió—. Bueno, pues... no me

pondré manga corta, tranquila —acabó diciendo.

El camarero se acercó y le mostró la botella de vino, momento que aprovechó Natalia para resoplar y frotarse las manos bajo la mesa. Aquella conversación la ponía nerviosa. Todo aquello era demasiada casualidad, pero es que ahora, encima, estaba teniendo lo que parecía una cita con su jefe.

—¿Quiere probarlo, señor? —ofreció el camarero tras abrir la botella.

—No, no, gracias. Sirva, por favor.

Cuando los dejó solos, Álvaro cogió su copa y señaló con un movimiento de cabeza a Natalia para que cogiese la suya.

—El vino de Turquía tiene muy buena fama. El problema es que es excesivamente caro con la cantidad de impuestos que pagan por el alcohol. —Cogió la copa y la observó—. Vamos a ver... —dijo llevándosela a los labios.

—¿Así? —preguntó ella—. ¿Sin comer nada?

—Por un trago... —dijo divertido, y le guiñó un ojo con confianza.

Tres horas después, y tras una agradable cena, llegaban en taxi al hotel.

—Qué exagerada eres —comentó mientras abría la puerta del hotel para que ella entrase primero.

Natalia lo miró indignada mientras iba hacia el ascensor.

—No soy exagerada. Cuando te pones tan serio asustas.

Si algo le quedó claro, fue que no era bueno mezclar el alcohol con un jefe sumamente atractivo que te irritaba continuamente.

—¿Que asusto? —preguntó Álvaro mientras llamaba al ascensor. La miró de reojo—. No te pienso dar más alcohol —se quejó.

—La culpa no es mía. ¿Para qué me preguntas?

—Yo no...

—Claro que sí —interrumpió ella colocándose frente a él—. Ahora, al bajar del taxi, me has preguntado «¿Está bien así?». —Movié los brazos de un lado a otro—. Pues claro que está bien, le has dado las gracias y la propina al taxista. —Lo miró con seriedad y luego colocó el dedo en su pecho—. Muy bien, señor Vidal, cuando es usted atento puede ser realmente encantador. Sin embargo, esta tarde no ha sido atento con el arquitecto.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Y a ti? ¿Qué te pasa a ti con ese arquitecto? Siempre lo estás

defendiendo —gruñó.

—Es agradable, se esfuerza por hacer las cosas bien —comentó ella. Desde luego Natalia había bebido más de la cuenta y, aunque no perdía el equilibrio ni se le trababa la lengua, no dejaba de hablar—. Además... —se rio—, es amable conmigo.

Álvaro entró al ascensor y se colocó al lado de ella.

—Es un capullo —comentó cruzándose de brazos.

—Ohhhhhh —exclamó ella mientras Álvaro la rodeaba para pulsar el botón de la tercera planta, donde se encontraba la habitación de ella—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Sí, lo digo y lo repito: es un capullo —pronunció como si la retase—. No deja de mirarte como si fuese a darte un mordisco.

—¿Y eso te molesta? —preguntó ella a la defensiva.

Claro que le molestaba, muchísimo. Natalia estaba comenzando a enloquecerlo, pero siempre que intentaba ser amable con ella, saltaba con alguna excusa que lo hacía explotar. Álvaro se señaló a sí mismo.

—Eres mi ayudante.

—Yo no soy...

—¡Trabajas para mí! —gritó él mientras las puertas se cerraban. Luego la señaló—. Y la próxima vez que vuelva a ponerte un ojo de más encima...

—¿Un ojo de más? ¿Cuántos ojos crees que puede ponerme? ¡Solo tiene dos! —indicó ella, elevando dos dedos ante los ojos de él.

Álvaro le apartó la mano con la suya.

—Quita —se quejó—. Ya sabes a lo que me refiero. Esas miraditas esquivas que hace para ficharte de arriba abajo.

—Pzzzzz... —se burló ella.

—¿Cómo que «pzzzzz»? ¿Qué significa eso? —preguntó indignado.

—Pzzzzz —repitió ella.

—¿Sabes? La próxima vez que haga algo así o se ponga chulito como lo de «si necesitas que te rescate, avísame» lo despediré. —Ella abrió los ojos de par en par—. Sí, lo que oyes... y ya verás... —dijo con cara de interesante—, pienso negociar mucho mejor precio por todo.

Natalia se pasó la mano por los ojos, desquiciada. Puede que ella estuviese exaltada por el vino, pero su jefe también lo estaba. Eso sí, debía

ponerle freno o aquel hombre llegaría al día siguiente y soltaría alguna tontería. Sabía que era capaz de eso y más.

—¿Y eso es culpa mía?

—Sí —respondió rápidamente—. Por ser tan mona...

—¿Mona? —gritó ella, como si se tratase de un insulto.

—Con tu educación, tu ternura... Cuando no es conmigo, claro —rectificó de forma apresurada—. Vas embobando a los hombres por ahí.

—Ohhh —gritó ella, indignada por lo que decía, mientras se movía por el ascensor.

Bien, pues había llegado a su límite y no pensaba aguantar ni una más.

Se giró hacia él con los puños apretados y la respiración excesivamente rápida. Alzó el dedo en su dirección, amenazante, ante la mirada intrigada y sorprendida de él, que la observó enarcando una ceja.

—¡Mejor contrólate! ¡Mañana tenemos que vernos con el arquitecto otra vez! Y a mí no me uses como excusa para justificar tu forma de actuar —gritó Natalia ante la mirada cada vez más asombrada de Álvaro—. Además, como se te den tan bien las negociaciones como el deporte, vamos apañados.

Álvaro dio un paso hacia ella, colocándose justo enfrente. Estaba claro que aquella última frase había herido su sensibilidad. Apretó los labios y la miró enfadado.

—¡Te dije que fue sin querer! —le devolvió el grito. Natalia se cruzó de brazos totalmente exasperada. Iba a contestarle, pero Álvaro se le adelantó—. Por Dios, ¿te puedes callar de una maldita vez? —continuó desesperado. Él también había llegado al límite de su paciencia.

Colocó las manos en las caderas de ella y la empujó contra la pared del ascensor, uniendo sus labios a los de Natalia con una ansiedad que había refrenado durante muchos días.

Puede que fuese el vino, la pelea a gritos y las salidas de tono, o el recuerdo de aquel arquitecto mirándola de arriba abajo..., pero la necesidad que había acumulado durante todo el tiempo que hacía que la conocía, y sobre todo aquella última semana, se vio reflejada en aquel beso.

Natalia se sorprendió al principio, pero ¿qué narices? Álvaro le parecía muy atractivo, tenía cosas por pulir, pero sabía que podía mejorar con el tiempo y, si no mejoraba, ¿para qué negárselo? Cuando sacaba esa fiera que

llevaba dentro... arrrgggg...

Se agarró a él cruzando los brazos por encima de su cuello, mientras los labios de él se movían con autoridad sobre los suyos.

Además, tenía cosas que le encantaban, cuando había estado a solas con él había descubierto a un Álvaro totalmente diferente. Puede que el trabajo lo transformase, pero aquellos abdominales, el trasero respingón, aquel tatuaje...

En ese momento abrió los ojos asustada.

—Mierda... —dijo separándose de él—. El tatuaje —susurró.

Álvaro se separó un poco de ella.

—¿El tatuaje? ¿Ya volvemos otra vez? —preguntó desquiciado—. ¿Estás pensando en tu ex? —preguntó esta vez indignado.

Ambos se miraron unos segundos.

Oh, no..., pero ¿qué estaban haciendo? Se... se estaban besando en un ascensor tras unas palabras subidas de tono. Él era su jefe, debería verlo cada día, trabajaría para él... Aquello no era buena idea. No, no...

—¿No? ¿No? —preguntó Álvaro.

—¿Qué?

—Estabas negando con la cabeza y susurrando: no, no, no...

Ella resopló, colocó las palmas de las manos en su pecho y lo empujó hacia atrás justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Ambos se quedaron mirando, sin saber cómo actuar. Álvaro enarcó una ceja al verse alejado por ella. Estaba loco por su ayudante, pero aquello podía ser un problema... La miró fijamente. Era la mujer más hermosa que había visto, sus ojos azules vidriosos, sus labios encendidos por el beso...

Iba a hablar cuando ella, de repente, se giró para salir del ascensor sin decir nada más.

Álvaro la cogió del brazo.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde crees que voy? A mi habitación —respondió como si no comprendiese la pregunta.

Él asintió y la soltó del brazo.

—Ya... ammm... creo que...

—Ha sido un error —dijo ella rápidamente—. El vino, nos estábamos

peleando, una cosa llevó a la otra y...

Aquello lo enfureció, para él aquel beso significaba algo más, había querido besarla desde hacía mucho tiempo. Aquella respuesta le molestó, ¿eso era lo que había significado para ella? ¿Un error?

—Tú no dejabas de hablar... —comentó él con voz más siniestra, aportando una excusa más a ese beso. Ella apretó los labios ante aquellas palabras—. Fíjate, quizá al final haya encontrado el sistema para que guardes silencio.

—Arrrgggggg —gritó ella, elevando los brazos hacia él.

Se giró y fue directa hacia su habitación, buscando en su bolso la tarjeta electrónica que hacía las veces de llave.

—Mañana a las nueve en el comedor para desayunar —dijo él elevando un poco la voz.

Ni siquiera contestó, la vio entrar en la habitación sin siquiera girarse. En ese momento se llevó la mano a la frente y la arrastró por todo su rostro.

—Joder —gruñó mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón a la octava planta.

Natalia entró en su cuarto y se apoyó contra la puerta, intentando recuperar el aliento.

¡Se habían besado! Por Dios, se había besado con su jefe. Aquello no podía traer nada bueno.

Fue hacia la habitación y arrojó el bolso y la chaqueta sobre la cama, sin cuidado alguno. Belma había tenido parte de razón. Su jefe le gustaba y aquello podía ser un verdadero problema. A ver cómo iba ella a desayunar al día siguiente.

Fue hacia el espejo para quitarse las lentillas, pero tal era su estado de nervios que, cuando pinzó con los dedos, la derecha saltó y se cayó por el sumidero del lavamanos.

—¡Nooooooooo! —gritó colocando una mano a cada lado del mármol, mirando hacia el agujero por donde había desaparecido la lentilla.

Séptimo día de viaje.

A duras penas había podido conciliar el sueño. Había dado vueltas en la cama una y otra vez con el recuerdo de Natalia en su mente. Debía de haberse vuelto loco para hacer algo así. En realidad, siempre que acababa tomando alcohol había cometido locuras. Primero el tatuaje, luego otras locuras de juventud y, por último, besar a su asistente.

Lo cierto es que Natalia le interesaba, le interesaba muchísimo, y después de probar el sabor y la delicadeza de sus labios más aún.

La miró de reojo mientras tomaba su café. Se había sorprendido cuando la había visto aparecer con gafas de ver, pero no había dicho nada al respecto.

—Pues hay muchos tipos, hasta seis, según la dureza —explicó Laura, mientras daba también un sorbo a su café—. Me dijo el vendedor que, si es para un hotel, con un AC4 o AC5 ya está bien. También existe el AC6, pero no hay tanta variedad de colores...

Álvaro asintió y apartó la mirada de Natalia para observar a su hermana.

—¿Varía mucho el precio del parqué?

—Un poco, lo tengo todo apuntado. Quiero compararlos con los precios que me dé el de la tienda a la que iré ahora. Pero creo que un color claro para las habitaciones podría quedar bien, daría más luminosidad.

—La madera de color oscuro me parece más elegante —comentó Álvaro.

—Sí, he pensado que el oscuro lo podríamos poner en las *suites*, para marcar diferencia.

Álvaro asintió, conforme con la idea de su hermana. Volvió su mirada hacia Natalia, la cual se mantenía callada. No había pronunciado palabra desde que se habían visto y esquivaba continuamente su mirada.

Se quedó clavado en la silla cuando observó que ella llevaba el dedo índice hasta sus gafas y las subía con un movimiento delicado.

—Joder —susurró, apartando la mirada.

Aquellas gafas le daban un toque erótico que hasta ese momento no había percibido en ella.

—A ver, como quieras... Si prefieres oscuro en todas las habitaciones, también me parece bien —reaccionó su hermana.

—No, no... —contestó Álvaro, apartando la mirada de Natalia y volviendo a Laura—. Me parece bien lo que dices, es buena idea. —Cogió la tostada con mantequilla y dio un bocado—. ¿Y de las cortinas?

—Me gustó mucho la tienda, tienen infinidad de telas y a buen precio. Me dijeron que nos harían presupuesto una vez pudiesen ir a tomar medidas.

—¿Cuánto vale el metro cuadrado?

—Depende, había de lino, de algodón, de antelina, con estampados... —Se encogió de hombros—. Oscilaban entre los dos euros y los veinte el metro cuadrado. Luego hay algunas de un precio superior. Es cuestión de ver el color que pondremos en las paredes.

—¿Pasarás por la casa de pinturas?

—Sí, tengo intención de ir esta tarde...

—Esta tarde tenemos que ir a ver el proyecto del arquitecto —recordó Álvaro.

—Ya, pero me dijiste a las seis, ¿verdad? —Álvaro asintió—. Así puedo organizarme un par de reuniones más. Ahora voy a ver la otra casa de parques, antes del arquitecto me pasaré por el almacén de pinturas y, si me da tiempo, cuando salgamos del arquitecto me pasaré por una tienda de muebles, quiero ver el estilo que tienen.

Natalia dejó el café sobre la mesa y la miró con bastante desesperación.

—Si quieres puedo acompañarte ahora —propuso ella, y miró de reajo a Álvaro.

Álvaro enarcó una ceja. Sabía lo que estaba haciendo, huía de él. Pues de eso ni hablar.

—Tenemos que repasar los presupuestos... —Ella lo miró sin comprender—. Y quiero analizar los planos del edificio para ver si podemos hacer alguna modificación o petición especial al arquitecto esta tarde.

—Claro, claro... —intervino Laura—. No te preocupes, es solo ir y mirar precios, no me cuesta nada —dijo encogiéndose de hombros.

Natalia le sonrió y luego miró de reajo a Álvaro. Por Dios, el corazón se le iba a salir del pecho.

Se levantó y miró hacia el bufé.

—Voy a coger un poco más de... zumo —comentó, cogiendo su vaso—.
¿Queréis algo más?

Álvaro se puso en pie y cogió también su vaso.

—Voy a ponerme yo también.

Natalia lo miró fijamente, resopló y fue directa hacia el otro extremo del comedor, al bufé libre.

—¿Quieres algo? —preguntó Álvaro a su hermana.

—No, aún me queda café —dijo mostrándole la taza.

—De acuerdo. —Se distanció de la mesa y fue directo a por Natalia. Estaba nerviosa, se le notaba en cada movimiento. Cuando llegó, ella cogía la jarra de zumo de naranja para rellenarse el vaso. Se situó a su lado mientras cogía la jarra de zumo de piña—. Creo que deberíamos hablar...

—No hay nada de que hablar —comentó ella.

—Pues yo creo que sí —dijo más cortante.

—Pues yo creo que ya quedó todo claro ayer —comentó soltando la jarra de zumo de naranja y alejándose un poco de él, directa a la zona de los yogures.

Álvaro resopló, soltó la jarra de zumo y fue hacia ella. Natalia lo miró de reojo, con cierta ansiedad, intentando marcar distancias con él. Aquella actitud enfureció a Álvaro un poco.

—No me como a nadie, ¿eh? —susurró—. Así que deja de alejarte. — Natalia lo miró de reojo mientras iba viendo los sabores de los yogures. Álvaro suspiró, intentando calmarse, y se acercó de nuevo—. Tenemos que hablar —volvió a decir:

—¿De qué?

Álvaroladeó el cuello mientras la observaba.

—De lo que pasó ayer.

—No.

Cerró los ojos intentando tranquilizarse.

—¿Cómo que no?

—Oye —dijo acercándose ella esta vez—, no creo que sea conveniente. Tú... eres mi jefe, y no quiero perder mi puesto de trabajo.

Álvaro la miró confundido.

—Espera —la cortó—. ¿Quién dice que tu puesto de trabajo peligre? Por

Dios, Natalia... Ves —la señaló—, por eso mismo tenemos que hablar.

—Preferiría que hiciésemos como si no hubiese ocurrido nada. —Cogió otro yogur y lo observó—. Puajjj... macedonia. ¿No hay de coco?

—Ya, pero es que ocurrió.

—Pues olvídalo.

Álvaro cogió un yogur de coco.

—No puedo —aseguró mientras se lo entregaba. Natalia tragó saliva, nerviosa, y lo miró. Había pronunciado aquellas palabras con tal delicadeza que la había dejado sin saber qué decir al respecto—. Y más cuando apareces así esta mañana, con esas gafitas en plan secretaria sexy.

De acuerdo, adiós al romanticismo y al encanto.

—Se me cayó la lentilla por el lavamanos —explicó ella de malos modos—. No es a cosa hecha.

—¿Desde cuándo usas lentillas? —preguntó sorprendido, mirando sus ojos azules, como si aquel dato le interesase.

—Tengo miopía —dijo ella con los labios apretados—. ¿Qué? ¿Ya es menos *sexy*?

Álvaro enarcó una ceja, sonrió y negó.

—Te equivocas, con las gafas tienes un punto que me dan ganas de meterte de nuevo en el ascensor y...

—Por Dios... —susurró ella escandalizada, apartándose de él y volviendo a la mesa.

¿Así es como iba a ser a partir de ahora? ¿Su jefe iba a tirarle los trastos? Porque eso es lo que estaba ocurriendo, no había ninguna duda.

Fue directa hacia la mesa, aunque una leve sonrisa apareció en su rostro. Sí, de acuerdo, Álvaro se le había insinuado de una forma muy explícita y eso le gustaba. Era una faceta de él que no conocía.

Se sentó frente a Laura y le sonrió.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —insistió ella de nuevo—. Ignacio aún se encuentra mal y vas a tener que cargarte tú con mucho trabajo.

Laura negó rápidamente.

—No, tranquila. Me siento mucho mejor si te quedas con Álvaro... —Ella suspiró—. Así lo ayudas. Lo mío es solo ir a preguntar precios.

Álvaro se sentó al lado de su hermana con la mirada clavada en Natalia. Estaba claro que había escuchado el ofrecimiento de ella otra vez. Laura sonrió a su hermano.

—La pobre está preocupada por si me sobrecargo demasiado de trabajo —rió divertida, haciendo que Natalia frunciese el ceño; desde luego, Laura no era muy disimulada.

—Bueno —Natalia se encogió de hombros mirando también a Álvaro, que la observaba intrigado—, es que como tienes tantas cosas que hacer... he pensado que quizá sería más conveniente que hoy estuviese contigo, ya que Ignacio no puede...

—No te preocupes por eso —dijo ella.

—¿Seguro? —insistió ante la mirada cada vez más alterada de Álvaro—. Si quieres podríamos dividirnos las visitas. Al fin y al cabo, Álvaro solo quiere examinar los planos de...

—Es importante —remarcó Álvaro.

—Ya... —continuó ella sin darle mucha importancia, volviendo toda su atención hacia Laura—, podría ir yo a la tienda de parkés, o a la de pintura... incluso a la de los muebles. Así, después del arquitecto, ya tendrías la tarde libre.

—Vaya, estás cargada de energía hoy, ¿eh?

—Y parlanchina —añadió Álvaro. Laura sonrió divertida mientras daba un último sorbo a su café—. A veces me pone la cabeza un poco loca... —bromeó Álvaro ante la mirada inquisitiva de Natalia.

Laura rio por el comentario de su hermano y se puso en pie.

—Te lo agradezco mucho, Natalia, pero está todo controlado. La verdad es que me apetece mucho ir a mirar precios yo sola, así que... yo ya me marchó. —Se acercó a su hermano y lo besó en la mejilla—. Nos vemos en el despacho del arquitecto a las seis. Y ten cuidado con esa locura... —continuó con la broma mientras se distanciaba un poco.

—Tranquila —dijo Álvaro centrando la mirada en Natalia, como si aún hablase con su hermana—. Sé un método infalible para que Natalia deje de hablar. —Natalia casi se atragantó con el yogur y lo miró mosqueada ante aquel comentario. Ya sabía a qué método se refería su jefe, al mismo que había empleado el día anterior en el ascensor—. Cualquier cosa que

necesites, avísame. —Elevó más su voz en dirección a su hermana, que asintió mientras salía por la puerta del comedor.

Natalia esquivó la mirada de Álvaro mientras comenzaba a comerse el yogur. Álvaro dio un sorbo a su vaso de zumo y se cruzó de brazos, observándola.

Aquella mirada fija comenzó a ponerla nerviosa, él la observaba casi sin pestañear, pensativo. Se comió rápido el yogur y lo dejó sobre la mesa.

—¿Te mando los planos por correo electrónico? —preguntó levantándose.

Álvaro la miró.

—¿Por correo electrónico? —inquirió, rodeando la mesa para colocarse a su lado.

—Claro —respondió con indiferencia—, has dicho que querías verlos por si podías aportar algo nuevo en la visita de esta tarde con el arquitecto.

Comenzó a caminar junto a él en dirección al ascensor.

—Ya —respondió apretando el botón del ascensor. En ese momento se dio cuenta de que Natalia daba golpecitos con el pie sobre el suelo, fruto de los nervios. No pudo evitar una sonrisa al recordar lo que le había dicho en el comedor: que pensaba meterla en el ascensor y...—. Preferiría que vinieses a la habitación y...

—¿A tu habitación? —preguntó ella sobresaltada.

Las puertas se abrieron y ambos entraron. Álvaro pulsó el botón de la tercera planta directamente.

—¿Prefieres la tuya? —preguntó en un tono provocador.

—Prefiero la sala de trabajo que tiene acondicionada el hotel, donde estuvimos el primer día.

Él rio por su tono, realmente parecía intimidada por las cosas que le decía.

—Es más acogedora la mía —aclaró él.

Natalia suspiró cuando las puertas se abrieron y fue directa a su habitación, aunque se sorprendió cuando Álvaro la siguió por el pasillo. Enarcó una ceja hacia él mientras colocaba la tarjeta electrónica en la ranura y la puerta se abría.

—Iba a subir ahora con el ordenador —comentó ella.

—Prefiero acompañarte, así no te me escaparas.

Natalia puso los ojos en blanco mientras entraba en su habitación.

—No voy a escaparme —dijo cogiendo el maletín donde guardaba su pequeño portátil.

Álvaro no entró en su habitación, sino que esperó en la puerta.

—¿Has visto a Ignacio esta mañana?

—Sí —respondió ella acercándose—. He pasado a verlo antes de bajar a desayunar. No ha tenido muy buena noche, aunque ahora parece que está mejor.

—Espero que para mañana esté bien o va a tener un viaje en avión complicado —dijo Álvaro, mirando la puerta de Ignacio.

—Esta mañana ya estaba mejor —insistió ella mientras cerraba la puerta.

Se dirigieron al ascensor y él intentó cogerle el maletín, pero ella se apartó.

—No hace falta —susurró ella.

—Pesa un poco, ¿verdad? —preguntó con tono amable.

Si algo tenía claro era que cuando su jefe se ponía en plan amistoso era mucho más peligroso.

—No pasa nada —repitió ella, pasándose el maletín con el ordenador a la otra mano.

No supo si Álvaro había puesto los ojos en blanco, pues no se atrevió a mirarlo, aunque detectó que no estaba de acuerdo con aquella respuesta. Entraron al ascensor en silencio. Aquella situación le resultaba muy incómoda. Era recordar lo que había ocurrido la noche anterior en aquel ascensor y se le secaba la boca y los latidos de su corazón se disparaban.

Álvaro pulsó la planta octava y se apoyó contra la pared.

—Estás nerviosa... —Ella lo miró de reojo, pero no dijo nada al respecto—. No tienes por qué estarlo. —Se encogió de hombros—. Si lo que te preocupa es que pueda despedirte, tal y como me has dicho antes, te puedo asegurar que eso no va a ocurrir. No vas a tener la suerte de perderme de vista —acabó bromeando.

Ella chasqueó la lengua. Tampoco quería eso, el problema era que se estaba enamorando de su jefe. Era recordar sus labios sobre los suyos y notaba

cómo la respiración se le aceleraba.

—Respecto a lo de ayer... —continuó Álvaro en un tono más serio y calmado.

—No —susurró ella, cerrando los ojos con fuerza.

Él esbozó una sonrisa divertida al ver que Natalia permanecía totalmente quieta, como si se hubiese transformado en una estatua.

—Yo... —se removió un poco nervioso e inspiró aire, como si se cargase de valor—, no creo que fuese un error. —La miró de reajo esperando ver su reacción.

Natalia seguía sin moverse. De hecho, ni siquiera pestañeaba. ¿Cómo podía conseguirlo? Comenzaba a asustarse, pensando que se había convertido realmente en una estatua, cuando ella se removió incómoda y miró desesperada la pantalla donde se indicaba la planta por la que iban.

Tragó saliva y se limitó a mirar al frente.

—En realidad, no pienso que fuese un error —susurró ella avergonzada—, pero no creo que sea lo más correcto —pronunció lentamente. Se giró un poco hacia él e hizo un gesto de desagrado—. Eres mi jefe y...

—Soy un hombre —dijo como si aquello lo arreglase todo.

—¿Y? —preguntó ella—. Eso no cambia el hecho de que tenga que verte cada día en la oficina, en los...

—Vale, de acuerdo —la cortó—. Entiendo que te preocupe lo de ayer, pero por mi parte no hay ningún problema. —Se giró y la miró, esta vez con seriedad—. ¿De acuerdo?

Aquello la tranquilizó. Medio sonrió y asintió.

En cuanto las puertas se abrieron fueron hacia la habitación.

—Entonces... —comentó ella más tranquila—, como si no hubiese ocurrido nada.

Álvaro sonrió hacia ella y abrió la puerta de su *suite*, invitando a Natalia a pasar con un gesto de su mano.

—Claro, sin problema —remarcó. Cerró la puerta tras de sí y avanzó por el pasillo—. Nuestra relación es estrictamente profesional, lo que ocurrió ayer fue producto del vino —comentó, aunque cuando se giró para dejar la cartera en la mesa apretó la mandíbula. Aquello no era cierto, al menos para él, pero parecía que de esa forma ella se sentía más tranquila.

—Bien —contestó ella, soltando el maletín con el ordenador sobre la mesa—, ¿nos quedamos aquí?

Álvaro asintió de espaldas a ella, intentando calmar sus sentimientos. Maldita muchacha, se lo iba a poner más difícil de lo que imaginaba.

—También podemos salir a la terraza si quieres. —Se giró y la miró. Natalia lo observaba sonriente mientras se subía de nuevo las gafas hacia arriba. Notó cómo el corazón se le aceleraba—. Mierda —dijo avanzando hacia ella. Acababa de descubrir que aquel gesto lo volvía loco.

Natalia enarcó una ceja.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendida al ver que avanzaba hacia ella.

—Aquí hay algo que debemos resolver los dos.

—Ammm... —susurró sin comprender nada, aunque comenzó a secársele la boca cuando descubrió la mirada fija de Álvaro y captó sus intenciones. Eran fáciles de adivinar después de la anterior noche, y más si seguía la dirección de su mirada, directa a sus labios—. Álvaro... —lo previno, colocando una mano por delante para que se detuviese.

—Si no te hubieses puesto esas gafitas.... —protestó mientras se colocaba ante ella.

La cogió por la cintura, se inclinó hacia delante y la besó con ternura. Si la noche anterior, cuando la había besado, había pensado que era la mujer más dulce que había conocido... ahora, con aquel beso, lo confirmaba.

Natalia se quedó aturdida unos segundos. Esta vez era más consciente de lo que hacía, así que no se sujetó a él como la noche anterior. Pero ¿qué le pasaba a su jefe? ¿No habían quedado en que no era buena idea?

Si acababan de aclarar que iban a hacer como si lo de la noche anterior no hubiera ocurrido nunca, ¿qué iban a hacer ahora?

—Álvaro, Álvaro... —pronunció ella, separándose de sus labios. Él se distanció un poco, lo suficiente para poder mirarla a los ojos, aunque sin soltarla—. ¿No habíamos dicho que haríamos como... como si nunca hubiese sucedido?

—Ya, claro... —ironizó—. Como si fuese tan fácil... —acabó con ansiedad antes de descender hacia sus labios.

—Es que... esto va a... a complicarlo todo.

—Qué va —bromeó antes de descender de nuevo hacia sus labios. Los

besó y volvió a mirarla, luego sonrió—. Yo diría que esto mejora la situación.

—Ammm...

No dejó que siguiese hablando, la estrechó contra él y dio unos pasos hacia delante, conduciéndola hasta la pared, apoyándola contra ella.

En ese momento Natalia sí rodeó los hombros de Álvaro. ¿Para qué seguir engañándose? Le gustaba su jefe, estaba coladita por él, así que ¿por qué no disfrutar de aquel momento? Ya encontraría otro trabajo, con su experiencia como ayudante de dirección podría...

—Ayyy —se quejó.

—¿Qué? —preguntó Álvaro rápidamente.

—Que no es buena idea... —sollozó.

Álvaro resopló y miró a los ojos a Natalia.

—¿El problema es que soy tu jefe? —preguntó muy serio.

Ella tragó saliva y, finalmente, asintió.

—Sí.

—¿Por el resto bien? ¿Ese es el único problema? —insistió con desesperación. Aunque con bastante timidez, Natalia asintió. Sí, esa era la verdadera razón—. Vale, pues despedida y ya está. —Volvió hacia sus labios.

—Eh, eh... —dijo golpeando su hombro para esquivarlo—. ¿Cómo que despedida? —se quejó—. No estarás hablando en serio, ¿no?

Álvaro sonrió mientras la cogía por la cintura.

—¡Pues claro que no! Por el amor de Dios... —exclamó antes de volver a besar sus labios.

Vale, Álvaro besaba muy bien, demasiado bien.

Natalia elevó su mano hacia su cabello castaño oscuro, pasando su pelo corto entre los dedos. Aquella sensación era exquisita, pero mejoró más cuando Álvaro abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello, besándolo con delicadeza.

—Ummm —susurró Natalia.

Había intentado mantenerse firme, pero era imposible. En aquel momento estaba en el cielo y no tenía intención de bajar de allí arriba.

Álvaro acarició su cintura hasta que llevó las manos a la camisa blanca de ella y comenzó a desabrochar los botones. ¿Qué más daba ya? Tras aquel apasionado beso necesitaba más, y parecía que ella también porque en

ningún momento se quejó, más bien todo lo contrario; cuando Álvaro le bajó la camisa por los brazos, ella colaboró para quitársela rápidamente.

Aquello iba a ser una locura, lo sabía, pero en aquel momento solo podía pensar en llevar a esa mujer a su cama. Lo había deseado desde hacía mucho tiempo y, ahora, cuando finalmente parecía que lo iba a conseguir, se daba cuenta de que aquello era mejor de lo que había imaginado.

Se desabrochó con ansiedad los primeros botones de su camisa y se la quitó con ímpetu, arrojándola al suelo.

Se echó sobre ella, mordisqueando sus labios, sintiendo la suave piel femenina contra la suya, y volvió a descender por su cuello mientras la estrechaba contra la pared.

Se separó un momento para observarla. La situación se estaba poniendo seria y aquella parte de su habitación, con un gran ventanal, no era el lugar más adecuado para ir despojándose de piezas de ropa.

La sujetó con un brazo y comenzó a caminar hacia delante, haciendo que ella se agarrase a él para no perder el equilibrio.

—¿Qué haces?

—Vamos a un sitio más íntimo —dijo antes de abrir la puerta del que era propiamente su dormitorio.

Natalia no tuvo tiempo de mirar su habitación, en ese momento estaba más centrada en otras cosas.

Álvaro la soltó sobre la cama, pero en vez de tumbarse sobre ella acabó de desnudarse. Natalia se desabrochó los pantalones y Álvaro los cogió por las piernas y tiró de ellos.

No tardó ni un segundo en situarse sobre ella.

Natalia lo recibió con los brazos abiertos. En ese momento carecía de importancia que fuese su jefe, lo único que le importaba era él, aquel hombre que la encandilaba con su sonrisa y la enfurecía con sus palabras.

Se fundieron en un apasionado beso y, en ese instante, pese a que no había tanta claridad en la habitación, pudo ver el tatuaje del yin y el yang en su brazo. Sonrió y se abrazó a él mientras notaba sus manos viajando por su cintura hasta sus caderas y los labios de él en su cuello.

Entró en ella con delicadeza y comenzó a mecerse. La sensación lo hizo suspirar. El hecho de notar la delicadeza de Natalia bajo su cuerpo lo hizo

reprimir todas las ganas que tenía de comenzar a moverse como un loco.

Durante unos segundos sus miradas coincidieron, como si entonces fueran conscientes de lo que ocurría, pero no les importó; en ese momento estaban a gusto, disfrutando el uno del otro. Más tarde ya vendría lo que tuviese que venir.

13

Natalia sonrió a Onur mientras este les mostraba la pantalla del ordenador donde había hecho una recreación en AutoCAD de lo que sería la entrada principal, una habitación doble y una de las *suites*.

El trabajo era impecable. El mármol blanco del suelo combinado con el mármol color crema de las paredes daba mucha luminosidad y elegancia a las estancias.

—Aquí —dijo Onur señalando una de las paredes— hemos juntado dos ventanas. Al otro lado también podemos hacer lo mismo, pero creo que sería excesivo. De esta forma podemos alargar más el mostrador...

—Es precioso —susurró Natalia sin poder evitarlo.

Onur sonrió directamente hacia ella.

—Gracias.

Álvaro miró de reojo a Natalia y a su hermana, que observaban maravilladas cada uno de los detalles. Aun así, él se mantenía callado todo el rato. Lo cierto era que le costaba concentrarse y jamás le había pasado aquello. Miraba el ordenador, pero era como si su cerebro no absorbiese aquella información; por su mente pasaban las imágenes de Natalia debajo de él, la suavidad de su cuerpo, cuando se había agarrado fuerte a él mientras incrementaba el ritmo...

Se pasó la mano por los ojos intentando concentrarse.

—¿Va todo bien? —preguntó Onur a Álvaro.

Álvaro retiró la mano de sus ojos y finalmente mostró una leve sonrisa al arquitecto, que parecía esperar con nerviosismo el veredicto. Álvaro se apoyó contra el respaldo de la butaca y miró a Onur, asintiendo.

—Es un trabajo extraordinario —lo felicitó y, en ese momento, sonrió de forma abierta—. De verdad, es increíble.

Onur sonrió complacido.

—Muchas gracias. Sabe que puedo modificar sin problema cualquier cosa que no esté a su gusto.

Álvaro negó.

—No, está todo perfecto. Las habitaciones son elegantes y muy amplias, la *suite* es impresionante, y el recibidor... —Ni siquiera encontró palabras para poder definirlo—. Los muebles que ha usado para decorarlo son...

—Son de una tienda de muebles con la que trabajamos mucho —respondió rápidamente—. Puedo pedirle presupuesto de los muebles.

Álvaro se giró hacia su hermana.

—Me gustan estos muebles —indicó, pues recordaba que su hermana había concertado una cita a las siete con uno de los grandes almacenes de muebles de la ciudad.

—A mí también —respondió ella sonriente.

Ambos asintieron.

—¿Podría pedir presupuesto de esos muebles?

—Claro —respondió con una gran sonrisa—, pero me temo que los presupuestos no los tendré hasta...

—No se preocupe —lo interrumpió—. De todas formas, nosotros volvemos mañana a Madrid. Cuando los tenga envíelos a mi ayudante. —Señaló a Natalia.

—Claro —respondió con rapidez—. Intentaré tenerlos para el mismo día que el notario me diga cuándo es la fecha.

—Estupendo —contestó con una gran sonrisa.

Natalia lo miró de reojo. Era la primera vez que lo veía hablar con tanta educación y felicidad, incluso su hermana lo miró fascinada.

—Envíele también el contrato final por sus servicios —añadió Álvaro.

Onur asintió con una gran sonrisa.

—Vamos a diseñar un impresionante hotel de lujo, ya verá.

—Estoy seguro de ello —respondió Álvaro, poniéndose en pie. Estrechó la mano de Onur y los tres lo siguieron por el pasillo.

Desde luego, otra cosa no, pero Ignacio había acertado con el hecho de que un buen polvo mejoraría el humor de su jefe.

Volvieron a despedirse todos estrechando sus manos y salieron del recinto.

Eran las siete menos diez de la tarde cuando se alejaron del despacho de arquitectura.

—No hace falta que vayas a ver los muebles.

—¿Seguro? —preguntó Laura buscando en su bolso el móvil—. No me importa ir y echar una ojeada. Nunca está de más.

—Me han gustado mucho los que ha puesto, eran modernos y se veían muy elegantes.

—Sí, a mí también —comentó Laura emocionada. Suspiró y cogió finalmente el móvil en su mano—. Pues decidido, que se encargue él del mobiliario. De todas formas, como hay que volver para la compraventa, siempre se puede ir y mirar más adelante si nos interesa. —Álvaro asintió mientras se situaba al lado de Natalia—. Pues voy a llamar para cancelar la visita —dijo alejándose un poco.

Álvaro se cambió el maletín de mano y se giró hacia Natalia mientras introducía una mano en su bolsillo.

—Veo que estás de mejor humor —bromeó ella.

—¿Por qué será? —continuó él divertido. Rio y miró un segundo a su hermana antes de volver a centrarse en ella—. Supongo que dirá de ir a cenar para celebrarlo...

—Lo imagino, pero ¿Ignacio? Antes me ha dicho que ya se encontraba mejor, que llevaba desde la mañana sin vomitar.

—¿Crees que estará bien para salir a cenar?

—Ammm... No sé, puedo preguntárselo —dijo buscando su móvil en el bolso.

En ese momento Laura volvió junto a ellos.

—Anulada —dijo guardando el móvil en su bolsillo—. ¿Vamos a cenar para celebrarlo? —preguntó eufórica.

—Natalia va a preguntarle a Ignacio cómo se encuentra para salir.

—Le voy a enviar un mensaje —explicó ella mientras tecleaba en el teléfono.

Álvaro miró hacia la carretera, buscando un taxi.

—Dile que podemos buscar un restaurante que esté próximo al hotel —pronunció con una sonrisa—. Así estaremos cerca.

—Claro —respondió Natalia.

Laura lo observaba con una extraña sonrisa.

—Sí que estás de buen humor, ¿eh? —Tanto Álvaro como Natalia miraron a Laura fijamente, sin pronunciar palabra—. Yo también estoy muy

ilusionada con este proyecto —comentó risueña, como si esa fuese la causa de la reciente felicidad de Álvaro.

—Sí... el proyecto es... increíble —acabó diciendo Álvaro. Miró de nuevo a Natalia—. ¿Ignacio responde?

—Está escribiendo —explicó ella mirando el móvil.

Laura se acercó y se cogió de la cintura de su hermano, rodeándolo con cariño.

—Ayer vi un restaurante que parecía estar bien en la misma calle que el hotel. Supongo que harán arroz o algo a la plancha —indicó.

Natalia les mostró el móvil.

—Dice que está mejor, que no ha vomitado más en todo el día. Se encuentra un poco cansado, pero si el restaurante está cerca, sí le gustaría venir a celebrarlo.

—Perfecto entonces —comentó Laura soltándose de Álvaro.

Natalia se acercó a la acera.

—Voy a buscar un taxi —dijo mirando la gran cantidad de vehículos que pasaban.

Una hora y media después todos se encontraban en el distribuidor del hotel. Ignacio tenía mejor color de cara, aunque se le notaba el cansancio.

—¿Estás mejor? —preguntó Laura a su lado.

—Sí, bastante mejor. Antes he bajado al bufé, a mediodía, y he comido un poco de arroz... parece que me ha sentado bien —explicó. Luego miró a Natalia—. Seguro que fue el café que nos tomamos el día que fuimos a comer. Cuando conocimos a Belma.

—¿Quién es Belma? —preguntó Álvaro.

Natalia cogió del brazo a Ignacio.

—La mujer que nos servía el café —rio ella, restándole importancia al asunto.

—Ah... —dijo Álvaro girándose hacia la puerta del hotel.

Natalia apretó el brazo de Ignacio.

—Ni se te ocurra explicarle nada, ¿eh? —lo amenazó.

—Vale, vale... —contestó de forma apresurada.

—Pues venga, vamos a cenar —dijo Laura mientras se cogía del brazo de su hermano, aunque Álvaro miró a Natalia y medio sonrió antes de

avanzar.

Aquello no pasó desapercibido para Ignacio, que miró a Natalia con una ceja enarcada mientras iniciaban el paso.

—¿Qué me he perdido? —preguntó con curiosidad.

Ella lo miró de reojo y se encogió de hombros.

—¿Qué te vas a perder? —bromeó ella—. Un montón de documentos, visitas a edificios, ver planos, reuniones con el arquitecto...

—No me refiero a eso —susurró Ignacio, y luego hizo un gesto con su cabeza hacia Álvaro, que caminaba por delante de él—. ¿Y esa sonrisa?

—¿Qué sonrisa? —disimuló ella.

Ignacio la escudriñó con la mirada hasta que una idea atravesó su mente.

—Belma tenía razón —comentó en un tono más elevado.

—Shhhhh... —lo previno Natalia.

—¿En serio? —preguntó entusiasmado—. ¿Ha ocurrido algo con Álvaro? Lo último que sé es que te colaste en mi habitación gritando como una energúmena que tenía un tatuaje del yin y el yang.

—¿Te quieres callar? —volvió a amenazarlo—. O al menos baja el tono, ¡caray!

—Venga, dime... —Luego miró a la espalda de Álvaro, que mantenía una conversación con su hermana—. La verdad es que está de muy buen humor... —Volvió una mirada suspicaz hacia ella—. ¿Esto tiene algo que ver contigo?

Natalia suspiró y se encogió de hombros. Miró a Ignacio durante unos segundos, sin saber muy bien qué responder a aquella pregunta.

—La verdad es que no lo sé —dijo con sinceridad—. Cuando me aclare te lo diré —concluyó.

—Pero ¿qué tienes que aclarar? —preguntó con ansiedad.

—Shhhh... calla —volvió a prevenirlo.

—No, quiero saberlo —continuó.

Laura se puso al lado de Ignacio y Natalia una vez que cruzaron la puerta, lo que hizo que ambos callasen al momento.

—Veis, ahí está el restaurante. —Miró directamente a Ignacio—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —pronunció—. Supongo que tendrán aseo, ¿no?

La cena había ido bien. Se habían divertido mucho, aunque el pobre Ignacio se había limitado a pedir arroz blanco y había comido más bien poco.

—¿A qué hora sale el avión mañana? —preguntó Laura mientras llegaban al hotel—. No lo recuerdo.

—A la una y cuarto del mediodía. Por la tarde ya estaremos en Madrid —explicó Natalia. Se situó al lado de Ignacio y lo miró con una sonrisa—. ¿Estás bien?

—Pues sí, creo que me ha sentado bien el arroz.

—Me alegro —comentó ella.

—Por cierto —dijo pensativo—, ¿y tu golpe en la cabeza?

—Ah —dijo como si lo recordase en ese momento mientras accedían a la recepción del hotel—, ni me acordaba. Ya no me duele. —Luego hizo un gesto gracioso—. Menudo viajecito, ¿eh? Hemos acabado lisiados los dos.

—Ya... pero creo que tú te has divertido más que yo —acabó con una amplia sonrisa mientras señalaba con un movimiento de cabeza hacia Álvaro, que caminaba por delante.

Llegaron hasta el ascensor y subieron los cuatro.

—Uy, ya son las doce —comentó Laura—. ¿Quedamos para desayunar mañana a las nueve? Podemos estar en el hotel hasta las once, ya que el avión no sale hasta la una y media, así que tenemos tiempo de sobra.

—Mejor quedamos a las diez —intervino Álvaro—. Así descansamos un poco más.

Laura lo miró un poco indecisa.

—Preferiría ir con calma...

Álvaro suspiró y asintió a la petición de su hermana, que miró directamente al resto para confirmar que estaban de acuerdo.

—Claro —respondieron Natalia y Álvaro mientras las puertas se cerraban.

Marcó ella misma el número tres y miró hacia el lado donde se encontraba Ignacio, aunque tuvo que controlarse cuando notó la mano de Álvaro en su trasero.

A su jefe le gustaba el riesgo, ¡vaya que sí! Le había plantado con descaro toda su mano en el trasero mientras charlaba animadamente con su hermana.

—¿Vendrás mañana a cenar con nosotros? —preguntó Laura.

—Sí, claro. —Luego hizo un gesto de agobio—. Recuérdame mañana que le coja algún regalo al peque en el aeropuerto, si no, luego se decepciona si el tito Álvaro no le lleva nada.

Laura comenzó a reír.

—Se pondrá contento de verte.

En ese instante, Álvaro apretó el muslo de ella. En un acto reflejo Natalia llevó su mano hacia atrás y dio una palmadita en la mano de él.

—Ayyy —se quejó Álvaro, apartando la mano del trasero de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

—Un calambre —dijo abriendo y cerrando la mano.

Menuda pieza, le había dado con todas sus ganas. No pudo evitar una risa floja.

—¿Y por qué te ríes? ¿Te hace cosquillas la mano?

—No precisamente —contestó él.

Las puertas del ascensor se abrieron y tanto Ignacio como Natalia salieron de él, aunque ella se giró con una gran sonrisa hacia Laura y su hermano. Álvaro arqueó una ceja, ya comprendía el porqué de su sonrisa.

—Nos vemos mañana. Buenas noches —comentó Laura antes de que las puertas se cerrasen.

Avanzaron por el pasillo e Ignacio extrajo su llave electrónica.

—¿Me vas a explicar qué ha ocurrido con Álvaro o no?

Ella siguió caminando hacia su habitación y le ofreció una mirada traviesa a Ignacio.

—No, creo que no —bromeó.

—Vamos, va... —insistió mientras abría la puerta de su habitación—. Solo dime si Belma acertó un poco en la lectura del poso de café.

—Ammm... —respondió. Se encogió de hombros y abrió también la puerta de su habitación—. Puede.

—¿Puede? ¿Qué significa eso? —Ella se encogió de hombros una vez más. Ignacio arqueó una ceja y se quedó pensativo, luego la observó intrigado—. ¿Le has visto más veces el tatuaje? —preguntó en tono socarrón.

Natalia puso los ojos en blanco y resopló. Ni loca pensaba responder a esa pregunta.

—Buenas noches, Ignacio —pronunció mientras entraba en su habitación.

—Oh, vengaaa... —se quejó su amigo—, no me dejes así.

—Que descaaaaanseeeee —canturreó mientras cerraba la puerta.

Se apoyó contra ella y respiró hondo. Aquello era de locos, ahora resultaba que a su jefe le iba marcha. ¿Cómo se le ocurría plantarle la mano en todo el trasero en medio del ascensor? ¿Se había vuelto loco? No pudo evitar reír al recordar la mirada sorprendida de él cuando había salido del ascensor rumbo a su habitación, tras el manotazo.

Sabía que aquello era una locura, que podía traer graves consecuencias, pero jamás se había sentido tan viva en toda su vida. Aquel jugueteo le encantaba y le divertía igual o más que a su jefe, pero ¿qué ocurriría cuando llegasen a Madrid y se reincorporase a su puesto de trabajo el lunes?

La idea hizo que resoplase mientras avanzaba hacia la cama. Se quitó la chaqueta y la depositó sobre la silla. Aquella tarde, antes de ir al despacho de arquitectura, se había dejado hecha la maleta e incluso había preparado la ropa para el día siguiente.

Se quitó las gafas y se masajeó los ojos.

Se desvistió, se puso su camisón y guardó la ropa que había vestido ese día en la maleta.

Natalia no podía dejar de preguntarse qué pasaría con su futuro. Razones para estar preocupada no le faltaban. Álvaro le había prometido que su puesto de trabajo no peligraba, y ella le creía, pero ¿y si aquello no salía bien? ¿Y si se trataba solo de un juego para él? ¿Podría resistirlo?

Se pasó la mano por el cabello, despeinándose, y fue hacia el aseo para desmaquillarse. Se pasó la toallita limpiadora por el rostro y gimió cuando lo hizo por encima del chichón. Cuando se apretaba por encima sí que dolía.

Salió del aseo justo cuando llamaron a la puerta. Podía apostar a que sería Ignacio para intentar sonsacarle información.

—Voy —dijo avanzando hacia allí, aunque cuando abrió se quedó totalmente pasmada.

Álvaro esperaba ante la puerta, se había apoyado en el marco y le sonreía de una forma poco cristiana. Ella tragó saliva y lo miró fijamente.

—Esto no es buena idea —repitió ella como si fuese su mantra, mirando

hacia los lados, aunque finalmente centró la mirada en él.

Álvaro colocó una mano en su cintura.

—No, no lo es —susurró él también mientras la empujaba al interior de la habitación y la besaba.

Vale, venga... de perdidos al río. No sabía qué ocurriría cuando llegase a la oficina, pero iba a aprovechar el momento. *Carpe diem*.

Se agarró a sus hombros mientras la hacía retroceder. Aquello era una locura, pero le encantaba.

Iba caminando hacia atrás cuando tropezó con el escritorio y la carpeta con documentos cayó al suelo.

—No —gimió ella.

—Déjala, luego la recogemos —resolvió él mientras la cogía por las caderas y la subía al escritorio—. No se va a mover de ahí.

Ella se separó de sus labios.

—Mucho has cambiado tú, ¿eh? —bromeó.

Álvaro paseó la palma de sus manos por las piernas de Natalia, internándose entre ellas.

—Qué va, siempre he sido así. —Le dio un beso y sonrió—. Solo que antes no gozábamos de tanta confianza —se burló.

«Ya, bendita confianza», pensó ella, mientras Álvaro se inclinaba para besar su cuello con delicadeza. Intentó mantener la cabeza fría. Lo mejor sería aclarar todo aquello. Ya se estaba enamorando de Álvaro y no quería sufrir por amor.

—Espera... espera... —Álvaro no respondía, sino que sus manos seguían ascendiendo rumbo a sus caderas—. Espera —dijo en un tono más alto.

Apartó los labios de su cuello y la miró intrigado.

—¿Qué pasa?

—Ammm... si... si no te importa... ¿podríamos hablar un momento?

—¿No podemos hablar luego? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—No, ahora —dijo colocando las manos en su pecho e intentando alejarlo, aunque no lo consiguió y resopló indignada. Se cruzó de brazos y lo miró fijamente—. ¿Qué va a pasar el lunes?

Aquella pregunta cogió desprevenido a Álvaro.

—¿Cómo que qué va a pasar el lunes? ¿Tenemos alguna reunión programada? —preguntó, y acto seguido le dio un beso en los labios.

—No —dijo ella apartándolo—. Me refiero a... —Álvaro le plantó otro beso, parecía que le divertía interrumpirla de aquella forma— a qué haremos... —otro beso más— nosotros. Ay, ¡estate quieto!

Él ladeó el cuello con una sonrisa.

—Pues habrá que trabajar —afirmó, como si fuese lo más obvio—, ¿o te crees que porque nos acostemos te voy a dar el día libre? —Subió y bajó las cejas repetidas veces en actitud bromista.

Ella suspiró.

—No me refería a eso. Me refería a... nosotros. —Se encogió de hombros.

Álvaro apretó los labios y sonrió con ternura.

—Ya, bueno... —comentó pensativo—, quizá lo mejor es que veamos qué tal va la cosa, ¿no? Como las personas normales —ironizó.

—Ya, pero es que... —dijo llevándose la mano a la frente.

—¿Te estás agobiando? —preguntó esta vez preocupado.

Ella suspiró y se sinceró.

—Un poco.

—¿Estás estresada por todo esto?

Ella asintió levemente, con bastante timidez. Álvaro se separó de ella y se cruzó de brazos, estudiándola, mientras Natalia se mordía el labio intimidada por la conversación.

—Bueno —dijo dando un paso hacia ella de nuevo. Colocó un brazo a cada lado de su cuerpo y sonrió mientras miraba los labios de ella—, no sería buen jefe si te agobiase —bromeó—. Así que voy a desestresarte. —La besó con pasión mientras volvía a abrazarla.

Octavo día de viaje.

Álvaro abrió los ojos lentamente. El sol se filtraba por un resquicio que quedaba entre las dos cortinas de la habitación. Durante unos segundos se sintió desubicado, aquella no era su habitación.

En ese momento lo recordó: la habitación de Natalia. Se giró y la observó dormida a su lado. Tenía la cabeza apoyada contra su hombro, su pierna lo atravesaba por encima de las rodillas y el brazo izquierdo se encontraba sobre su pecho.

Ahora mismo era su preso, sin escapatoria posible. Aquel pensamiento lo hizo sonreír y se movió para girarse hacia ella.

Pasó con delicadeza la mano por su mejilla, suavemente. Había pasado toda la noche con ella y se había quedado dormido allí sin darse cuenta.

Natalia ronroneó y abrió los ojos, aunque su primer gesto fue de sorpresa al encontrarse a pocos centímetros con los ojos color miel de Álvaro.

—Buenos días —canturreó él.

Ella permaneció conmovida unos segundos más, hasta que una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Buenos días.

Álvaro se acercó y la besó.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó él, dejando caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

—Muy bien, ¿y tú?

—Estupendo —respondió con una sonrisa.

Ella le sonrió más mientras se subía la sábana.

—¿A qué hora habíamos quedado para desayunar? —preguntó Natalia pasándose la mano por los ojos.

—A las nueve.

—¿Y qué hora es? —ronroneó ella.

Álvaro se giró, cogió el móvil y lo observó.

—Las nueve y media —dijo incorporándose de golpe sobre la cama.

—¿Las nueve y media? —preguntó ella, levantándose como si la cama

tuviese un resorte; cogió la ropa interior tirada por la habitación y se la puso —. Por Dios, tu hermana debe estar preocupada.

Álvaro se levantó también de la cama y comenzó a vestirse con urgencia.

—Apuesto a que ha ido a buscarme a la habitación —dijo poniéndose los pantalones.

—Ya —contestó ella de malas formas—. ¿Y ahora qué? —preguntó—. Queda un poco sospechoso que los dos llegemos tarde, ¿no?

—Ammm... —dijo subiéndose la cremallera de los pantalones. Luego cogió la camisa y se la puso, aunque se fijó en que Natalia miraba su tatuaje insistentemente—. Deja de mirarme el tatuaje, no va a desaparecer por más que lo mires. Y vístete —ordenó.

Natalia fue hasta la silla y cogió la ropa que había dejado preparada para aquel día. Se estaba poniendo los pantalones cuando se giró hacia él.

—Oye... mmm... ¿vas a decírselo a tu hermana? —preguntó con cierta timidez.

Álvaro enarcó una ceja mientras se abrochaba los botones de la camisa.

—¿Que me acuesto con mi ayudante? —bromeó—. No. Creo que, de momento, esto es algo entre tú y yo, por mucho que sea mi hermana.

Natalia cogió la camiseta azul y estaba poniéndosela justo cuando escucharon que llamaban a su puerta.

—¿Natalia? ¿Estás ahí?

Ambos reconocieron la voz de Laura al otro lado de la puerta.

—Joder —dijo Álvaro, recogiendo el resto de la ropa que había por el suelo. Natalia se movió corriendo hacia el otro lado de la habitación y recogió también la suya.

—¿Natalia? —insistió la voz de Laura—. ¿Estás ahí? ¿Estás bien?

—¿Qué hago? —gimió ella hacia Álvaro.

—No abras.

—¿Cómo que no abra? Se va a preocupar más aún; además, seguro que ha ido a tu habitación. —Miró hacia los lados y señaló el aseo—. Métete ahí.

Álvaro cogió otro de sus calcetines, los zapatos, la chaqueta, resopló, fue al lavabo y se encerró en él.

Natalia, agobiada, se pasó la mano por la cara y fue hacia la puerta.

—Sí, perdona, Laura, ya voy.

Fue por el pasillo echando la mirada atrás, asegurándose de que ninguna prenda de Álvaro estaba esparcida por el suelo, y abrió la puerta con una sonrisa.

—Hola —respondió con naturalidad.

Laura la miró de los pies a la cabeza.

—¿Te acabas de despertar? —preguntó asombrada, pues Natalia tenía cara de dormida—. Tienes las marcas de la sábana aún en la cara.

—Sí, perdona...

Laura la miró sin comprender.

—Ignacio y yo os estamos esperando abajo desde las nueve. —Luego se llevó la mano al corazón—. Me tenías preocupada. Por cierto, ¿sabes dónde está mi hermano? No está en su habitación.

Ella la miró confundida, disimulando.

—¿Álvaro? —Se encogió de hombros—. Ni idea. —Luego puso las manos en su cadera—. Pero, oye, ¿no habíamos quedado a las diez? —disimuló de nuevo.

—No, a las nueve —le recordó Laura.

—No, dijimos a las diez. Álvaro dijo a las diez —repitió, como si hubiese sido una confusión. Se giró hacia la habitación y señaló—. Me estoy acabando de preparar la maleta.

Laura resopló y miró de un lado a otro con cierta impaciencia.

—¿Y Álvaro dónde se ha metido? —preguntó desesperada.

—A lo mejor ha salido a dar un paseo —respondió con inocencia—. Ya te digo, yo creo recordar que se dijo de ir a desayunar a las diez, de hecho, me puse el despertador a las nueve y cuarto... —volvió a disimular.

Laura la miró extrañada esta vez.

—Pues yo juraría que dijimos a las nueve. —Se quedó pensativa.

—No te preocupes, a lo mejor ha salido a dar un paseo o a comprar algo. Ya es mayorcito —ironizó ella.

—Ya, bueno... —dijo Laura cruzándose de brazos—, pues... voy a llamarlo al móvil otra vez.

Ella enarcó una ceja.

—¿Lo has llamado?

—Sí, pero no responde —dijo sacando el teléfono del bolsillo.

—Ammm... Bueno, yo voy a acabar de hacer la maleta y enseguida bajo, ¿de acuerdo? —comentó a Laura al ver que marcaba los números sobre la pantalla del teléfono.

—Vale —respondió ella.

Natalia cerró la puerta de inmediato sin despedirse de Laura y salió corriendo hacia el baño. Solo le faltaba que comenzase a sonar el móvil de Álvaro. Llegó al aseo justo cuando Álvaro abría desde el otro lado y le mostraba el móvil, donde aparecía el nombre de su hermana.

—Dile que has ido a pasear, que vas ya hacia el comedor —susurró ella.

Álvaro resopló y se llevó el teléfono al oído mientras abría la puerta del pequeño balcón de la habitación de Natalia y salía para que se escuchase ruido.

—Hola, Laura —respondió mientras Natalia cerraba la puerta del balcón para que no se escuchase su voz en la habitación—. Sí, he salido a dar un paseo, quería comprarle algo al peque para dejarlo ya hecho, pero por aquí no hay ninguna tienda de muñecos. —Dicho esto, se encogió de hombros mirando a Natalia.

Ella se giró y fue directa al aseo. Se refrescó la cara mientras seguía escuchando de lejos a Álvaro hablar con su hermana.

—Sí, habíamos quedado a las diez —dijo Álvaro, intentando confundir a su hermana—, o al menos eso recuerdo.

Estaba claro que había escuchado la conversación entre ellas dos, porque estaba poniendo la misma excusa.

—Voy de camino, ve sirviéndome un café —bromeó él.

Natalia fue hacia la maleta y guardó el camisón.

Finalmente, se giró cuando Álvaro golpeó el cristal para que le abriese la puerta del balcón y poder así acceder a la habitación.

Natalia fue de inmediato.

—¿Se lo ha creído? —preguntó ella.

—Creo que sí —dijo yendo hacia el aseo, donde había dejado la chaqueta—. Voy a mi habitación, me cambio de ropa y bajo al comedor.

—De acuerdo —contestó ella—. Yo ahora me daré una ducha rápida.

Álvaro la contempló y sonrió divertido.

—Menuda aventura —bromeó.

—A mí no me hace mucha gracia —protestó ella.

—A mí sí —rio él.

—Te gusta el riesgo, ¿eh?

Dio unos pasos hacia ella y la besó.

—No lo sabes tú bien —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Nos vemos abajo.

—De acuerdo.

Abrió la puerta y se quedó totalmente helado. Su mirada se encontró directamente con la de su hermana, que, al principio, pareció no entender nada, aunque abrió los ojos como platos. Tenía la mano levantada formando un puño, como si estuviese a punto de llamar otra vez a la puerta de ella.

—¡Álvaro! —gritó Laura realmente sorprendida.

—¡Laura! —gritó él imitándola, aunque de una forma bastante graciosa, como si en aquel momento le diese un poco igual que lo hubiesen pillado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin salir de su asombro.

Él ladeó la cabeza y sonrió de medio lado.

—He ido en busca de un peluche para mi sobrino y me he colado por la ventana de Natalia para volver al hotel. Me apetecía hacer escalada.

Laura enarcó una ceja y echó la vista atrás para observar a Natalia, que permanecía paralizada al final del pasillo.

—¿Ha estado aquí todo este rato? ¿Por qué me has mentido? —preguntó hacia ella.

—No le eches la culpa a Natalia —intervino Álvaro—. Le he pedido yo que no te dijese nada. —Laura lo escudriñó con la mirada—. ¿No tengo derecho a la intimidad o qué? —preguntó cruzándose de brazos.

—Sí, claro que sí, pero... pero... —balbuceó ella.

—Pues ya está —dijo en un intento de zanjar la conversación—. A ver si ahora también tengo que informarte de en dónde paso la noche...

—¡¿Has pasado la noche aquí?! —preguntó en un tono más elevado, cada vez más asombrada.

Álvaro parpadeó varias veces, incrédulo por la pregunta de su hermana, y la interrogó con la mirada.

—¿Te habías creído lo de que he trepado por la ventana? —rio como si

no diese crédito.

Laura resopló y luego inspiró intentando calmarse. Aquello la había pillado totalmente desprevenida. Había acudido a la habitación de Natalia para explicarle que ya había hablado con Álvaro y que se dirigía al hotel, pero su sorpresa había sido mayúscula cuando, al abrir la puerta, se había encontrado a su hermano justamente ahí, con ella.

Puso los ojos en blanco y se alejó de ellos bastante nerviosa. Se sentía violenta ante la situación, no solo porque su hermano hubiese pasado la noche con su ayudante, sino también por el momento en que los había pillado *in fraganti*. Además, se sentía un poco dolida con su hermano y con su amiga. Ambos le habían mentido.

—Eh, venga, Laura... —dijo Álvaro corriendo tras ella, aunque antes de salir tras su hermana echó una última mirada a Natalia, que aún estaba paralizada al inicio del pasillo de su habitación—. No te molestes por esto.

—¿Y cómo quieres que me lo tome? —preguntó mientras se dirigía al ascensor. Pulsó el botón y se giró hacia su hermano, que se situaba frente a ella. Apretó los labios y lo miró desquiciada con la situación—. ¿Cuánto hace que estás con ella? —preguntó molesta.

Álvaro se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

—¿Sinceramente? —preguntó, luego chasqueó la lengua—. Desde ayer. Fue culpa de las gafas.

—¿Qué? —gritó abochornada.

—Las gafas de ver que se puso —remarcó él continuando con la broma, intentando quitarle hierro al asunto, pues su hermana parecía muy ofendida. Laura puso los ojos en blanco y suspiró—. Por eso no te había dicho nada, ¿qué quieres que te cuente? —preguntó elevando los brazos—. Ni siquiera sé... —resopló ante la mirada pensativa de su hermana— si va a funcionar o no. —Ladeó la cabeza y la miró muy serio—. Natalia me gusta, me gusta muchísimo.

En ese momento ambos giraron la cabeza hacia un lado. Ignacio los observaba con la mandíbula desencajada. Los miró a los dos con los ojos muy abiertos y pasó en dirección a la habitación.

—Ah... ummm... Buenos días —susurró, sin saber cómo reaccionar ante lo que había escuchado durante aquel último minuto.

Álvaro resopló desquiciado por la situación y miró a su hermana. Lo que le faltaba, ahora Ignacio también lo miraba intrigado; aunque avanzaba hacia su habitación, lo hacía a paso lento, echando miradas furtivas hacia atrás en un intento de enterarse de más cosas.

—Pues será mejor que te aclares. Trabaja para nosotros y, ahora, concretamente para ti. —Colocó el dedo en su pecho—. No quiero complicaciones ni tonterías. Nos estamos jugando mucho como para echarlo ahora todo a perder.

Álvaro la miró asombrado por sus palabras.

—¿Complicaciones? —preguntó—. ¿Y qué complicaciones va a haber? —Se cruzó de brazos con la mirada fija en su hermana. Aquellas palabras le sentaron mal—. Trabajo día y noche sin descanso para que tú puedas disfrutar de tu hijo, asumiendo más trabajo del que puedo y a costa de mi tiempo libre, y ahora que parece que las cosas me comienzan a ir bien y tengo a una chica cerca que... me gusta, ¿lo único que se te ocurre decir es que tú no quieres complicaciones ni tonterías?

—Eh, no saques las cosas de contexto...

—¿Y cómo se supone que me tengo que tomar las palabras que acabas de decir?

Ella lo señaló.

—Sabes que no iba por ahí. Es solo que... —se acercó un poco más a él—, ¿no te das cuenta de que si lo vuestro no funciona puede traer complicaciones?

Las puertas del ascensor se abrieron y Álvaro entró directamente.

—Al menos lo habré intentado.

Laura suspiró y miró en dirección al pasillo, donde la puerta de la habitación de Natalia seguía abierta e Ignacio miraba desde su propia puerta en su dirección, sin dar crédito a lo que escuchaba.

Laura subió al ascensor.

—Oye, sabes que Natalia me encanta —continuó Laura. Álvaro pulsó la octava planta—. Solo digo que... —se mantuvo unos segundos callada mientras las puertas del ascensor se cerraban— mantener una relación con una empleada puede ser... peligroso.

—No tengo ninguna relación seria con ella —confesó su hermano—.

Simplemente ocurrió... y no me arrepiento de ello.

Ella se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—¿Y no crees que eso es algo que deberías hablar con ella?

Álvaro ladeó el cuello.

—Ummm... Laura, sabes que te quiero... muchísimo —ella enarcó una ceja—, pero no tengo quince años y ella tampoco. Tengo treinta y uno, dos años más que tú. —Luego hizo un gesto gracioso con su rostro—. Trata con un poco más de respeto a tu hermano mayor.

Laura se llevó la mano a la frente y la arrastró por su rostro.

—Lo que hay que oír —susurró más para ella que para él—. Más te vale que aclaréis esto, porque Natalia es una de las mejores empleadas que tenemos y además muy buena amiga mía.

—¿Sí? Pues creo que deberías hablar con ella tú también —le echó en cara mientras las puertas del ascensor se abrían al llegar a la octava planta—. Quizá se ha podido tomar a mal tu reacción al saber que me he acostado con ella —acabó diciendo.

Una tos intencionada hizo que ambos mirasen hacia delante. Una pareja mayor se planteaba entrar en el ascensor e, indudablemente, también habían escuchado aquellas últimas palabras, porque parecían escandalizados.

Lo que le faltaba, a este paso iba a enterarse todo el hotel.

Salió del ascensor y buscó la tarjeta electrónica en su bolsillo mientras se dirigía a su habitación seguido por Laura.

—Es que me he quedado muy sorprendida —se excusó ella.

Álvaro introdujo la tarjeta en la rendija y abrió la puerta.

—No has reaccionado bien —enfaticó su hermano. Se giró y le ofreció una sonrisa forzada—. Será mejor que hables con ella, no quiero problemas —repitió la frase de su hermana, lo que hizo que ella frunciese el ceño—. Te lo repetiré una vez más, Natalia me gusta, me gusta mucho, me hace reír, me divierte y es preciosa. Y ella parece que también está a gusto conmigo, así que no pienso renunciar a ella. Y tú... —la señaló— deberías alegrarte por eso.

—Sí, si me alegro, es solo que... —suspiró y lo miró de reojo— es una situación complicada.

—Yo no veo que sea complicada, en absoluto. Parece mentira que no me conozcas.

Ella le ofreció una sonrisa tirante.

—Ya, ejem... recuerdo a Elena, a Sonia, a Nerea, a Sandra...

—Ella es diferente —la cortó su hermano.

—Pues más te vale, porque no quiero perderla —acabó diciendo.

Álvaro avanzó despacio hacia su propia habitación, consternado por las últimas palabras de su hermana. ¿Que no quería perderla? ¡Él sí que no quería perderla!

Sabía que a su hermana no le faltaba razón, que en cierto modo era cierto que la situación era compleja, pero si algo tenía claro era que jamás había estado más seguro de algo. Estaba enamorado de Natalia e iba a hacer todo lo posible para que aquello funcionase y, a poco que pudiese, pensaba dejarlo todo bien claro con ella. Ahora que su hermana lo sabía, e intuía que Ignacio también, no había motivo para esconder su relación. Hablaría con ella seriamente.

15

Natalia se removió incómoda mientras esperaba en la cola para embarcar, justo detrás de Álvaro y Laura. Se había mantenido callada durante todo el rato y, por primera vez, Álvaro era el que más hablaba, con total naturalidad, como si aquella situación no fuese con él. Aunque tenía mucha confianza con Laura, el hecho de que ella se mantuviese en silencio la intimidaba más de la cuenta. ¿Cómo reaccionar? Había escuchado la conversación que habían mantenido en el pasillo hasta que los dos hermanos habían subido al ascensor. En ese momento había sido consciente de que lo que había ocurrido entre ellos dos no había sido bueno. Ella debía trabajar con los dos y ni siquiera tenía claro cómo actuar ante ellos.

—Espero que Onur no tarde mucho en concertar la visita con el notario —dijo Álvaro mientras entregaba su DNI y su billete de vuelo a la azafata—. Cuanto antes formalicemos la compraventa, antes podremos comenzar a hacer obras. —Laura le sonrió con cierta timidez y asintió sin decir nada más. Esa actitud mantenía a Álvaro intrigado, suponía que aquello la había pillado por sorpresa más de lo que esperaba, pero tampoco iba a imaginar que su hermana fuese a mantenerse tan callada. Cogió su DNI de nuevo y esperó a que Laura cruzase también la entrada. Se acercó a ella antes de que Natalia e Ignacio los siguiesen—. ¿Se puede saber qué te pasa? —Laura chasqueó la lengua y se encogió de hombros—. ¿A qué viene esta actitud?

—Es que... —Miró de reojo a Natalia, que en ese momento entregaba el DNI a la azafata para que comprobase los datos con los del billete—. ¿Has hablado ya con ella?

—¿Cómo que si he hablado ya con ella?

—Es que no sé a qué atenerme...

—¿Atenerte?

—¿Es algo serio? —preguntó directamente—. ¿Es una tontería de una noche?

Álvaro resopló.

—Creo que ya te lo he dejado claro antes —ironizó.

—Ya, pero ¿lo has aclarado con ella? —insistió—. Porque esto no es solo cosa tuya y de ella. Además de ser mi mejor trabajadora, es mi amiga. Es... —se removió incómoda—, es un poco incómodo para mí hasta que no lo aclaréis bien.

Álvaro resopló. Había pensado en decirle a Natalia de quedar aquella misma noche para ir a cenar, algo formal con ella, pero ahora, con Laura e Ignacio al corriente de la situación, se veía forzado a aclarar aquello de forma precipitada. Sabía que su hermana tenía razón, se ponía en la piel de ella y la situación era un poco complicada. Sabía que eran grandes amigas, pero, si aquello no funcionaba, podía repercutir también en la relación de amistad que había entre ellas.

Álvaro suspiró, puso los ojos en blanco y miró a Natalia mientras se acercaba a ellos seguida por Ignacio.

Se colocó el peluche que había comprado a su sobrino bajo el hombro y les señaló hacia delante.

—Vamos al avión —ordenó directamente.

Desde aquella mañana todos tenían un comportamiento extraño, incluso Ignacio se mantenía más callado de la cuenta y, pese a que él intentaba dar algo de naturalidad a la situación, todos parecían intimidados por ella.

Avanzaron por el pasillo, accedieron al avión y se internaron en los estrechos pasillos.

Álvaro colocó el peluche y el maletín en el cajón superior y miró a su hermana.

—Pasa —le indicó, para que se sentase al lado de la ventana. Se colocó al lado de ella, sin sentarse, para dejar pasar a Natalia y que se acomodase en el asiento de atrás y, justo cuando Ignacio llegaba hasta él, volvió a salir al pasillo, interrumpiendo el paso—. Siéntate con mi hermana —le pidió, aunque no esperó respuesta y se sentó en el asiento de atrás junto a Natalia, ante la mirada tímida de ella.

Ignacio no dijo nada, simplemente se sentó donde le habían dicho y se puso el cinturón.

Álvaro hizo lo mismo y suspiró mientras apoyaba la cabeza en el asiento y cerraba los ojos unos segundos, ante la atenta mirada de Natalia.

No pronunció palabra alguna hasta que el avión cogió velocidad en pista, se elevó y se estabilizó. Natalia permanecía mirando por la ventana y, de vez en cuando, echaba una mirada furtiva hacia él.

En realidad, las reacciones de todos lo estaban volviendo medio loco. Álvaro se acercó levemente, lo que hizo que ella lo mirase enarcando una ceja.

—Bien, vamos a hablar —pronunció Álvaro en un tono bajo para que Laura e Ignacio no los escuchasen. En ese momento, el pitido anunciando que podían quitarse el cinturón lo interrumpió. Resopló un poco alterado y miró de nuevo a Natalia, la cual esperaba nerviosa que Álvaro reanudase la conversación—. ¿Cómo estás?

Aquella pregunta la sorprendió, aunque sabía a lo que se refería y se encogió de hombros.

—Bien, supongo —susurró ella. Luego hizo un gesto de duda con su rostro y señaló el asiento delantero, donde se encontraba Laura—, pero creo que no se lo ha tomado muy bien —susurró tan bajito que a Álvaro le costó escucharla—. Ya te dije que no quiero que esto repercuta en el trabajo ni en...

—Shhh... —dijo Álvaro. Pasó la mano por encima del reposabrazos y cogió la de ella—. No se lo ha tomado a mal —respondió en el mismo tono de voz que ella—, es solo que le ha sorprendido...

—Bueno, eso es normal, hasta yo lo estoy —acabó diciendo ella.

Aquel comentario le hizo gracia y lo relajó.

—Creo que lo mejor sería que aclarásemos esta situación.

Natalia enarcó una ceja y se quedó observándolo. Álvaro permaneció callado, sin decir nada más, lo cual la enloqueció un poco.

—¿A qué te refieres?

Él apretó un poco más su mano.

—A nosotros dos. —Esta vez sonrió—. Creo que mi hermana estaría mucho más tranquila si supiese a lo que atenerse con nosotros. —Natalia seguía con una ceja alzada—. Y, sinceramente, yo también. —Miró un momento hacia delante para asegurarse de que ni Ignacio ni Laura los observaban o escuchaban la conversación.

Natalia lo imitó con los nervios a flor de piel. ¿Qué significaba aquello?

Notó cómo el corazón se le aceleraba y la boca se le secaba.

Álvaro se volvió hacia ella.

—Creo que ya lo sabes, pero... me gustas muchísimo, Natalia. —Ella abrió los ojos de par en par. ¿Álvaro se le iba a declarar? ¿Habría otro «pero» después?—. Y me gustaría intentar algo serio contigo si te parece bien.

Ella tragó saliva y medio sonrió.

—Eres... eres mi jefe.

—¿Y? —preguntó como si no comprendiese el problema—. ¿Acaso vas a dejar de regañarme? ¿O de gritarme?

—Yo no te grito —protestó ella.

—A ver, un poco sí, ¿eh? —bromeó él más divertido—, pero eso es lo que más me gusta de ti. —Ladeó el cuello—. Además de esas gafitas. Por favor, no te pongas más las lentillas.

Ella lo miró divertida.

—Ya, claro... —continuó con el mismo tono que él—. Creo que si voy con gafas al trabajo, mucho no vas a trabajar.

Álvaro rio e hizo un gesto no muy seguro.

—Bueno, ¿te parece bien? —preguntó acariciando su mano—. Podríamos ir a cenar esta noche —propuso.

Natalia lo observó con una sonrisa. La verdad era que aquel viaje le había permitido descubrir una parte de Álvaro que no conocía del todo, y eso era algo que le encantaba. Le gustaba lo luchador que era, como se preocupaba por todos y aquella faceta cariñosa y alocada que mostraba de vez en cuando.

Sabía que, si aquello no funcionaba, podía tener consecuencias nefastas, no solo por el hecho de acabar la relación en sí, sino porque además trabajaban juntos, pero ¿de verdad iba a negarse la oportunidad de conocer el amor? ¿Y si él había sido desde el principio el hombre de su vida? Su futuro. Su felicidad.

Las palabras de Belma volvieron a su mente:

Estás rodeada siempre de gente, pero... ninguna que te llene de verdad. Pero veo que muy pronto lo encontrarás. Eres una persona muy equilibrada, eres como el yin, pero necesitas a tu yang para estar completa. Veo... veo que ese símbolo aparece en tu vida y te da serenidad y amor. Dentro de muy poco se acabará tu soledad y todo te va a ir muy bien.

Pronto encontrarás a tu yang para sentirte equilibrada y feliz.

Él era su yang y, de hecho, el tatuaje que llevaba en su brazo lo confirmaba. ¿Habría tenido Belma razón? Por el momento no lo sabía, pero no se quedaría sin averiguarlo.

Asintió y sonrió a Álvaro.

—Claro, me encantaría. —La sonrisa de Álvaro se ensanchó—. Pero ¿no ibas a cenar en casa de tu hermana para ver a tu sobrino?

Álvaro chasqueó la lengua y asintió.

—Es verdad... —susurró.

Ambos miraron al frente cuando Laura apareció entre los dos asientos.

—¿Y por qué no se viene a cenar con nosotros? —propuso emocionada.

—¿Por qué eres tan cotilla? —preguntó su hermano tras la interrupción de ella.

Laura se encogió de hombros con una sonrisa y miró a Natalia con alegría.

—A las seis en mi casa. Víctor cena pronto y a las ocho lo acuesto, así cenamos luego nosotros. ¿Os parece bien? —preguntó entusiasmada.

Álvaro miró a Natalia con emoción, esperando una respuesta.

—De acuerdo —respondió Natalia, feliz.

Desde luego, aquel había sido un viaje de lo más extraño. Peleas, gastroenteritis, un pelotazo en la frente, adivinas que leían el futuro en un poso de café, encuentros subidos de tono... Un viaje, además de extraño, bien completo. Había salido de Madrid soltera y volvía con pareja de Estambul.

—¿Segura? —insistió Álvaro—. Tampoco te sientas obligada.

—No me siento obligada —respondió de forma apresurada—. ¿Sabes? Belma tenía razón —apuntó divertida.

—¿Belma? —preguntó—. ¿La que os sirvió el café por el que Ignacio se puso malo?

Ella le dio unos golpecitos en la mano, mucho más relajada.

—En realidad, me leyó el poso del café. —Aquello hizo que él la mirase con curiosidad—. Me dijo que encontraría a mi yang en este viaje.

Álvaro rio.

—Ya, tu yin yang, ¿no? —En ese momento fue consciente y la miró con

los ojos muy abiertos, comprendiendo el sentido de aquellas palabras—. ¿En serio? ¿Por eso te pusiste así cuando viste mi tatuaje? —preguntó elevando el tono. Luego la interrogó con la mirada, rememorando en aquel momento todo lo que había ocurrido—. ¿No me dijiste que te ponía tan nerviosa el tatuaje porque te recordaba a tu ex? —preguntó algo molesto.

Natalia puso su espalda recta al darse cuenta de su error.

—Ups...

—¿Cómo que «ups»? —preguntó sorprendido.

Tres semanas más tarde.

Esta vez estaba disfrutando mucho más de Estambul. Aunque solo eran tres días los que iban a estar allí, no tenían que trabajar tanto. Habían llegado el día anterior por la noche. Se habían alojado en el mismo hotel que la primera vez, aunque, en esa ocasión, ambos en la misma habitación.

Aquella misma mañana habían firmado a primera hora la escritura de compraventa por el edificio con el notario, y ahora podían disfrutar de toda la tarde del viernes, sábado y domingo antes de coger el vuelo rumbo a Madrid. Aquella tarde solo debían pasarse a las cinco por el despacho del arquitecto para que les enseñasen el proyecto finalizado y dar los últimos retoques, a duras penas un par de horas. Después tenían pensado visitar todo lo que no habían podido ver en el anterior viaje.

—De acuerdo —confirmó Álvaro mientras depositaba su café sobre la mesa—. Pues mañana visitamos a primera hora el Palacio Topkapi y luego, por la tarde, podemos hacer el recorrido en barco por el Bósforo.

Ella asintió emocionada. Esas últimas tres semanas habían sido las mejores de su vida. Incluso Laura estaba emocionada con aquella relación, pues el carácter de Álvaro había mejorado ostensiblemente. Era increíble cómo, ciertamente, el amor podía cambiar a una persona. Álvaro siempre estaba de buen humor, con una sonrisa, y aunque seguía muy estresado por el trabajo, al menos podía desahogarse con ella.

—Y el domingo podríamos visitar el Bazar de las Especies antes de ir al aeropuerto —propuso ella.

—El vuelo no sale hasta las ocho de la tarde, así que tenemos casi todo el día para disfrutar y pasear —comentó divertido.

Natalia dio otro sorbo a su café y lo depositó en la mesa justo cuando reconoció a Belma dirigiéndose hacia ellos.

—Uy. —Se puso en tensión de golpe.

Álvaro la miró sin comprender.

—¿Qué pasa?

Ella señaló a la mujer que se acercaba con una sonrisa.

—Es Belma —explicó con timidez.

Álvaro puso los ojos como platos y luego miró a la mujer con una sonrisa.

—¡Genial!

—¿Cómo que genial? —preguntó ella asombrada.

Belma cogió los dos vasitos vacíos de café y les dio la vuelta, luego les sonrió.

—Me llamo Belma, puedo leerlos el futuro si lo deseáis...

—No, no —gimió Natalia.

Belma la miró y sonrió con picardía.

—Nosotras nos conocemos, ¿verdad?

Natalia le sonrió y asintió.

—Sí, me leyó el poso hace menos de un mes.

Belma cogió una silla y se sentó directamente en la punta de la mesa cuadrada, con total confianza.

—Sí, pero estabas con otro chico, ¿verdad? —le recordó.

—Un compañero de trabajo... Ignacio —explicó a Álvaro.

—¿Y qué tal ha ido?

Ella miró a Álvaro con bastante timidez.

—Acertó. En todo —confirmó ella.

Belma rio divertida y miró a Álvaro.

—¿Quiere que le lea el poso? —Miró a Natalia—. A ti, cariño, si ya te lo leí, es mejor esperar más tiempo.

—Ummm... Claro, no hay problema —comentó ella.

—Sí, sí —respondió él rápidamente. Luego ofreció una gran sonrisa a Natalia, la cual suspiró.

—De acuerdo —dijo Belma cogiendo su vasito—. ¿Cuál es tu nombre?

—Álvaro.

—Bien, vamos a ver, Álvaro —comentó ella girando el vasito para observar el interior—. Uhhh... parece que estás en un momento muy feliz de tu vida —dijo con una gran sonrisa—. Tienes muchas responsabilidades...

—Sí —confirmó con rapidez, y miró emocionado a Natalia.

—Pero veo que has hecho un cambio en tu vida. —Se quedó observando el vasito—. Sabes canalizar mucho mejor el estrés, lo gestionas

mucho mejor. Has... has encontrado a una persona que te llena plenamente y que te hace ver la vida de otro color.

Álvaro sonrió y guiñó un ojo a Natalia.

—Veo que tienes muchas cosas en la cabeza, no solo sobre el trabajo, piensas mucho sobre tu futuro... —Él se encogió de hombros—. Te planteas muchas veces si haces lo correcto o no. Te cuestionas, pero siempre intentas hacer lo mejor para todos.

Álvaro sonrió a Natalia y señaló a Belma.

—Me gusta, me ha calado en todo —bromeó.

—Oh... veo... —interrumpió Belma con una sonrisa— que uno de tus mayores deseos se va a hacer realidad. Seguramente el año que viene tendrás un hijo.

Álvaro y Natalia pusieron la espalda recta.

—¿Un hijo? —interrumpió él.

—Sí, además se ve muy claro —comentó ella.

Tanto Natalia como Álvaro se miraron consternados por lo que acababa de decir.

—Vas a ser muy feliz, ya verás. Todo te va a ir muy muy bien.

Natalia abrió el bolso y, cuando Belma depositó el vasito sobre la mesa, le entregó un billete.

—Muchas gracias —comentó Natalia mientras Belma se guardaba el billete en el bolsillo.

—Me alegro mucho de haberte vuelto a ver. No pasa muy a menudo.

—Igualmente —respondió Natalia antes de que Belma se alejase.

Giró su rostro hacia Álvaro, el cual se había quedado en estado de *shock* tras las revelaciones de Belma. Aquella mujer era fascinante.

—Guauuu —reaccionó Álvaro, impresionado por lo que le había dicho la mujer.

Natalia ladeó la cabeza y lo miró, enarcando una ceja.

—Bonito deseo —se burló ella.

Álvaro la escudriñó con la mirada.

—¿Y qué pensabas? Me gustaría casarme, tener una casa, un perro, un par de hijos, ¿o es que a ti no te gustaría casarte algún día?

Ella tragó saliva y se encogió de hombros.

—Sí, supongo.

Álvaro enarcó una ceja en su dirección y se puso en pie mientras dejaba el dinero de los cafés sobre la mesa, a la que rápidamente acudió un camarero.

—Vamos —dijo colocándose a su lado mientras se abrochaba la chaqueta—, ya es casi la hora de reunirnos con Onur. —Natalia se puso en pie y colocó el bolso en su hombro—. Además, me gustaría casarme en diciembre o en enero...

Natalia lo miró sorprendida.

—¿Con todo el frío?

—Sí, es mucho mejor. ¿Tú sabes el calor que se pasa con traje en verano? —comentó mientras iniciaban la marcha por la calle. Pasó su brazo por encima de los hombros de ella, acercándola—. ¿A ti qué te gusta más?

—Pues de siempre me ha gustado más el verano —comentó ella, colocando un brazo por detrás de su espalda para cogerse—. Pero supongo que tienes razón en eso, con el tema del traje debe ser agobiante.

—Vale, pues entonces enero. —Natalia lo miró de reojo.

—¿Enero?

—Sí, vale... —bromeó él—. Me casaré contigo, no insistas más.

Natalia rio y golpeó su hombro.

—Yo no te insisto, guapito.

—¿Cómo que no? —siguió él con la broma—. Deja ya de suplicar, ya te he dicho cien mil veces que sí, que me casaré contigo el próximo enero.

—Que yo no suplico... —dijo ella en el mismo tono.

—Cinco años contigo en la oficina, dándome la vara con que me casase... Pues nada, ya lo has conseguido. Me casaré.

Natalia lo miró fijamente.

—Estás como una cabra. Y que sepas que esa no es forma de pedir matrimonio —continuó ella—. Al menos sé un hombre y pídemelo correctamente.

—Pero si yo no quiero... eres tú —continuó con la broma.

Ambos giraron la esquina mientras reían.

—De verdad, no hay quien se aclare contigo —rio ella.

Lo cierto era que lo que Belma le había dicho no la asustaba, todo lo

contrario. Pensar en un futuro con Álvaro era lo que la hacía más feliz y estaba segura de que ambos lo conseguirían.

—Entonces, ¿en enero? —insistió él—. Nos quedan aún siete meses para prepararlo todo.

—Eh, ¿quién suplica ahora? —preguntó ella divertida mientras se abrazaba más a él.

Sí, sin duda alguna, Belma había vuelto a acertar y una vida llena de amor los esperaba.

Fin

Agradecimientos

Primero, como siempre, agradecer a la editorial que haya contado conmigo para ser partícipe de esta colección. Siempre es un placer publicar con vosotros.

En segundo lugar, aunque no por ello menos importante, agradecer a todos los lectores que siempre me apoyáis. Espero que os haya gustado mucho la novela y que hayáis pasado un buen rato leyéndola.

Un fuerte abrazo.

Mariah.